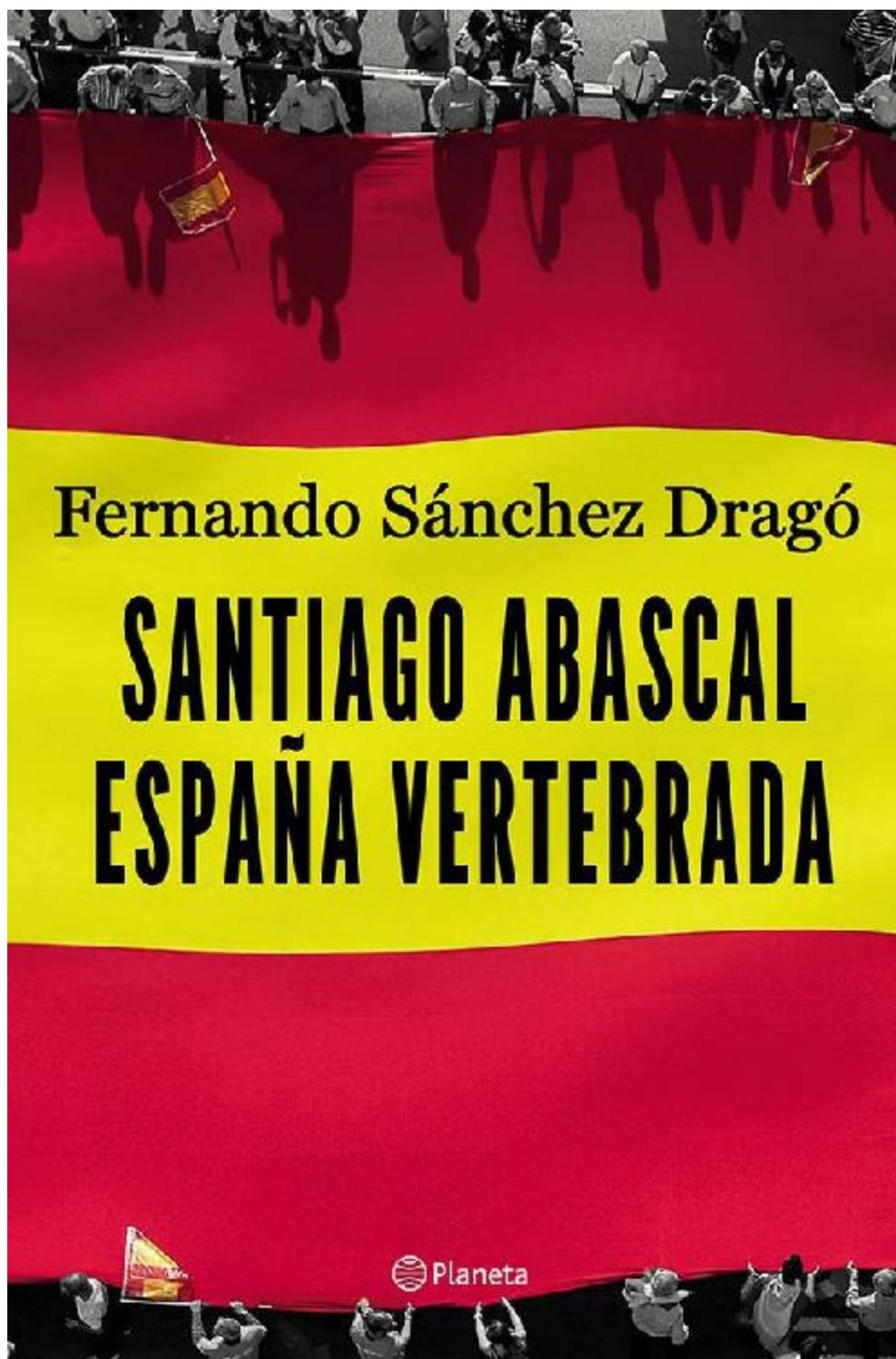




Fernando Sánchez Dragó

SANTIAGO ABASCAL
ESPAÑA VERTEBRADA

 Planeta



[Índice](#)

[Sinopsis](#)

Portadilla

Citas

Echarse al monte. Un prólogo muy personal

TARDE DEL VIERNES

1. Donde se habla de la gesta heroica del Frente Polisario, de la épica, de la valentía, del honor, del *Far West*, del patriotismo y de la esperanza de los jóvenes puesta en Vox

2. Donde se habla de la corrupción, de los riesgos del poder, de la lealtad, del acuerdo andaluz, de la Ley de Violencia de Género, de la memoria histórica, del cordón sanitario, del aborto, de la tauromaquia, del colectivo LGTBI y de la inmigración

3. Donde se habla de feminismo, de los negocios de la izquierda, de la hegemonía del marxismo cultural, de la propaganda, de la religión y del tirón de Vox

4. Donde se demoniza a Angela Merkel y se habla del miedo, de las oligarquías, de las diferencias entre hombres y mujeres, de la Unión Europea, de la corrección política, de las redes sociales, del populismo y de las *fake news*

5. Donde se habla de la ideología de Vox, del desembarco de Abascal en política, de ETA, del patriotismo, del nacionalismo, de la vida pública y privada, del qué dirán, de la mili y del sufragio universal, y otra vez del *Far*

West

6. Donde se habla de los votos, de las convicciones y las opiniones, de política

internacional, de la voz del pueblo, de Ceuta y Melilla, del fin de la socialdemocracia, del Estado de responsabilidad, otra vez de la corrección política y del futuro electoral

7. Donde se habla de la globalización, de las autonomías, del Ejército, de la educación de los políticos, de economía, otra vez de la corrupción, de los momentos estelares de la historia de España, de las invasiones islámicas, de la leyenda negra y de la colonización

8. Donde se habla de la nación, del dolor de España, de los impuestos y las pensiones, de la función del Estado, de Steve Bannon, de la estrategia

electoral de Vox, de Aznar, de Esperanza Aguirre, de Javier Ortega y de Rocío Monasterio

MAÑANA DEL SÁBADO

9. Donde se habla de la publicidad institucional, de los medios de comunicación, de la libertad de prensa, del suicidio, de la sanidad pública, de los límites del Estado, del anarcoliberalismo, del derecho a llevar armas, del duelo y de la pena de muerte

10. Donde se habla del patriarcado y del matriarcado, del socialismo, del cristianismo, del igualitarismo, de los progres y de la poesía

11. Donde Dragó define a Abascal y se habla de los misterios y abusos de la democracia, de la Ley Electoral, del derecho a decidir, de la Constitución, de los parlamentos, del autoritarismo y el totalitarismo, de Franco y otra vez de Abascal

12. Donde se habla del PP, de Podemos, de la natalidad, de los organismos internacionales, del federalismo, del euro, de la inmigración ilegal, de los antisistema y de los pecados capitales de los españoles

13. Donde se habla de intelectuales, del arte contemporáneo, de los ministerios

de Cultura y de las leyes de mecenazgo

TARDE DEL SÁBADO

14. Donde se habla de las esvásticas, de la fe, de los toreros, de la timidez, otra

vez del miedo, de la vida privada de Santi (y de sus defectos), de la felicidad, de las herencias, de los gatos, de la música, de los juegos, de los viajes, del deporte y de los libros

15. Donde se habla de la decadencia de la democracia, de la dictadura de las minorías, del cine español, de la Hispanidad, del mestizaje y de la cocina creativa

MAÑANA DEL DOMINGO

16. Donde se habla de la Iglesia, del infierno, del más allá, del 36, de las

élites,

de las mezquitas fundamentalistas, del espacio Schengen, del opio del pueblo, del «Cara al sol», del carlismo, de Pedro Sánchez y de Largo Caballero

17. Donde se habla de Ciudadanos, de soberanismo e independencia, de Soraya, de Rajoy y de Zapatero, de eslóganes políticos, y de fachas y ultras, y de la alternativa

18. De la farsa de la autodeterminación, de las diferencias culturales, de la Guerra de Independencia, de la Inquisición, de la Monarquía, de la República y del dinero

19. Donde se habla de Gibraltar, de los paraísos fiscales, de los impuestos de patrimonio, donaciones y sucesiones, y del África negra

20. Donde se habla del buenismo, de la guerra, de China, del 11-M, de los sanfermines y de ir a misa, y se pone fin a la conversación

Epílogo

Notas

Créditos

Sinopsis

Vox ha irrumpido como un vendaval en la vida política española. Unos los temen, otros los imitan y muchos se han entregado a seguir con fervor a este partido.

Por primera vez, su líder, Santiago Abascal, se ha prestado a la prueba de fuego de una confesión general. El texto recoge muchas horas de interrogatorio implacable por parte del escritor Fernando Sánchez Dragó. El resultado es un duelo sin cordones sanitarios ni líneas rojas trazadas por la corrección política. De todo se habla.

Abascal no rehúye el bulto, dando respuesta así a muchos interrogantes. Desde la influencia de su padre a su paso por el PP, la crisis con ese partido y el empezar de cero, hasta el feminismo, el europeísmo, los inmigrantes, las autonomías, la familia, los impuestos, el aborto, la mili o el amor y el divorcio.

Escrita desde el aquí y el ahora, esta obra nos desvela a la persona oculta detrás de las portadas y del clamor de los mítines.

«Ésas son nuestras líneas rojas: la vida, la libertad y la unidad de España. La última es tan importante como las otras dos. Hay quienes dicen que se podía resolver mediante un referéndum. Nosotros no lo aceptamos. España no se puede suicidar», Santiago Abascal



FERNANDO SÁNCHEZ DRAGÓ

SANTIAGO ABASCAL

ESPAÑA VERTEBRADA

Aún larga patria espera

abrir al corvo arado sus besanas;

para el grano de Dios hay sementera

bajo cardos y abrojos y bardanas.

*¡Qué importa un día! Está el ayer alerta
al mañana, mañana al infinito;
hombres de España, ni el pasado ha muerto,
ni está el mañana —ni el ayer— escrito.*

ANTONIO MACHADO, *El dios ibero*

*¡Oh capitán, mi capitán!
Levántate y escucha las campanas,
levántate, para ti flamea la bandera,
para ti suena el clarín, [...]
a ti llama la gente del pueblo,
a ti vuelven sus rostros anhelantes.*

WALT WHITMAN , *Hojas de hierba*

Echarse al monte

Un prólogo muy personal

¿Echarse al monte? No soy yo quien lo dice, sino él, Santiago Abascal, el hombre del día —hoy es 15 de enero de 2019—, quizá el hombre del año —lo sabremos dentro de unos meses, tras las jornadas electorales que se avecinan — y acaso el hombre que gobernará España cuando dejen de hacerlo quienes ahora la desvertebran.

Santi...

Un momento. Permita el lector que lo llame de ese modo no por exceso de familiaridad ni por abuso de la amistad, sino porque así es como lo llama todo el mundo. También sus adversarios, los periodistas hostiles y los bravucones

que lo increpan en la corrala vocinglera de las redes.

Por cierto: Camilo José Cela dedicó su primer libro —nada menos que *La familia de Pascual Duarte*— «a mis enemigos, que tanto me han ayudado en mi carrera». Y tanto, en efecto, lo ayudaron que casi medio siglo después tuvo que viajar a Estocolmo para recibir el Nobel.

Salvemos cuantas distancias se juzgue oportuno poner por medio, pero algo parecido podría ocurrir con Santi y el partido que encabeza.

Agradecidísimos deberían estar él y los suyos, y me consta que lo están, a quienes los hostigan, demonizan y calumnian desde diferentes trincheras, opuestas, a menudo, entre sí. Cuando las consignas de los tirios y de los troyanos convergen hacia un mismo objetivo, algo habrá en éste para concitar tan contradictorio encarnizamiento. Si nada tuviese el agua, dice el refrán, nadie la bendeciría, pero menos aún, añadido yo, la maldeciría. Tengo para mí que, gracias en parte a tanta inquina, sumada a la fuerza de tracción del ideario de Vox, a la de

atracción que emana de la personalidad de Santi y al hartazgo de las gentes sensatas frente a las insensateces de la corrección política, los cascos del caballo del partido intruso están a punto de caracolear en todas las urnas y hemisferios del país.

Es, en definitiva, esa convicción la que me lleva a escribir un libro tan alejado de mis habituales rutas literarias como el que tienes, lector, ante tus ojos. Si yerro, más serán las culpas. Pero, antes de que el veredicto llegue, permitan los lectores que incluya aquí un sucinto memorial de las razones, algunas de ellas estrictamente personales, que me han movido a ordenar, articular y reescribir las conversaciones mantenidas con el presidente de Vox al hilo de un encierro de tres jornadas en el villorrio soriano de Castilfrío de la Sierra y en presencia de dos testigos: el brillante escritor y periodista Kiko Méndez-Monasterio, hombre de confianza de Abascal, que de vez en cuando intervenía, y la no menos brillante periodista y escritora Emma Nogueiro, que lo grabó todo con la ayuda de complejos aparatos de diabólica tecnología cuyo manejo no está a mi alcance y pasó luego a letra escrita lo grabado, silencios incluidos .

Santi, empecé a decir con miras a justificar la ruda expresión

— *echarse al monte* — antepuesta a este prefacio, sostiene que la política no es o no debería ser una profesión, sino un apeadero o, todo lo más, un rito de paso entre las cosas de la vida y los mandatos de la conciencia, y añade que en su caso, por paradójica que tal declaración resulte, tampoco es una vocación. La suya, asegura, es la de guardabosque, y a tan silvestre afán le gustaría dedicarse tras dar por cumplida o por frustrada la tarea que se ha impuesto tras llegar a la conclusión de que, en cuanto a la cosa pública se refiere, España es, si no lo único, sí lo más importante.

La infancia y la adolescencia de Santi transcurrieron en los bosques —su paraíso perdido— cercanos a la patria chica, chiquitísima, de Amurrio, en la provincia de Álava, y así, escuchando la voz de la tierra y mamando de las ubres de la sierra, aprendió que sin una patria grande no puede existir la patria chica y que la primera es un círculo de férrea circunferencia habitada por otros círculos concéntricos, complementarios y consanguíneos. *Omnia in Unum* . Es Santi quien pone la mayúscula.

Spain first. Tal es su lema. No tiene otro, y por eso, en días como los que corren, cuando la España invertebrada que describiese Ortega en un libro titulado así y también la vertebrada, según Santi, por tres hechos genesíacos (la Reconquista, la Hispanidad y la Guerra de Independencia) se desvertebran costillar abajo, él se tira al monte, como lo hacía en su infancia, para restañar ese proyecto sugestivo de vida en común (Ortega *dixit*) a la que nuestros antepasados dieron en llamar España. A Santi no le convence esa frase ni le gusta demasiado *La España invertebrada* . Prefiere, entre los libros del filósofo citado, *La rebelión de las masas* . A mí me gustan los dos y los veo como secuencias sucesivas de un mismo proceso de decadencia, por no decir decrepitud.

¿Populismos, nacionalismos, relativismos, multiculturalismos?

Los males del siglo. Pronto sabremos lo que piensa Santi, aunque tenga yo a estas alturas motivos más que sobrados para sospechar que el lector ya se lo malicia. Clamorosa y, seguramente, excesiva ha sido su sobreexposición mediática a partir del momento y el memento de su célebre, celebrada, envidiada y denostada *matinée* triunfal en Vistalegre.

Fue allí, sentado yo en la contrabarrera junto a Morante, Hermann Tertsch, Luis del Pino, José Javier Esparza, Julio Ariza y otros rostros conocidos, la primera vez que los dos flujos de opiniones vigentes en el país y rara vez coincidentes —la pública y la publicada—

repararon en mi amistad con Abascal e, incontinenti, con su reduccionismo habitual, me atribuyeron militancia en su formación, pero erraban el tiro por malicia, afición a la hipérbole y exceso de altitud. Amigo, sí que lo era; simpatizante, también; compañero de viaje, estaba por ver... Pero militante, no. Yo no milito en nada. Vaya eso por delante. No escribo este libro para rendir a Abascal honores hagiográficos. Mi independencia es sagrada. Quede, pues, inequívoca constancia de que al escribir este libro no persigo más propósito que el de trazar un retrato lo más fehaciente posible de una persona convertida por sus compatriotas en personaje épico, casi heroico, y llamada a representar un papel de primer orden en la gobernanza del país donde casi todos, de buen grado o a cara de perro, viven y vivirán el resto de su existencia.

Vox se fundó el día 17 de diciembre de 2013. Para mí fue un motivo de alegría. Su ideario, coincidente en su mayor parte con el que yo llevaba ya muchos años defendiendo a contracorriente y casi a solas, suscitó en el acto no sólo mi interés, sino también mi adhesión.

El 11 de mayo de 2014 publiqué en *El Mundo* una columna titulada

«Vox sin voto», en la que pedía lo segundo para la nueva formación, aunque sin comprometer el mío. En ella ni siquiera mencioné a Santiago Abascal, del que casi nada sabía entonces, pero sí a dos personas conocidas y por mí apreciadas: Alejo Vidal-Quadras y José Luis González Quirós. A la vuelta de unos meses ambos dieron la espantada y abandonaron el partido, y la partida, por razones oscuras y, para mí, opacas, que pintan poco en este libro, cualesquiera que sean, y no estimulan mi curiosidad. No soy politólogo. Sólo soy un entomólogo que observa de vez en cuando con lupa, desapego, pinzas y una sonrisilla de escepticismo el bullebulle de los insectos que revolotean en el zoo de la política.

Me desentendí entonces de cuanto a Vox se refería, escamado por lo que a primera vista cabía interpretar como una manifestación del vacuo politiquero

vigente en la trastienda habitual de los partidos, y así me mantuve, barloventeando al antojo de los vientos por aguas extraterritoriales, hasta que en el otoño de 2015, si no recuerdo mal, recibí una llamada del ya citado Kiko Méndez-Monasterio, que es hoy y era ya entonces, junto con Javier Ortega Smith, Ortega Lara, Rocío Monasterio e Iván Espinosa de los Monteros, una de las numerosas manos derechas del hombre que va a necesitar muchas, aunque ninguna de izquierdas, para sacar adelante su proyecto de rescate de un país que amenaza naufragio. Kiko me dijo que quería presentarme al líder de aquel partido de todavía breve andadura y me propuso que almorzáramos los tres juntos donde y cuando mejor me pareciese.

Acepté de inmediato. Vox correteaba ya por el ruedo ibérico con la bravura de un toro de lidia y sembraba el pánico en el cansino *farniente* de los demás partidos, sesteantes todos en la modorra —

¡izquierda, derecha, izquierda!, ¡ar!— de la alternancia entre los socialdemócratas del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y los socialdemócratas de un Partido Popular (PP) cuyo ideario languidecía en la tumbona del tancredismo, entreguismo y manfutismo encarnados por Rajoy. Los estropicios causados por éste en la escollera

del país son cuantitativa y cualitativamente análogos a los que produjeron las ocurrencias del melifluo inspector de nubes que lo precedió en el cargo, aunque no tan dañinos como los originados por el ambicioso grandullón que le sucedió. En España, desde el «Pásalo», y son ya cinco legislaturas, cada nuevo presidente hace bueno al anterior.

De aquel almuerzo, aliñado con todas las especias de la incorrección política, viene mi relación, hoy muy intensa, con Santi Abascal y también la *devotio iberica* que le profeso y que no tengo por qué esconder. Ese vínculo, sin embargo, no significa que el peso de la *fides* pretoriana de nuestras tribus genesíacas me condicione ni que a su rastra me tiemble el pulso cuando llegue el momento de bosquejar las sombras, si las hay, y los claroscuros —¿quién no los tiene?— del retrato que me dispongo a trazar. La literatura sólo funciona cuando pica, como lo hace el desinfectante en las heridas.

Abascal y yo pensamos casi lo mismo en cuanto a la *res publica* se refiere, pero nos atenemos en nuestra vida privada a parámetros de conducta

radicalmente distintos. En cierta ocasión no muy lejana dije yo de él, interpelado en el *magazine* televisivo de Susanna Griso, que suscribía el 99 por ciento de su programa, pero que él es católico y patriota, y yo no soy ninguna de las dos cosas, aunque respete ambas, y que sus costumbres son morigeradas, mientras las mías, muy dispares, responden a las que cabe esperar de un libertino.

Parece ser que esa puntualización, burlona y amistosa, le escoció un poco, como se pone de manifiesto en el curso de la conversación que este libro recoge. Hospitalario y amistoso fue en ella el cruce de preguntas y respuestas, pero también hubo en él mucho de esgrima.

¡Qué diablos! A la postre, no soy yo quien defiende las ideas de Vox, sino que es Vox quien defiende las mías, pero yo —disculpen que lo diga— empecé a formularlas mucho antes de que Abascal lo hiciese.

De ello hay amplia constancia audiovisual y escrita.

Lo de *morigeradas*, según confiesa mi interlocutor en uno de los pasajes del libro, le desconcertó, pues ignoraba el significado de un adjetivo tan arcaico (a él se lo parecía) que quizá no sea de uso habitual entre sus paisanos de Amurrio. «Pero bueno, Santi —dije yo al ver que refunfuñaba un poco—. No me seas paleta. ¡Si ni siquiera

has fumado un porro en tus cuarenta y dos años de vida! ¿Quieres uno, aunque sólo sea por curiosidad? Dicen que hay que probar de todo.»

Y contestó que ni de coña, que la curiosidad se la guardaba para otras cosas y que con un vaso de vino de su tierra se daba por satisfecho.

«¿Blanco o tinto?», pregunté. «¡Tinto, tinto!», respondió. Debe de ser lo único rojo, aparte de dos de las tres franjas horizontales de la bandera de España, que hay en su imaginario, en su devocionario y en su diccionario.

Yo, como buen anfitrión, me apresuré a descorchar la penúltima botella de Imperial que quedaba en mi desguarnecida bodega. Era ya la segunda que caía. El vino suelta la lengua y mi tarea consistía en tirar de la suya.

Y de ese modo, de almuerzo en almuerzo, de columna en columna (escribí varias), de ilusión en ilusión y entre la espera y la esperanza, y también la desesperación de que en lo relativo a las citas electorales siguiera funcionando el chantaje psicológico del voto útil que tanto perjudicó al partido de Abascal —yo fui uno de los que durante algún tiempo mordí ese anzuelo—, llegó el 7 de octubre de 2018: Vistalegre.

No hace falta decir más.

Sabido es que en la meteorología de la historia puede reinar durante mucho tiempo la calma chicha hasta que un buen día, de repente, sopla la brisa, se hinchán las velas, crujen las jarcias y una fuerza huracanada cambia en el aire los naipes del destino e impulsa la flota hacia un horizonte nuevo que sólo los visionarios, como Abascal, vislumbran, y en el que el resto de los mortales tan sólo vemos un espejismo.

Eso es lo que sucedió aquella mañanita soleada en la que un mitin de Vox llenó hasta los topes la plaza de Vistalegre, reventó las costuras de su aforo, colmó las calles circundantes y demostró que no todo en la vida es sueño y que los sueños, a veces, se tornan realidad. Fue un milagro, una resurrección, una reencarnación. En la España de las taifas autonómicas, en la España de la discriminación por sexos, en la España orwelliana de la memoria histórica, en la España abortista y garantista, en la España de los sicarios fiscales, los okupas y los narcopisos, en la España de la telebasura, en la España del turismo de birras, vomitonas y felaciones, en la España que inclina la cabeza en

los tribunales europeos, en la España invadida por la inmigración ilegal y corroída por la quinta columna del yihadismo, empezaba a amanecer.

¡Dios mío! ¡Lo que he dicho! *Horresco referens*. ¿Horrorizará a alguien la metáfora auroral que procede de un himno tan vibrante y, literariamente, tan hermoso como lo fue y lo sigue siendo el de José Antonio? No creo que Santi la rechace, aunque es de suponer que tampoco, por cálculo político, me la agradecerá.

Esa misma tarde escribí lo que sigue para mi blog de *El Mundo* ...

Sucedió ayer, al mediodía, en el coso carabanchelero de Vistalegre. Santiago Abascal y sus samuráis consiguieron llenarlo hasta la bandera, que fue, por supuesto, más rojigualda que nunca, y aún quedaron extramuros otras tres mil personas deseosas de unir su Vóx y, dentro de unos meses, su voto a las nueve mil que estuvimos dentro [...]. Como en el título de uno de sus libros dice Ferlosio: mientras los dioses no cambien, nada ha cambiado. Pero ayer, en Vistalegre, los dioses de la progresía, del mayo francés, del relativismo moral y de la socialdemocracia empezaron a cambiar.

España bullía ya bajo los pies de sus gentes y casi nadie parecía darse cuenta. Los columnistas, los santones de los medios de comunicación y los todólogos de las tertulias menos que nadie.

Bastaba, sin embargo, con aplicar el oído al *sottovoce* de las calles, de los cafés, de los cuartos de estar, de las corralas de la Red y de las emisiones de Radio Petate, como lo hacían los pieles rojas en las praderas del territorio que los rostros pálidos querían arrebatarse, para percibir el galope de los corceles del Séptimo de Caballería y la estampida de los bisontes a su paso. La silueta de Vox se dibujaba contra el telón de fondo del horizonte, a punto ya de levantarse. Algo iba a suceder.

La lumbre corría ya, mecha arriba, hacia el polvorín. Apagarla era imposible. Cumplíase así, por enésima vez en nuestra historia, y en todas las historias de la historia universal, el viejo adagio taoísta de que no hay mal que por bien no venga. Sin Rajoy y su raquílica aplicación del 155 no habría nacido la España de los balcones y de los Balcanes. Sin el cinismo de Sánchez y la indignación generada por sus decisiones no habría deflagrado la hoguera de Vistalegre. *Et alii.*

Y yo, agarrado a la calva de la Fortuna, apremiado por los dioses lares del país y premiado por la invitación que Abascal, unos días antes, me cursó, estuve allí, en aquella cita con el destino, en aquella escenificación de lo que el futuro anunciaba, en aquel rompimiento de gloria, en aquella arenga patriótica, en aquella ascensión de un político a los altares de la esperanza.

¿Exagero? Sí. O no. Ya se verá. Depende de lo que el porvenir depare a Santi. Lo suyo es una epopeya, y las epopeyas conducen al mármol de las estatuas o terminan en la nada del olvido.

El 15 de octubre se me metió entre ceja y ceja la peregrina idea de interrumpir la redacción del libro que desde tiempo atrás me ocupaba para escribir otro, intrusivo, inesperado, que lo sería, como lo es éste, de conversaciones, aunque polígamo, por así decir. Su título sería *La alternativa* y en él, además de Santi Abascal, repicarían las voces de Pablo Casado y Albert Rivera, reunidos los tres conmigo en mi reducto rural de las Tierras Altas de Soria. Tal era la Trimurti destinada, a mi juicio, y así lo manifesté a amigos y a desconocidos, a gobernar el país en cuanto las campanas de las Cortes llamasen a elecciones. También lo haría, aduje, a partir del mes de mayo en el triple desafío regional, municipal y europeo.

«¿Podrás convencer a los tres?», me dijeron, unánimes, las personas consultadas —mi filósofo de cabecera y ángel de la guarda entre ellas— con un deje de lógico escepticismo.

«A Abascal —contesté—, seguro que sí. Supongo que a Casado, con el que tengo buenas relaciones y al que siempre he apoyado en mis columnas, también. A Rivera, ya veremos. Es el hueso más duro de roer.»

Lo era, en efecto. Le llamé en varias ocasiones, a cual más apremiante y en ninguna de esas intenciones recibí respuesta. Intenté entonces acceder a él por otros conductos y no hubo forma. Mi proyecto peligraba. Para llevarlo a término era crucial que los tres líderes se avinieran a participar en él. Bastaba con que uno de ellos se negase o, simplemente, se escaquease para que todo se viniera abajo.

Pero la realidad, que siempre salta donde menos se la espera, iba a venir en mi ayuda.

En vísperas de viajar a Barcelona publiqué otra columna en *El Mundo*. La titulé «De lo pintado a lo vivo». Entresaco un fragmento...

¿Quién teme ya al *New York Times*, a *Le Monde*, al *Der Spiegel*, a *El País* o a la CNN? Los votantes, desde luego, no. Es [...] la venganza de la realidad contra la corrección política. Aguardo con malévolamente expectación no exenta de anticipada fruición el resultado de las elecciones autonómicas en Andalucía.

Igual sale de ellas un «sí es sí, señor Abascal». ¿Y entonces?

¡Sagrada libertad del escritor! La invoco porque acabo de deslizar una pequeña trampa en las últimas líneas del fragmento recién transcrito, que se publicó el 14 de octubre de 2018: en ellas no hacía mención de Abascal ni de las elecciones andaluzas, que aún quedaban lejos, sino de las legislativas estadounidenses que se celebrarían pocas semanas más tarde. El paralelismo, sin embargo, era evidente a tenor de los monumentales batacazos predictivos en los que desde el referéndum del *brexit* y la victoria de Trump estaban incurriendo, uno tras otro, todos los sondeos de opinión y, arrastrados por ellos o *motu proprio*, todos los grandes medios de información.

Animado por esa evidencia y envalentonado por el acierto del vaticinio con el que en las semanas anteriores había predicho en mis columnas que Trump barrería a Hillary, aventuré por la radio —

¡maldita hemeroteca, amigos!— y en conversaciones privadas mi convicción de que Vox no iba a sacar en Andalucía el magro número de escaños que los encuestadores y los observadores, por unanimidad, le atribuían —entre ninguno, uno y cuatro—, sino los doce que en realidad obtuvo.

Sí, exactamente doce, dije, y lo clavé. La consulta electoral se celebró el domingo 2 de diciembre. El martes anterior a esa fecha acudí, como de costumbre en tal día de la semana, a la tertulia *Los sabios*, dirigida por Luis Herrero en la emisora de esRadio, y allí mismo, antes de que los micrófonos se abrieran y de que se encendiese la lucecilla roja del estudio, volví a comentar lo de los doce escaños en presencia del moderador, del poeta Luis Alberto de Cuenca y del periodista Rodríguez Lafuente. Los tres se echaron a reír. «Estás fresco, colega —dijeron—. Eso no te lo crees ni tú, que sigues montado en el tiovivo de la España mágica.»

Anuncié entonces, un poco escocido por sus burlas y ya en plan chulito, que el viernes bajaría a Sevilla para seguir sin intermediarios la recta final de la campaña y emplacé a mis incrédulos amigos a dejar

los pronósticos en suspenso hasta que las urnas dictasen sentencia firme.

Y allá que me fui, acompañado por la periodista Emma Nogueiro, que era ya mi imprescindible *coéquipière* en el trajín de aquel proyecto, hoy abandonado, y lo es ahora en el de este libro. Recuerde el lector que aún trataba yo de sacar

a flote el titulado *La alternativa*, cuyos hipotéticos protagonistas serían los tres líderes políticos del abanico ideológico existente a la derecha del PSOE.

La aventura sevillana colmó todas mis expectativas y reafirmó mi convicción de que Vox iba a dar la campanada. Toda Sevilla se hacía lenguas sobre su líder, que era ya, a escala local, lo que ahora es en la nacional: el hombre del año. No había otro tema de conversación.

Parecía como si todo el mundo, de repente, hubiera decidido votar a Vox: los conductores de los taxis que tomábamos, el encargado de la recepción en el hotel, su portero, el botones, el guardacoches, las mucamas, los parroquianos de las tabernas donde buscábamos manduca y calor humano, los espontáneos que se nos acercaban por la calle, atraídos, me temo, más por el palmito de mi *coéquipière* que por mi telegénica popularidad, mis cuarenta y cinco libros (uno más con éste) y mi aureola de facha, agigantada y repintada desde que la prensa se hizo eco, con fotos incluidas, de mi asistencia al mitin de Vistalegre.

Pero voy a lo que importa: el Muro de Berlín levantado en Andalucía por ocho lustros de clientelismo, derroche, gambas de Huelva, puterío y lavado de cerebro socialista estaba a punto de caer. Y

todos, sin saberlo, lo sabían y, pese a la inevitable zozobra que cualquier novedad genera, lo celebraban, aunque muchos aún lo hiciesen bajando un poco la voz. El socialismo da miedo.

Lucía el sol, la temperatura era primaveral, el gentío llenaba las calles, el chavalerío corría por ellas, el ingenio y el genio andaluz se desbordaban, los bares y restaurantes estaban a rebosar... No era día de toros en la Maestranza, pero la expectativa recordaba a la que en Sevilla impregna el aire el Domingo de Resurrección cuando un torero de cartel está en capilla antes de hacer el paseíllo.

Se retiró Pepe Luis, se retiró Curro, se retiró Paula, pero allí estaba Morante recorriendo la ciudad a bordo de una furgoneta pintada con los colores de España y adornada por los caireles y

alamares de Vox, repartiendo tanto vino a los viandantes como Jesús distribuyó entre los invitados al festín de las bodas de Caná y tocando el

claxon a ritmo de pasodoble. ¡Olé, torero! Suspiros de España, lo más importante.

Fue, la de Sevilla, una jornada briosa, casi belicosa. Emma y yo íbamos despepitados, de aquí para allá y de allá para aquí, deseosos de asistir a los mítines de fin de fiesta de los partidos de Casado, Rivera y Abascal, lo que era topográfica y cronológicamente imposible, porque sus horarios coincidían y sus escenarios, distantes entre sí, no. Tenía yo decidido que *La alternativa*, título taurino a más no poder, comenzase por un relato antes de que la conversación con los tres políticos lo remansara y redujese a palabrería, pero ignoraba aún que ese relato iba a convertirse en *moving road*.

Pasó el tiempo. Dieron las siete. A las ocho teníamos que estar en el hotel, lejano, en el que los del PP, con Moreno Bonilla, Casado y no sé quién más ponían el punto final a su campaña. Era en el NH

Collection. Abascal lo haría hacia las nueve junto al Guadalquivir, en la explanada del Muelle de las Delicias. O sea: en las quimbambas. No quería yo perderme ninguno de los dos —al de Marín y Rivera ya había renunciado...; bien les estaba, por orgullosos—, pero me había olvidado de incluir en mi kit de enviado especial el don de la ubicuidad.

Salimos del hotel. No había taxis. La parada estaba desierta, pero media docena de usuarios hacían cola junto al poste de señalización.

Ningún vehículo asomaba su morro por el horizonte. ¡Vaya por Dios!

¿Cómo salir del atolladero?

El eterno femenino acudió en mi ayuda. Miró Emma a su alrededor, esbozó una sonrisa y dijo:

—Ahí tienes la solución.

Y señaló con la barbilla un puesto de bicicletas de esos que ahora ponen los ayuntamientos, crecientes e impunes okupas de las ciudades y verdugos de los peatones, donde les sale del cetro consistorial.

—¡Sí, hombre! —estallé, aunque sin recordarle, por hombría, que tres días después iban a cambiarme la válvula de la aorta y que no era el momento más idóneo para acometer grandes proezas deportivas—.

¿No pretenderás que vayamos al mitin pedaleando como si fuésemos ET?

Bufé, pero me avine, escogí la bici que me pareció menos peligrosa y me encaramé como pude al sillín. Corría, además, el riesgo de que los seguidores del nuevo PP de Pablo Casado nos tomaran por comandos al servicio de alguien tan aficionado al ciclismo como cuentan que lo es Rajoy.

Nuestra llegada a la sala de convenciones del hotel NH Collection, que daba directamente a la calle, fue apoteósica. No siempre se ve a un octogenario subido a una bicicleta.

En la puerta había un pulcro funcionario del PP que se encargaba de dar la bienvenida a quienes íbamos llegando y de conducirnos a nuestros asientos. No pestañeó. «Buenas tardes, don Fernando —dijo

—. Sígueme.»

Nos llevaron hasta la primera fila, pero ya no quedaban asientos libres. «Mejor —pensé—, así podremos escaparnos antes de que acabe el mitin y llegar a tiempo al de Abascal.»

Pablo estuvo bien. Es un buen orador, tiene chispa y llega a la gente.

Eran ya pasadas las nueve cuando conseguimos abandonar el salón.

—Vamos a perdernos lo de Santi —dijo Emma.

—¡Qué va! Esto es Andalucía. Ni siquiera habrá empezado.

Recuperamos las bicicletas, que el pulcro funcionario del PP había puesto al resguardo, y pedaleamos como posesos hasta alcanzar el Guadalquivir y recorrer un buen tramo de su orilla.

El ambiente del Muelle de las Delicias era muy distinto al que imperaba en la sala de convenciones del NH. La atmósfera era festiva y multitudinaria. Mas

que un mitin parecía una verbena. Había banderas, ilusión, músicas, tenderetes, cucuruchos de panchitos y jolgorio. Libros de Abascal o sobre Abascal, también. Tuvimos que abrirnos paso casi a codazos, aunque las masas, gentilísimas y pródigas en achuchones y parabienes, hacían todo lo posible para que pudiésemos llegar a los asientos de fila cero que Kiko nos había reservado. Fue como atravesar el mar Rojo, aunque no fuera ése su color, ayudados por el caduceo de Moisés y el anhelo de la tierra prometida. En el mitin del PP todo había sido contención, buenos modales, mejor crianza y obsequiosidad burguesa. En el de Vox nos envolvía —entusiasta, promiscuo, pegajoso, tropical y denso— el calor

humano. Esperanza había en los dos mítines, pero fe sólo en el de Santi. Inevitable era pensar que su partido apuntaba alto y lejos, hacia el futuro, y que el otro, desde el pasado, llaneaba y renqueaba por el peso de la herencia recibida y la rémora del aparato. Y lo pensé.

Pero los dos actos tenían algo en común: las propuestas de sus respectivos protagonistas eran muy similares, por no decir idénticas.

Tan sólo las separaba lo relativo a la fragmentación autonómica del país, a la interpretación, aplicación y reforma de la discriminatoria ley vigente en el ámbito de los delitos de violencia doméstica, interfamiliar o de género, según la terminología que se escogiera, y al amperaje de las medidas necesarias para atajar el avance de la marabunta de la inmigración. Tres vigas maestras, eso sí, de cuyo manejo y encaje dependería, probablemente, en no escasa medida, el resultado del voto en la triple consulta electoral que se avecinaba. Las generales aún no se habían convocado.

En todo lo demás, como digo, la arenga de Santi se parecía extraordinariamente a la que, con menos brío, pero con pareja convicción, acababa yo de escuchar en boca de Casado. Éste, a todas luces, no había tenido más remedio que radicalizar la suya para aguantar el tirón de quien, como Abascal, se le había adelantado en Vistalegre (y tiempo atrás), y que situar el fiel de la balanza del pensamiento liberal mucho más a la derecha de lo que estaba cuando aún seguía atornillado en el machito del poder el socialdemócrata Rajoy. ¿Por qué, me dije, votar a la copia teniendo a su disposición el original? Es Abascal quien ahora marca el paso.

Nos sentaron en las sillas contiguas a la de Morante, que braceaba con dignidad en la lidia de una cogorza de campeonato, fruto de la generosidad ética con la que al hilo de toda la jornada había tratado a las gentes de Sevilla, y me fundí con él, aún jadeante yo por el esfuerzo velocipédico, en un abrazo de poder a poder y de amigo a amigo.

Estaba el torero eufórico, y no era para menos. Sus legendarios silencios habían derivado a locuacidad. Susurraba cosas en mi oído que, apagadas por el clamor del acto, no atinaba yo a descifrar. El mitin de Vox era un *crescendo*, un *pizzicato*, un andante con brío, un triple do de pecho emitido desde la tarima por la serena autoridad del páter Ortega Lara, el vozarrón atronador del tribuno Ortega Smith y la contundente firmeza del condotiero Abascal.

Acabó éste su discurso y, aunque lo intenté, no pude acercarme a él para darle el abrazo que merecía. Sus seguidores le rodearon. Faltó sólo que lo auparan sobre la joroba de sus escudos ensamblados como el caparazón de una tortuga igual que lo hacían los legionarios de Roma con el centurión, el general o el emperador que los había llevado a la victoria. Tan torero era en aquel momento Abascal como Morante.

—Vámonos, Emma. *Game over* .

Y nos fuimos.

Toque de retreta. Pasó la noche y, acribillado yo, como era de esperar, por las agujetas, volvimos a Madrid horas antes de que las urnas respaldasen cuanto en Sevilla habíamos intuido. A eso de las diez de la noche la suerte estaba echada: doce diputados y la llave del Gobierno andaluz. Vox había cruzado el Rubicón. Santi apareció en la tele. *Audentes fortuna iuvat* . Una voz inflexible gritaba: «¡En marcha!». Y más o menos a la vez, dramático y patético, el Coletas llamaba a rebato frente a la amenaza de un fascismo que sólo él encarnaba.

El lunes seguían las agujetas. El martes me operaron. El miércoles sonó el teléfono. Mi filósofo de cabecera y ángel de la guarda quería saber cómo había ido todo.

—¿En Sevilla o en el Gregorio Marañón?

—En los dos sitios.

—Sobre ruedas —le dije, aludiendo a las de las bicicletas y a las de las camillas.

Estaba aún en el hospital tecleando ya en mi ordenador. España hervía. Me llamaban de todas partes. Yo hurtaba el bulto.

—¿Has conseguido hablar con Albert Rivera?

—No.

—Pues no sigas intentándolo. Tal como están las cosas, después del terremoto andaluz, Casado y él sobran en tu libro. Céntrate en Abascal. Es el hombre del día. Todos los medios de información andan tras él. Y eso no va a parar.

—¿Y tú cómo lo sabes? Creí que la política no te interesaba.

—Y así es. La política, efectivamente, me aburre tanto como tú, mintiendo, cuentas que te aburre a ti, pero es lo que todo el mundo dice, y ya que te quieres meter en ese lío, lo que es muy propio de ti...

Ya lo hiciste en la época de Franco. Te conozco, *figliolo*. No vas a soltar

la presa. Habla con Abascal y convéncele. Nadie más indicado que tú para conseguir que te dé la exclusiva. Le apoyaste desde el principio, cuando nadie lo hacía y le evitaban como a un leproso. Seguro que tu editor, sea el que sea, lanzará el libro por todo lo alto. Eso terminará de convencerle.

—También tendré que decirle que yo no escribo vidas de santos.

—No creo que viniendo de ti las espere. Y el editor, tampoco. En cuanto a los lectores, qué te voy a contar.

Seguí el consejo. Hablé con Santi y con Kiko. Todo siguió yendo sobre ruedas, aunque la apretadísima agenda del flamante líder no puso las cosas fáciles y las Navidades, ya inminentes, acabaron de complicarlas. Convinimos en que me reservaría los días 11, 12 y 13 de enero y en que no escucharía los cantos de sirena de otros autores ni de otros editores. Y mantuvo su palabra.

Yo me comprometí con él a terminar el libro el 28 de febrero para que pudiera salir a comienzos de abril. Iba a ser un palizón. Lo está siendo. Confiamos en que la válvula de la aorta aguante. Es de ternera.

¿Brava? Seguro que lo hará. El doctor Fernández-Avilés, jefe de los Servicios de Cardiología en el Gregorio Marañón, obra milagros.

Crucial ha sido en este empeño la ayuda de Kiko Méndez-Monasterio, que hace unos años, anticipándose a él, publicó una larga entrevista con Abascal en formato de libro y la tituló, premonitoriamente, *Hay un camino a la derecha*. ¡Vaya si lo hay! El 28 de abril, convocadas ya las generales mientras escribía este preludio, tendremos todos la ocasión de medir la anchura de ese sendero, su tránsito, su sentido, su longitud y su firme. Gracias, Kiko.

Tú y yo, y Santi, llevamos la misma sangre.

Sin Emma Nogueiro, escritora, periodista y ciclista ocasional, que se ha visto obligada a posponer, para ayudarme, la imponente tesis doctoral sobre García Lorca que pronto reanudará, tampoco habría visto la luz este libro en el plazo previsto. Su colaboración, acaso ingrata, pues le tocó bailar con algo tan tedioso y deslucido como lo es la tarea, imprescindible, de grabar, transcribir y ordenar veinte horas, si no más, de conversación entre Abascal y yo, entreverada por pertinentes (e impertinentes) observaciones tuyas y de Kiko, ha sido decisiva y le debo algo más que gratitud.

Barajé muchos títulos y me decidí por el que figura en la portada.

Podría haber sido otro: *Dos cabalgan juntos*, *Corazón de león* (o *Braveheart*), *La hora de las verdades*, *Echarse al monte* (como este prólogo), *El hombre del año*, *Amanece*, *Una vox inflexible*, *¡En marcha!*, *Retrato de un héroe*, *De Vistalegre a la Moncloa*, *Oigo, patria, tu aflicción*, *Cara a cara*, *De frente y por derecho*, *¡Ultreya!*, *Non serviam*, *Va por España*, *Suspiros de España*, *La España de la rabia y de la idea*, *España en el corazón...* Y, por supuesto, *La alternativa* o, cargando mucho la suerte, *Una, grande y libre*. Resistí esa última tentación para no perjudicar a Santi, pero aquí dejo, pues mía y sólo mía había sido la ocurrencia, contrita constancia de tan provocadora travesura.

Aún lo estoy sintiendo. Enojoso es siempre descartar, pero escribir obliga a elegir y, por ello, a renunciar. Valga, pues, el título escogido, pero el último citado, sea cual sea la paternidad y la buena o mala fama de la consigna que en él se expresa, es, al fin y al cabo, ajustada y justiciera definición de la España por la que Vox aboga.

Cuesta trabajo creer —no se me oculta— que Abascal no sea, *stricto sensu*, un político, sino tan sólo un españolito más que, a los nueve años, cuando se enteró por la tele de que ETA había asesinado al cartero de Amurrio, amigo suyo y de su padre, y de todos sus paisanos, decidió arrimar el hombro a la hazaña, hercúlea, de poner freno a la desvertebración de España y taumatúrgico remedio a su posible defunción. Si eso se lograra, estoy convencido de que Santi, como Cincinato en la antigua Roma, ahorcará los hábitos de la política y se dedicará a cuidar y recorrer los bosques de su patria chica.

Esté seguro el lector de que a mí, por más que a menudo parezca lo contrario, tampoco me interesa la política, pero sabido es que, en todo escritor, y yo lo soy por encima de cualquier otra apariencia, habitan varios hombres. Dos como mínimo, aunque yo piense, como Borges, que son más. No voy a explayarme sobre tal dicotomía, o más bien policromía, pero sí quiero insistir en que ni Santi ni yo somos políticos, y eso es lo que nos une y, posiblemente, lo que algún día nos separará.

¿Qué somos, entonces? Búsquese la respuesta en una de las preguntas iniciales de este libro, relativa a la célebre frase, formulada

por Carl von Clausewitz, de que la política es la guerra prolongada por otros medios.

Si España, por fin, se vertebra tras tantos siglos de zozobra, Abascal se convertirá en guardabosque, lo que siempre ha querido ser, y yo me retiraré definitivamente a la casona de Castilfrío y veré pasar, como Sinuhé, los últimos remansos y rompientes del río de la vida.

Me gusta pensar en este libro por lo que en el fondo es: la conversación entre un guardabosque y un cartujo. Monjes hubo que guerreros fueron. El guardabosque, aquí, opina, responde, analiza, discurre, titubea, sonrío y hace

patria; el cartujo pregunta, incordia, escucha, toma nota y, a veces, con mejor o peor fortuna, se extralimita, mete baza y carga la suerte. Eso es todo. No se nos pida más.

Hermano Abascal, *morir habemus*, ya lo sabemos, pero algo habremos hecho y, sobre todo, habrás hecho tú para que España se vertebre, detenga su *procés* de pudrición y nos sobreviva.

Comience ahora el lector, si lo hay, y si le place, la lectura de este libro, y escuche con atención y recta intención lo que Santi dice. Suya es la Vox y la palabra.

TARDE DEL VIERNES

¡A por el mar, que ya se adivina!

LUIS EDUARDO AUTE

1

Donde se habla de la gesta heroica del Frente Polisario, de la épica, de la valentía, del honor, del *Far West*, del patriotismo y de la esperanza de los jóvenes puesta en Vox

(Todos en el desván.)

Dragó: Pon los artilugios a grabar, Emma... ¿Ya? Arranco. Y lo hago, Santi, antes de meternos en harinas, con algo que quizá te incomode un poco y nos sirva para calentar motores: el Frente Polisario. Su gente está interesada en hablar contigo. ¿Te avendrías?

Abascal: No lo sé. Soy un poco reticente. Tendría que pensarlo.

No se portaron bien con los españoles. Nos hostigaron hasta que nos fuimos del Sáhara.

Dragó: Pero no fueron ellos quienes nos expulsaron. Fue Marruecos. Los polisarios nos aprecian. Me consta. He visitado en tres ocasiones su

campamento. ¡Si hasta hablan bien de Franco! Durante mi primera visita entré en una escuela sin avisar mientras los niños cantaban «que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva...». Los saharauis mantienen el español contra viento y marea en el peor lugar del desierto y en condiciones de indescriptible dureza. Te vendría bien relacionarte con ellos. Se sienten abandonados por todos y en especial por la izquierda.

Abascal: ¿Por qué dices que me vendría bien?

Dragó: Mejoraría tu imagen y limaría un poco la xenofobia que muchos te achacan. El Polisario cae bien a todo el mundo. Son víctimas de una injusticia.

Abascal: ¿No sería mejor que me interesase por Guinea Ecuatorial?

Dragó: De Guinea sé poco, Santi, pero del Sáhara sé mucho. Lo del Polisario es una gesta heroica, de esas que a ti te gustan. Lleva ya cuarenta años aguantando mecha. Como los judíos en su búsqueda de la tierra prometida. Todos los gobiernos de la democracia los han ignorado para no molestar a Marruecos. España, como mínimo, debería abrir en sus campamentos un centro cultural. Eso costaría cuatro perras. Yo se lo propuse a Paco Fernández Ordóñez, ministro de Asuntos Exteriores de Felipe, y a Aznar. Hasta me ofrecí a irme de director a ese centro. Y nada, no hubo forma.

Abascal: Ni con Rajoy.

Dragó: Con Rajoy no lo intenté.

(Risas.)

Dragó: Bueno, considéralo, de verdad. Reúnete con ellos. Te van a gustar. Son como Blas de Lezo, como los de Baler...

Abascal: Tuve algún contacto con los saharauis que estaban en el País Vasco. De vez en cuando iban al Parlamento.

Dragó: ¿Abrirías tú ese centro si estuviese en tu mano?

Abascal: No lo sé. Habría que estudiarlo. Si te fueras tú a dirigirlo...

Dragó: ¿Con ochenta y dos años auestas? Bueno... Ya te he tocado un poco las pelotas, Santi. Empecemos a hablar en serio.

Abascal: ¿Cómo va a ir esto? ¿Tú preguntas y yo respondo? ¿O va a ser algo más informal?

Dragó: Y más coloquial. No es una entrevista, sino una conversación y, por tu parte, una confesión para que de ella salga tu retrato. Entrevistas ya te han hecho muchas, y más que te harán. Yo soy el cura, Santi, y tú el pecador.

Abascal: Ave María Purísima, padre.

Dragó: Sin pecado concebida, hijo.

Abascal: No te olvides de que soy católico.

Dragó: Ni tú de que yo no lo soy. Por cierto: ¿qué piensas de este papa que nos ha caído en perra suerte? No parece de tu cuerda. De la mía, desde luego, no lo es. Tira a podemita, a peronista y hasta a yihadista. Muchos ven en él al Anticristo.

Abascal: Me pones en un compromiso.

Dragó: De eso se trata. No te escurras.

Abascal: Es que me preocupa que en algunos temas tan concretos como éste mis respuestas resulten pobres. A lo mejor me haces preguntas a cuento de cosas en las que yo no he pensado mucho, porque tengo a alguien en el partido que se encarga de ellas...

Dragó: Pues lo admites y ya está. No tienes por qué saber de todo. No eres Sócrates ni yo Platón. ¿Conoces el libro de conversaciones entre Boadella y yo?

Abascal: No.

Dragó: Luego te lo daré. Te va a encantar. Bueno, vamos al grano, pero no creas que me olvido de lo del papa. Te lo voy a poner fácil. Vasco eres. Seguro que sabes el chiste aquel del paisano tuyo que fue a misa y al que luego le preguntaron por lo que había dicho el cura en su sermón.

Abascal: Sí. Y explicó que había hablado del pecado y que no era partidario.

Dragó: ¿Lo eres tú?

Abascal: ¿Del pecado?

Dragó: ¡No, hombre! Del papa.

Abascal: Quieres que me pille el toro, ¿eh?

Dragó: Con eso vale. Ya me has contestado.

Abascal: ¡Qué alivio!

Dragó: El militar prusiano Carl von Clausewitz, en un famoso tratado, escribió que la política es la continuación de la guerra por otros medios. Frase que se hizo clásica. ¿Y si la volviéramos del revés?

¿Puede ser la guerra la continuación de la política por otros medios?

Abascal: Lo mismo he dicho yo en muchas ocasiones para defenderme de quienes me reprochan que durante mucho tiempo haya vivido de sueldos públicos. Y lo he dicho también frente a los que presumen de servir o haber servido a los demás. «¡Mecachis, qué bueno soy!», dicen a todas horas. Eso me parece de una grandilocuencia ofensiva. Yo me limito a defender mis ideas y lo hago, y lo he hecho siempre, en un contexto de guerra y de persecución: el desencadenado por los etarras. De ahí que mi planteamiento parezca

belicoso. Lo es, pero siempre incruento, compasivo y en defensa de cosas inmateriales: mi libertad, por ejemplo, y la de poder decir lo que pienso. Recuerda el mundo en que he nacido y me he criado. No sólo soy yo. Es también mi circunstancia, como decía tu dilecto Ortega.

Dragó: Sí, y por eso tu imagen desprende cierto aroma épico: el de esa famosa foto, por ejemplo, en la que se te ve cabalgando por las dehesas andaluzas junto a Morante, como si estuvierais interpretando una película del Oeste. Una de las raíces del tirón popular de Vox es, a mi juicio, la nostalgia de la épica. Todos estos niñitos malcriados por el Estado del bienestar han nacido en un mundo lírico, blandiblu, acolchonado, también acojonado, por así decir y, en ellos, aunque no lo sepan, late esa pulsión épica que todos los seres humanos llevamos dentro. Eso es algo que te puede granjear muchas simpatías.

Abascal: De eso no tengo ninguna duda. La política se ha convertido en una especie de oficio similar al de un zapatero o un carpintero. Y yo creo que en ella hay algo más. No conecta con los sentimientos y las convicciones: el honor, el patriotismo y cosas así. La imagen del caballo era épica para algunos y cómica para otros. Es el riesgo de las escenificaciones, pero hay que correrlo, porque tienen un valor simbólico y recuperan un vocabulario que se ha perdido en la política. Exagerado y grandilocuente, sí, pero hay muchas personas que necesitan volver a oírlo. La política no es sólo el plan de urbanismo, ni el horario escolar, ni el alumbrado de las calles. Todo eso, a mí, nunca me ha interesado, aunque he sido concejal durante ocho años. Son debates en los que me da casi igual una cosa que su contraria. Y no me importa decirlo, aunque escandalice.

Dragó: Antonio Machado escribió unos versos que yo repito a menudo y que definen a la perfección lo que acabas de decir. «Bueno es recordar / las palabras viejas / que han de volver a sonar.»

Abascal: Claro, porque esas palabras viejas son hermosas y representan sentimientos y convicciones ancladas de por vida en el ser humano como portador de valores universales. Podrán transformarse y evolucionar, pero su significado no desaparecerá. Es indisoluble de la condición humana, está en nuestra naturaleza. Por eso hay tantos jóvenes que las echan de menos y responden a nuestra llamada. Son muchos, Fernando. No imaginas cuántos. Donde más éxito tenemos es

en las redes sociales de ámbito juvenil y eso descoloca a los demás partidos.

Dragó: En Instagram, ¿no?

Abascal: Sí. Ahí hay más imágenes que palabras. Ya sabes lo que dicen los chinos.

Dragó: Antonio Machado, otra vez él, decía que «ser bueno es ser valiente». Eso también tiene mucho que ver con la épica y con tu gallardía a la hora de enfrentarte a acontecimientos tan duros como los que te ha tocado vivir. El pueblo español, con sus miserias, sus luces, sus sombras, sus mezquindades, su envidia y su ira, aprecia mucho el valor. Lo sé por experiencia. Y eso redundará en tu beneficio, Santi. Tú eres una persona valiente y Vox es un partido valiente que se atreve a decir a pleno pulmón lo que la mayoría de la gente piensa, pero no se atreve a decir.

Abascal: Me cuesta colgarme a mí mismo virtudes que los demás me atribuyen.

Dragó: Lo entiendo.

Abascal: Y tampoco me gusta definirme como patriota. Me parece que es como presumir de guapo. Prefiero que lo digan otros, aunque es verdad que me considero una persona valiente, coherente y atrevida, a la que no le importan las consecuencias de lo que dice ni de lo que hace. Pero detrás de los valientes hay muchas hormiguitas menos arrojadas, que ayudan, impulsan y cumplen una misión. Los que hacemos cosas aparentemente «heroicas», dicho sea entre comillas, no podríamos hacerlas sin el apoyo de esas personas.

Dragó: Ya, pero mejor es ser águila que quedarse en hormiga,

¿no? El marqués de Tamarón distingue entre los hombres de las cumbres y los hombrecillos de la llanura.

Abascal: Admiro al águila, sí, pero respeto mucho a las hormigas.

2

Donde se habla de la corrupción, de los

riesgos del poder, de la lealtad, del acuerdo andaluz, de la Ley de Violencia

de Género, de la memoria histórica, del cordón sanitario, del aborto, de la tauromaquia, del colectivo

LGTBI y de la inmigración

Dragó: Yo en ti no veo a un político, Santi, y te voy a decir por qué.

He conocido y tratado a muchísimos políticos a lo largo de mi ya de por sí larguísima vida. Y en todos, absolutamente en todos, de izquierdas y de derechas, revolucionarios y reaccionarios, españoles y chinos, deseosos de enriquecerse o no, sinceros y embusteros, he comprobado que el punto de ignición de su actividad política siempre era el anhelo de poder. En ti, y no lo digo por darte coba, no lo veo. Por eso me atrajo tu figura. La base de tu credibilidad, a los ojos de quienes en estos momentos te siguen, radica en que estás decidido a llevar adelante tus ideas sin ninguna componenda. La intransigencia te hace fuerte en un mundo donde todos los políticos negocian, basculan y están dispuestos a recular.

Abascal: Es cierto, aunque no debería ser yo quien te dé la razón.

El poder no me tienta. Sé que, si alguna vez lo alcanzo, por muy arriba que pueda llegar, tarde o temprano lo perderé. El poder te abandona.

Es un traspaso. Te llega, lo ejerces y, de repente, se larga con otro. No importa que lo hayas utilizado mejor o peor. Tiene fecha de prescripción. El poder caduca. Y más en esta sociedad de la inmediatez, de las redes sociales, de las campañas de difamación...

Dragó: ¿Cómo puedes estar tan seguro de que el poder no te corromperá ni te hará flaquear?

Abascal: Me podría haber corrompido hace mucho, ¿no? Eso no va a suceder. Ya he cambiado de barco con tal de no corromperme. Y

lo he hecho para irme a vivir debajo de un puente, por decirlo de algún modo, cuando otros partidos políticos habían dejado de representarme. He tenido que decirle a mi mujer que ya no entraría un sueldo en casa. ¿Por qué iba a desfallecer ahora? Muchas veces me dicen por la calle, y también en los

mítines, «por favor, no nos traiciones». Y yo les digo: «Descuida, porque traicionarte sería como traicionarme a mí mismo».

Dragó: Voy a hacer ahora de mosca cojonera, Santi. Iniciamos esta conversación poco después de que se hiciera público el acuerdo alcanzado por Vox con el PP en lo concerniente al gobierno de Andalucía. Te confieso que al enterarme de lo pactado pensé que ya empezabais a retroceder, a pastear y a plegaros ante las exigencias que la política, siempre, de por sí, pragmática, impone. Un ejemplo: poner coto a la inmigración, como habíais dicho, es distinto a regularla, que es a lo que os habéis avenido. Palabras genéricas que al final se convierten en flores y pajaritos.

Abascal: Entiendo tu inquietud, Fernando, pero en lo concerniente a ese problema se ha logrado que el PP se comprometa a que la Junta colabore con la Policía para identificar a los inmigrantes ilegales que disfrutaban de la sanidad pública. Hasta ahora, tal y como denunciaban los sindicatos policiales, no lo hacían. Es verdad, pasando a otro asunto no menos conflictivo, que el PP no ha aceptado ninguna modificación de la Ley de Violencia de Género, pero obstinarnos en eso nos habría llevado a nuevas elecciones y los andaluces no nos lo habrían perdonado.

Dragó: ¿Estás seguro? Igual, si eso sucediera, mejorabais vuestros resultados. La gente ya sabe ahora que no sois el coco.

Abascal : Sí, pero el PSOE recuperaría un buen pellizco de ese voto clientelar que esta vez se ha quedado en casa.

Dragó: No voy a llevarte la contra. Seguro que tú sabes de eso más que yo. Pero ¿qué hay de la memoria histórica, que a mí, como huérfano de guerra, me toca muy de cerca y me tiene soliviantado?

Abascal: Ése es otro éxito de la negociación. Para obtener los votos de la investidura, el PP se ha comprometido a cambiar la Ley de Memoria Histórica andaluza por una Ley de la Concordia.

Dragó: ¿De la concordia? Pues estamos buenos. Más de lo mismo. No hace falta ninguna ley, Santi. La historia es la historia, y punto. Ni memoria ni concordia.

Abascal: Eso es sólo una propuesta del PP que, aunque sea menos dañina que la ley de Zapatero mantenida por Rajoy y Sánchez, nosotros no suscribimos. Esta misma mañana lo he dicho en el programa de Susanna Griso. No queremos que nos impongan ningún tipo de memoria histórica ni sobre la Guerra Civil, ni sobre el franquismo, ni sobre la Transición. En Andalucía no hemos ganado las elecciones. Por eso hay que pactar, y hemos conseguido que, por lo menos, el PP se avenga a derogar la Ley de Memoria Histórica de esa autonomía... Aunque, como son unos acomplejados, proponen a cambio esa otra Ley de la Concordia que ya hemos mencionado.

Dragó: ¿Cómo podría articularse una ley de tales características?

Difícil, ¿no? Iniciativas así las carga el diablo.

Abascal: Eso tendría que explicártelo Pablo Casado. Nosotros, desde luego, lo que haremos será torpedear cualquier proyecto de ley que restrinja la libertad de juicio y de conciencia. No sé si hemos sido pragmáticos, como insinúas, en las negociaciones andaluzas, pero sí razonables. Vox tenía doce diputados y con tan exigua fuerza de choque habría sido absurdo, además de inmoral, someter a una especie de chantaje al PP y, por extensión, a los millones de andaluces que estaban esperando el cambio. No podíamos tirar por la borda esa oportunidad histórica.

Dragó: La prensa dice que en ningún momento os plantasteis. Y

anda por ahí un peso pesado del PP presumiendo de que, tras el pacto andaluz, de vuestro pliego de condiciones no queda ni el membrete.

Literal, Santi.

Abascal: Quien lo diga manipula o miente. Da igual que sea la prensa o cualquier zascandil de otro partido. Nosotros nunca habíamos trazado líneas rojas ni impuesto condiciones para votar a Juanma Moreno. Lo que sí hicimos fue presentar un catálogo de demandas articulado en diecinueve puntos, pero sin exigir ni esperar que el candidato los aceptase todos. Lo apremiante era expulsar a los

socialistas del Gobierno de la Junta y que nuestros electores comprendan lo

que los diputados de Vox van a defender en Andalucía.

No hemos llegado a un pacto de gobierno. Sólo hicimos posible la investidura. En todo lo demás haremos una oposición constructiva.

Dragó: Hay dos conceptos que ahora se manejan mucho en el lenguaje político y mediático. Uno de ellos es de creación muy reciente: el *cordón sanitario*. El otro, no tanto. Del primero no merece la pena hablar, porque es repugnante en sí mismo, digno de los nazis y totalitario a más no poder. El segundo lo acabas de mencionar tú: las *líneas rojas*. Te confieso que yo tengo algunas y supongo que Vox también las tendrá. Nunca votaré, por ejemplo, a un partido que no condene el aborto.

Abascal: Por supuesto que tenemos líneas rojas. Las relativas a la defensa de la unidad nacional, a la libertad de conciencia, a la de expresión y a la de elegir la educación de nuestros hijos. Y también, faltaría más, la del derecho a la vida. Ésas son nuestras líneas rojas: la vida, la libertad y la unidad de España. La última es tan importante como las otras dos. Hay quienes dicen que se podría resolver mediante un referéndum. Nosotros no lo aceptamos. España no se puede suicidar.

Dragó: En 1988, quizá en 1989, conocí a José María Aznar. Fue en el curso de una larga entrevista para el programa de radio que yo dirigía y presentaba entonces: *El mundo por montera*. Él era presidente de la Junta de Castilla y León. Al terminar la entrevista, cuando Aznar ya se había ido, me volví a mis colaboradores y les dije:

«Este señor va a ser presidente del Gobierno». Y acerté. Ahora también tengo esa sensación contigo.

Abascal: Me abruma, Fernando, pero me interesa saber qué viste en Aznar.

Dragó: Nuestra conversación duró casi una hora y lo que dijo en ella me pareció tan convincente, y tan coincidente con lo que yo pensaba, que la frase me salió de sopetón. Pensé que era un hombre firme, honrado, digno de confianza y cargado de autoridad. Lo único que en él no entendía era la aparente tibieza de su postura en lo concerniente al aborto. Se la reproché más tarde, en una conversación privada, cuando ya era candidato a la jefatura del

Gobierno, y me dijo:

«Fernando, el aborto me repugna, pero no lo puedo incluir en mi programa porque perderíamos votos».

Abascal: Yo no voy a decirte eso. Por supuesto que el aborto nos repugna, como a ti y como a cualquier persona decente, y lo decimos, y lo seguiremos diciendo, aunque perdamos votos. Vox se presenta ante la opinión pública tal y como es. No escondemos nada en la bocamanga ni tenemos conejos en la chistera. Por primera vez hay en España un partido que juega con todas sus cartas boca arriba.

Sabemos que hay tareas pendientes y conflictivas: la de expulsar, por ejemplo, a los inmigrantes ilegales. Pero no nos temblará el pulso a la hora de afrontarlas. En la defensa del no nacido estamos solos y no flaquearemos. O en la de la tauromaquia. Pero también sabemos que no estamos ocultando nada. Algunos ridiculizaron nuestra propuesta de cambiar el Día de Andalucía y minimizaron el alcance de esa medida. Bien, acepto que el asunto no tiene en este momento mucha importancia, pero conviene que los detractores sepan que, si algún día tenemos la potestad de hacerlo, moveremos en el calendario esa festividad. No hemos engañado a nadie, por muy ridículo que lo de la conmemoración de la toma de Granada haya parecido. Y eso vale para todo nuestro programa. Iremos despacio, porque aún no disponemos de una estructura que nos permita ir más deprisa, pero no retrocederemos ni un centímetro. Recuerda que Vox, al día siguiente de las elecciones andaluzas, tenía más diputados que trabajadores en toda España. Lo que hemos hecho durante estos años ha sido algo milagroso, con un ejército de voluntarios y muy pocas personas en nómina. Los demás partidos, después de lo de Vistalegre, dijeron que había sido un despliegue de fuerza financiado por manos ocultas. No era cierto. No había nada detrás. Cuando hicimos la campaña andaluza, llenando hasta la bandera todos los mítines, nos acusaron de algo parecido, de quemar mucha pólvora, de gastar mucho dinero... Se equivocaban. Lo de Andalucía costó ciento cincuenta mil euros, mientras los demás partidos gastaban millones y millones.

Dragó: Me resulta curioso que, a menudo, las gentes de mi entorno, ya sean de derechas, ya de izquierdas, ya de nada, me digan que te respetan o, incluso, que te admiran, pero no aplican el mismo trato a tus ideas. Distinguen entre

Vox y tu persona, que a mi juicio son inseparables. En sus comentarios acerca de tu ideario siempre hay

dos cosas que chirrían: el tema del aborto y el de todo lo que tiene que ver con la comunidad gay. Lo demás, lo de la inmigración, lo de las autonomías —ahí el consenso contigo es casi unánime— o incluso lo de la violencia de género, tema vidrioso donde los haya, no importa tanto.

Lo que más me sorprende es que se te acuse de homofobia, porque lo único que tú cuestionas es el concepto de matrimonio aplicado a una relación entre personas del mismo sexo.

Abascal: Y también lo concerniente a la adopción en el seno de esas parejas. Lo mejor para los niños es disfrutar de los dos modelos: el paterno y el materno, el femenino y el masculino. Cuando uno de los dos no existe por circunstancias de fuerza mayor, como fue tu caso, qué se le va a hacer, pero... En definitiva: no existe el derecho a adoptar, sino el derecho del niño a ser adoptado y protegido.

Dragó: Lo de los dos modelos es de cajón. El *yin* y el *yang* .

Todas las culturas lo respetan, menos la del mundo occidental en nuestros días. Y lo otro, también.

Abascal: Pero, además, yo defiendo lo mismo que defienden muchos gais que son de Vox. Uno de ellos reconoció en las redes su homosexualidad sin esconder su filiación política y recibió tal acoso que tuvo que borrarse de YouTube para poner fin al sofocón de sus padres. El *lobby* gay es de un sectarismo implacable. Lo mismo les pasó a los modistos Dolce y Gabbana cuando defendieron la familia tradicional. Hoy ya no lo hacen, escarmentados por el boicot al que fueron sometidos. Hasta Elton John pidió que nadie adquiriese los productos de su empresa. Nosotros defendemos la libertad sexual.

Decir que estamos contra los gais es una falacia idéntica a la de afirmar que estamos contra las mujeres porque no somos partidarios del aborto y pensamos que éste, lejos de ser un derecho, es una tragedia que culmina con la muerte de un inocente. Pero la presión del discurso dominante en los medios

de información y en los círculos culturales y políticos es formidable. A la mayor parte de la gente le resulta incómodo hablar de esas cosas y prefiere darlas por superadas.

¿Superadas? Nosotros no creemos que lo estén. Al contrario: nos parecen más vivas que nunca.

Dragó: ¿Pero es tan difícil entender algo, a mi juicio, tan elemental, tan simplón? Y vuelvo a lo del aborto y a lo que respecto a él dicen tantas mujeres, convencidas, y en eso tienen razón, de que son

propietarias de su cuerpo, de que el *nascituro* también es legítimo poseedor del suyo, y de que ellas, cuando están encinta, sólo son el vehículo donde viaja otra persona. Una especie de taxista que conduce hacia la vida a un pasajero. Es de puro sentido común, ¿no? Imagina que ese taxista dice: «¡Oiga, que el coche es mío y lo que hay dentro también!». Y va y liquida al pasajero.

Abascal: Pues sí, es fácil de entender, pero a condición de que no te hayan lavado el cerebro. Yo creo que cualquier persona razonable, por abortista que sea, si se para a pensarlo o alguien le explica, de forma sosegada, que no se trata de criminalizar a nadie ni de encarcelar a las mujeres que abortan, sino de suministrarles información y asistencia social y de ofrecerles otras alternativas, como lo de dar a ese hijo en adopción a otras personas o a determinadas instituciones, lo entendería. Todo eso es lo que nosotros proponemos.

Dragó: Eso también es de cajón. Yo, hasta que me independicé, vivía muy cerca de la Inclusa, que estaba al final de O'Donnell. Alguien dejaba allí, en una cestita, al niño que la madre no quería criar, y nunca faltaba quien se ocupase de él. Las monjas, un organismo de beneficencia, una familia adinerada... Mejor eso que matarle, ¿no?

Abascal: Al haber sólo propaganda, todo son trampas. Planteas el asunto y en el acto salta alguien con la copla de si tampoco una mujer violada va a tener derecho a abortar. Hay personas que entienden el aborto como un método anticonceptivo, como una práctica eugenésica. Se analiza el feto, y si presenta algún problema, el del síndrome de Down, por ejemplo, se le impide nacer. A mí me parece espantoso.

Dragó: Y lo es: puro terrorismo. Se lo digo a una persona como tú que ha sido víctima directa de los etarras. Un soldado que mata a otro en una guerra no es un terrorista. Un terrorista es un señor que mata a otro señor, o a una señora, o a un niño que pasa por el supermercado, y ninguno de ellos tiene absolutamente nada que ver con la causa por la que el asesino lucha. Eso es el terrorismo. Eso es el aborto. Matar a alguien ajeno por completo a las circunstancias en las que su madre ha sido fecundada.

Abascal: Y sin posibilidad de defenderse.

Dragó: Encima. Para mí es el peor de los asesinatos posibles. Y, sin embargo, cuando lo digo, me tengo que enfrentar a medio mundo.

Abascal: Reconozco que, en ese debate, por ahora, llevamos las de perder.

Dragó: Algún día se hablará de esto como hoy hablamos de los sacrificios humanos que hace siglos se llevaban a cabo.

Abascal: Yo he recurrido a menudo al mismo parangón.

Dragó: Pasemos a otro asunto que también reproduce una de las peores lacras del pasado: la esclavitud.

Abascal: Te veo venir. Aludes a la inmigración ilegal.

Dragó: Claro. ¿Cómo no se dan cuenta quienes la toleran de que las pateras son la última cara de la esclavitud, de la trata, de lo que sucedía cuando los reyezuelos del África negra vendían esclavos hacinados en barcos negreros a los ricachones del mundo occidental?

Pura piratería y tráfico de carne humana. ¿Dónde está la diferencia?

Abascal: Yo no la veo, pero tampoco soy capaz de contestar a tu pregunta. Ignoro qué hay detrás de quienes impulsan la inmigración masiva.

Dragó: Soros, por ejemplo.

Abascal: Sí, eso dicen.

Dragó: Razones no faltan. La inmigración fraudulenta abarata la mano de obra, es un mecanismo de transculturación y destrucción de las identidades nacionales, convierte al hombre en un ser plano y desprovisto de valores al que se le puede persuadir de cualquier cosa, por insensata o inmoral que sea. ¿Te parece poco?

Abascal: ¿Pero qué se le ha perdido a un señor como Soros en semejante barrizal? Eso es lo que no soy capaz de explicar. ¿Por qué fomenta el negocio de la trata un multimillonario que podría dedicarse a disfrutar de su fortuna? ¿Qué pretende? ¿Qué busca? ¿Qué tipo de obsesión tiene en la cabeza?

Dragó: Más fortuna. El multimillonario siempre quiere tener más millones.

Abascal: ¿Más fortuna? ¿Estás seguro? Yo no lo veo tan claro.

Dragó: Bueno, yo eso, en su caso, no lo sé. Pero sí sé que la inmigración, ya sea legal, ya ilegal, es un negocio lucrativo para muchas sociedades, muchas empresas, muchos sectores de la economía.

Abascal: Se lo oí decir el otro día al director ejecutivo de Airbus, que planteaba la necesidad de acoger a los refugiados porque eso

permitía acabar con el salario mínimo. Estamos ante una nueva forma de esclavitud. Es así. Y sorprende. Pretenden, por un lado, que vengan a hacer los trabajos que nosotros no estamos dispuestos a hacer, y aseguran, por otro, que van a pagarnos las pensiones. ¿Cómo? ¿Con salarios ilegales o esclavistas y sin pagar impuestos? Eso es jugar con grandes

problemas

culturales

que

conducirán

a

graves

enfrentamientos sociales. Está pasando ya en toda Europa y, con especial virulencia, en Francia. Allí, en el año 2049, con el actual ritmo demográfico, la mitad de la población será musulmana. Eso generará una guerra civil soterrada. Dos culturas totalmente enfrentadas e incompatibles.

Dragó: Y, además, como son culturas que no se mezclan, es inevitable la aparición de guetos. Ya los hay por toda Europa. Y los guetos terminan conduciendo a lo que pasó en la Alemania nazi sin ir más lejos. Verstrynge cree que acabarán pasando a cuchillo a los inmigrantes en media Europa.

Abascal: ¿Incluida España?

Dragó: Incluida España.

Abascal: Esperemos que se equivoque. Pero es curioso que Verstrynge, siendo tan de izquierdas como es, piense eso.

Dragó: ¿Por qué no lo fichas? Igual acepta. Tiene buenas relaciones con Marine Le Pen.

Abascal: No creo que sea buena idea. Ya sé que es amigo tuyo, pero...

Dragó: Si quieres se lo propongo. Lavaría tu imagen de ultraderechista furibundo.

Abascal: Es falsa. No lo soy.

Dragó: Precisamente por eso. Hay que desconcertar al enemigo.

Te vendría bien incorporar a Vox a algunos figurones de la izquierda.

Abascal: ¿En quién piensas?

Dragó: En Leguina, por ejemplo. Acaba de publicar una *tercera* de *ABC* en la que os tiende la mano.

Abascal: No es mala idea.

Dragó: Nómbrame ministro de Relaciones Ideológicas y se lo digo. Vive cerca de mi casa. Nos llevamos bien.

3

Donde se habla de feminismo, de los negocios de la izquierda, de la hegemonía del marxismo cultural, de la propaganda, de la religión y del tirón de Vox

Abascal: Deja de enredar, Fernando. Lo que a mí me llama la atención en todo esto es averiguar qué se esconde detrás de quienes, contra toda lógica, empezando por la de su propia ideología, fomentan y amparan la inmigración. ¿Por qué lo hacen?

Dragó: *Business is business* , Santi.

Abascal: ¿En la extrema izquierda?

Dragó: Más que en ningún otro sitio. Mira lo que sucede en el marquesado de Galapagar y entre sus cortesanos, sus palafreneros y sus bufones. ¿Sabes cómo nació el movimiento feminista? Te lo pregunto porque las feministas no lo saben. Lo financió, a comienzos del siglo pasado, la Fundación Rockefeller en Estados Unidos. ¿Qué querían conseguir? En primer lugar, que la mitad de los seres humanos se incorporaran al mercado laboral. Así, además de abaratarlo, al duplicarse el número de contribuyentes, crecía exponencialmente la recaudación fiscal y, de paso, con el padre y la madre todo el santo día fuera de casa, se ponía coto a la educación de los hijos en el ámbito de la familia. Triple carambola, Santi. La sumisión de la sociedad estaba servida.

Abascal: No me sorprende lo que dices. Estamos ante una situación de marxismo cultural que pretende desmontar las soberanías y las identidades nacionales e individuales para que se pueda imponer el globalismo.

Dragó: El marxismo, que ha perdido la guerra política, la militar y todas las guerras posibles, ha ganado, sin embargo, la guerra de la propaganda y la sigue ganando, aunque no con la etiqueta de marxismo, porque ya no se llama

así. Pero es lo que tú acabas de decir.

Es el marxismo cultural, que sigue impregnándolo todo.

Abascal: Con la complicidad de la extrema izquierda, claro. Es lo que ocurre con la violencia de género. Necesitan dividir y enfrentar.

Dragó: Han sustituido la guerra de clases por la guerra de sexos.

Y eso es ya abierta locura, porque supone enfrentar a medio mundo con el otro medio. Es la peor de las guerras civiles, la que se libra en el salón de tu casa, en la alcoba, en la cocina.

Abascal: Pero esa guerra, que va contra natura, no la ganarán.

Parece un movimiento mayoritario, pero yo estoy convencido de que es minoritario.

Dragó: Este libro, en teoría, porque esas cosas, a veces, en el último momento cambian, va a llamarse *España vertebrada*. Se trata, obviamente, de una referencia a la *España invertebrada* de Ortega.

Un libro que, según creo, no te acaba de convencer. Prefieres *La rebelión de las masas*. ¿Por qué?

Abascal: Porque en el otro se alinea el autor, hasta cierto punto, con las tesis de la leyenda negra. Yo soy más unamuniano.

Dragó: ¿Lo dices porque Ortega cree que, en realidad, la grandeza española nunca lo fue del todo y que, por ello, tampoco cabe hablar de decadencia?

Abascal: Sí, por eso, pero también porque el concepto de *grandeza* manejado por Ortega apunta más a lo material, a lo económico, a lo territorial y a lo militar que a lo espiritual. Pero tendría que volver a leer los dos libros. Igual cambio de opinión.

Dragó: Lo que ocurre es que *La rebelión de las masas* es más genérico. No habla sólo de nosotros, sino del mundo entero. *España vertebrada*, en cambio,

te toca en lo vivo, te da donde más duele.

Abascal: Y donde más le dolía a Unamuno...

Dragó: A Unamuno le dolían muchas cosas. Era el rigor de las desdichas, tan cristiano, por cierto, como tú, a diferencia de Ortega. Lo que va del *Cristo* de Velázquez a *La maja desnuda* de Goya. El catolicismo es uno de los elementos vertebradores de tu programa. Y

se me viene ahora a las mientes aquella frase que Ortega le espetó a

Azaña y que tú has repetido en alguna ocasión: «Si el catolicismo desapareciese, España se diluiría como un terrón de azúcar». Yo también lo creo, aunque, como sabes, no soy católico, y me pregunto por qué la gente no se da cuenta de que la religión es un instrumento de cohesión social.

Abascal: Ésa es, justamente, mi perspectiva. Que yo me declare católico no significa que Vox sea un partido confesional. No lo es.

Pero, como sugieres, la religión vertebra España, aunque forme parte de un ámbito tan privado como lo puede ser, en otro orden de cosas, el del sexo, que tú conoces tan bien. Y ya que saco éste a relucir... Me escuece que algunos nos atribuyan reticencias o incluso condenas de la homosexualidad. No es cierto. Nosotros, como partido, no nos arrogamos ningún derecho a juzgar lo que las personas hagan en su vida privada.

Dragó: ¿Es Vox un partido conservador? ¿Aceptas esa etiqueta?

Te lo pregunto porque yo no sé muy bien qué es ser conservador. Cabe serlo de muchas maneras distintas.

Abascal: A mí me pasa lo mismo. No sé con seguridad qué significa ser conservador o liberal. Supongo que para cada persona significará algo diferente. Lo que sí sé es que Vox tiene que huir de las etiquetas. Y, sobre todo, de las autoetiquetas. Ya están los demás para decir lo que somos, aunque casi siempre se equivoquen al hacerlo. Vox debe definirse por su programa y sus propuestas, no por las etiquetas.

Dragó: Pero es inevitable que os las pongan y, además, ya lo están haciendo. A ti y a todos.

Abascal: Sí, pero no nos hacen ningún daño, porque las convertimos en insultos y en herramientas de propaganda. Funcionan como un altavoz.

Dragó: Te preguntaba lo de conservador por saber en qué medida Vox, como partido político, es un eslabón más de la tradición cultural del conservadurismo español. Ésa que trazaron Menéndez Pelayo, Olagüe, Vázquez de Mella, Donoso Cortés, Balmes, Maeztu, Ledesma Ramos, José Antonio Primo de Rivera, Javier Conde o Fernández de la Mora.

Abascal: Mezclas a conservadores con revolucionarios.

Dragó: Tienes razón.

Abascal: Pero recuerda que Vox es un partido político, no un movimiento cultural, aunque algo hay en él de lo segundo.

Dragó: Eso es lo que me acerca a vosotros. Yo puedo integrarme con facilidad en un movimiento, pero nunca me integraría como militante en un partido político sometido a reglas y a disciplina.

Abascal: Corrijo un poco lo que antes te dije. Fui demasiado tibio al exponerlo. Me quedé corto. Vox, además de un partido, es en no escasa medida, como tú supones, un movimiento de reacción cultural en el que caben conservadores, liberales, cristianos y ateos. Caben, incluso, personas vinculadas a ideologías de izquierda, pero preocupadas por la unidad de España y por la igualdad de todos los españoles ante las mismas leyes. Por eso es absurdo definir a Vox.

Algunas personas no estarán de acuerdo con asuntos que para ti y para mí son esenciales, como el derecho a la vida del no nacido y, sin embargo, nos votarán porque defendemos la unidad de España.

Dragó: ¿Crees que Vox puede conseguir que gentes de izquierdas os voten? Antes te puse dos ejemplos: Verstrynge y Leguina. Podría darte otros. Tenéis un electorado potencial entre quienes han votado a Podemos o, incluso, al

PSOE.

Abascal: No es que lo crea, es que sé que vamos a llegar hasta esa gente. Ha ocurrido ya. En Andalucía nos han votado.

Dragó: También ha ocurrido en Francia. El Frente Nacional ha arramblado con el voto de quienes antes votaban a los comunistas.

Abascal: Aquí tenemos más motivos que en Francia para pescar adhesiones en ese caladero. El paralelismo que trazas no me emociona, pero no sé si Marine Le Pen ha llegado al mundo rural y al de la caza.

Dragó: A la caza, lo ignoro; al mundo rural, sin duda.

Abascal: El mundo de la caza no es necesariamente de derechas.

Quizá sí lo sea el de las monterías. Pero el de la caza menor, el de los silvestristas, el de quienes tienen un jilguero metido en una jaula y lo llevan a un concurso de vez en cuando para ver cómo canta y demás expresiones de la vida rural, está formado por personas que no tienen por qué estar automáticamente ligadas a la derecha.

Dragó: Ahí te ha salido el ornitólogo.

Abascal: Sí, me ha salido el ornitólogo que entiende que una persona puede dedicarse a eso sin que el pájaro tenga que morir.

Dragó: Eso pasa también con los toros. La gente tiende a identificarlos con la derecha, pero no es verdad. Entre los taurinos hay gente de derechas y de izquierdas. Todos, además, coinciden en su amor a los animales.

Abascal: Entre los que cazan también están quienes más los quieren, respetan y cuidan.

Dragó: No hay nada tan conservacionista y, si me apuras, tan animalista como la caza.

Abascal: Que además es absolutamente necesaria. En la Andalucía rural, por

ejemplo, hay mucha gente que dice que es español, que quiere a su país y que ha votado al Partido Socialista durante toda su vida. Pero en el fondo son españoles de verdad y por eso les gusta ir a las procesiones y a los toros o a cazar codornices.

Esas personas son las que nos han votado.

Dragó: Lo que dices me parece muy importante. Estoy convencido de que hay un voto temperamental y emocional. La mayor parte de los políticos cree que la gente vota en función de las ideologías o de los presupuestos generales, pero no es así. Yo creo que la gente vota por cuestiones concretas y en defensa propia.

Abascal: Si yo soy cazador y quieren prohibir la caza, votaré, evidentemente, a quien la defienda. Y, si me gustan los toros, votaré a quien garantice que pueda seguir yendo a ellos. De eso, por lo general, los otros políticos no se dan cuenta.

Dragó: En La Rioja acaban de sacar una delirante Ley de Mascotas que autoriza a los inspectores a allanar las moradas de los dueños o cuidadores de animales para ver si el váter del gato, del perro o del periquito está como una patena y perfumado con ozono pino.

Manda huevos. ¡Con la cantidad de españoles que tienen mascotas!

Estoy convencido de que el PP, por culpa de esa ley, va a perder votos a raudales.

Abascal: Y todos irán a parar a Vox. Ahí tienes otro ejemplo de ley intervencionista que busca poner al animal en un plano de igualdad con las personas. Creo, como tú, que es una iniciativa delirante. Peor para ellos.

Dragó: Pasemos a otro asunto no menos delirante...¿Cómo es posible que otros partidos políticos decidan suicidarse fomentando la

inmigración ilegal? ¿Son convicciones o es miedo? Pero, si es lo segundo, ¿miedo a qué?

Abascal: ¿Podría parar un momento para echarme un poco de agua en la cara?

Dragó: Sí, claro. Emma, por favor, ayuda a Santi.

Abascal: ¿Hay algún cuarto de baño por aquí? Creo que es un ataque de alergia.

Emma: Por los pelos de gato. Seguro.

Abascal: Pues eso debe de ser.

Dragó: ¿Nunca has tenido gatos?

Abascal: No, pero noto picor de ojos, de garganta...

Emma: Te acompaño al cuarto de baño.

Dragó: Si quieres nos trasladamos al salón de abajo. Allí nunca entran los gatos.

Abascal: Pues a lo mejor no es mala idea, porque noto que esto va a más.

Dragó (a Emma) : ¡Venga, nos trasladamos! De todas maneras, listilla, encima de las coberturas de este sofá no ha habido un gato desde hace meses. Se las compré a unos gitanos en el mes de agosto y las puse minutos antes de llevármelos a Madrid.

(Emma y Santi hacen mutis. Dragó y Kiko se quedan solos.)

4

Donde se demoniza a Angela Merkel y se habla del miedo, de las oligarquías, de las

diferencias entre hombres y mujeres, de la

Unión Europea, de la corrección política, de las redes sociales, del populismo y de las *fake*

news

Kiko: Te respondo yo, Fernando. Me refiero a por qué existe el miedo en la clase política. Esa pregunta también podrías lanzársela a la Merkel para averiguar por qué está dispuesta a perder las elecciones a causa de su apoyo a los refugiados.

Dragó: Porque todos los políticos de la Europa no euroescéptica están ciegos y sordos.

Kiko: O porque están maniatados por las férreas cadenas de su propia oligarquía. Han decretado que Europa sea multicultural y, si tú, político de turno, no arrimas el hombro a la tarea, otro vendrá a quitarte el puesto.

Dragó: Pero eso es la clásica arrogancia moral de la izquierda, que se cree...

Kiko: No sólo la izquierda. Es la oligarquía en general.

Dragó: Sí, pero al mismo tiempo, por más que Santi se empeñe en decir lo contrario, si eres un político del PSOE, del PP, de los nacionalistas o del que sea, sabes que en toda Europa están subiendo, a velocidad de vértigo, los partidos que coinciden en el no a la inmigración. Eso es un denominador común.

Kiko: Solana dijo que la Unión Europea debía ser el laboratorio para crear una aldea global. Y están convencidos de que eso es lo deseable.

(Reaparece Santi. Se le ha pasado el sofocón.) **Abascal:** Kiko, tienes que contestar tú, que lo tienes más claro que yo.

Dragó: ¿Has grabado todo esto? Emma, ¿dónde estás? ¿Dónde se ha ido Emma? ¡Emmmmmmaaaaaaaaaa!

Emma: Aquí, estoy aquí. Tranquilo, se ha grabado todo.

Dragó: ¿Nos trasladamos abajo?

Emma: Sí, aunque allí hará algo de frío.

Dragó: ¿Serás capaz de encender la chimenea?

Emma: Por supuesto.

Kiko (*en off*) : Soros es un tipo que empezó hablando en esperanto. Es un mundialista. Dice que de pequeño soñaba con ser Dios y que de mayor lo está consiguiendo. Está chalado.

Dragó: Ya, pero como es judío, en cuanto te metes con él te acusan de antisemitismo. Es la famosa *reductio ad Hitlerum* que denunció Leo Strauss...

Kiko: Que también era judío.

Dragó: Y acérrimo enemigo de los nazis.

(*Salón de la planta baja.*)

Dragó: ¿Cómo nos instalamos?

Emma: Pues uno allí, otro aquí, Kiko, junto a Santi, y yo en el diván de enfrente con las grabadoras.

Dragó: ¿Estás segura de que funcionan? No me fío de esos chismes.

Emma: Pues fíate de mí.

Dragó: No me fío de las mujeres.

(*Risas.*)

Kiko: Ándate con ojo, Fernando. Esta angelical criatura podría denunciarte por misógino.

Dragó: ¡Es broma! ¡Es broma!

Santi: Testificaremos a tu favor cuando nos llame el juez.

Dragó (*a Emma*) : ¿Vas a ser capaz de encender el fuego?

Emma: Ya está encendido.

Dragó: ¡Ah! ¿Ya? Bueno... Eso de que está encendido...

Emma: Va poco a poco. Dale al fuelle y verás.

Kiko: ¡Pero, por favor, Emma, que has puesto tres palos y tres pastillas de esas blancas que apestan a hidrocarburo! ¡Una encima de cada tronco! Mirad, mirad... ¡Menudo arte!

Dragó: Y muy propio de ella. Todo ordenadito. Niñita bien, ¿eh?

Pero, por favor, Emma, ¿no sabes que eso hay que ponerlo debajo y no encima de los troncos?

Emma: Da lo mismo. Terminará encendiéndose.

Dragó: Es absurdo colocar las pastillas sobre la leña.

Kiko: Lo hace exactamente igual que mi mujer.

Dragó: En cierta ocasión yo, que viajaba con un Land Rover y estaba en una situación muy apurada, pasé una cuña de madera a la chica que venía conmigo para que calzase el vehículo mientras intentaba que arrancase sin recular, porque estaba cuesta arriba. Y la muy burra, en vez de ponerla detrás de la rueda, la puso delante.

Típica lógica femenina.

Kiko: Tan adorable, por otra parte. Emma me ha recordado ahora esa escena de la película *El maquinista de la General*, cuando el protagonista pide más leña a la chica y ella le va pasando, uno a uno, finísimos palitos con extremada delicadeza. Y él la mira con una mezcla de ternura y de ganas de estrangularla.

(Kiko coge los mandos de la chimenea y se hace con la situación. O

casi.)

Emma: Gracias, Kiko. Si no llega a ser por ti... Y perdona, pero se te ha apagado el fuego.

Dragó: ¿Ves como no somos iguales?

Abascal: Ahora, después de lo que has contado, más vale que salgas airoso, Kiko.

Dragó: Pues es posible que no lo consiga, porque hay que empezar por las astillas. Se ve que esto de encender chimeneas no es lo nuestro.

Emma: Podéis empezar, ¿eh? Todo listo.

Dragó: Estábamos hablando, Santi, cuando tu alergia nos obligó a cambiar de escenario...

Abascal: Es alergia a los gatos. Ya lo siento, ya. Acabo de descubrirla en tu casa.

Dragó: ¿Tú tienes o has tenido alguna mascota?

Abascal: Un jilguero, que murió porque a mi madre no le gustaba tenerlo en casa. Lo sacó al balcón y, con el viento de Amurrio, se nos fue. Nunca he conseguido tener animales en casa, porque mi madre refunfuñaba.

Dragó: Pero se lo permites a tus hijos.

Abascal: Sí, tuvimos un perro que acabó en casa de mis suegros por culpa de los viajes. Viajar con él era un lío.

Dragó: Ya. ¡Qué me vas a contar a mí, siempre con un montón de gatos a cuestas! Te decía, cuando te dio el patatús, que hay muy pocos políticos que se atrevan a decir cosas tan de sentido común como lo es la necesidad de atajar la inmigración. ¿Por qué son tan cobardicas?

Abascal: Yo creo que uno de los aciertos de Vox es el de no respetar ninguno

de los tabús surgidos al calor de la corrección política. Ése es uno de los motivos por los que nos insultan, claro, pero es también uno de los motivos por los que nos votan.

Dragó: Ya que hablamos del miedo... Me resulta curioso hablar con personas que dicen que os lo tienen. Hay bastantes. Otras, en cambio, me dicen que os votarán porque os han perdido el miedo.

Abascal: Debe de ser por eso que decía Podemos: que el miedo cambia de bando. También Susanna Griso me preguntó en la televisión por el miedo que damos. Y yo le respondí que, de momento, nadie se cambia de acera cuando se cruza conmigo por la calle. Es más, hace justo lo contrario: se acerca para darme la enhorabuena y las gracias, y me pide que no le defraude.

Dragó: Eso también resulta curioso. En las redes sociales te ponen a parir. A mí me pasa lo mismo y, sin embargo, cuando salgo a la calle, todos los que se me acercan, que son bastantes, lo hacen con cariño.

Abascal: La calle, por lo general, es tan anónima como las redes.

Quienes de verdad nos critican, a veces con saña, son los tertulianos, los periodistas y los columnistas. Hemos comprobado en infinidad de

ocasiones que, después de sufrir determinados ataques y cuando ya nos disponemos a salir a defendernos, la defensa está hecha. La han hecho los tuiteros.

Kiko: Con toda una batería de argumentos puesta a nuestra disposición.

Dragó: Vosotros desplegáis en las redes una estrategia similar a la que han utilizado, por ejemplo, Bolsonaro en Brasil o Trump en Estados Unidos.

Kiko: Pero no es una estrategia.

Dragó: ¿No?

Kiko: No. Es algo que se nos vino a las manos cuando Manuel Mariscal empezó a ocuparse de todo lo relativo a las redes en Vox.

Dragó: No me lo cuentes, porque no sé nada de ese mundo y no lo entenderé. Parece ser, lo digo de oídas y desde mi postura de profano en la materia, que tenéis menos actividad en Facebook y en Instagram que en Twitter.

Abascal: No, no. Ya hemos hablado de eso, aunque muy de refilón. Nos movemos en las tres, pero cada una llega a lectores muy diferentes. En Twitter son periodistas, políticos y gente muy ideologizada. Facebook es más heterogénea y sus usuarios son personas de cierta edad. Instagram es juvenil. Son escenarios distintos y Vox se dirige por igual a los tres, aunque algunas redes tienen más seguidores que otras. En las juveniles arrasamos.

Dragó: Pero también hay amplios sectores en la sociedad que pasan de largo.

Kiko: Cada vez menos. El WhatsApp, por ejemplo, es de uso generalizado.

Abascal: Si no estás ahí, no existes.

Dragó: Yo no lo tengo ni lo tendré, Santi. Y no pasa nada. Existo.

Abascal: Pero eso es muy raro.

Dragó: Garci no tiene WhatsApp, tampoco entra en redes y ni siquiera tiene móvil. Y también existe, ¿no?

Kiko: Pero los dos pertenecéis a un mundo peculiar y muy minoritario: el de los intelectuales.

Dragó: Todo lo peculiar y minoritario que quieras, pero muy influyente.

Abascal: Y muy poco representativo a gran escala. No sois cualquiera, pero entre quienes sí lo son todos tienen WhatsApp. Ten en cuenta que nosotros no vendemos miles de libros. Nos movemos en otras cifras. Necesitamos millones de votos.

Dragó: En ese caso, el manejo de las redes os convierte en populistas. A vosotros y a los demás partidos.

Abascal: Si ser populistas es tener la capacidad de llegar al pueblo

directamente, pues mira, sí, somos populistas.

Dragó: Te lo digo porque antes nos preguntábamos tú y yo qué era ser conservador. Término ambiguo donde los haya. Y ahora te pregunto: ¿qué es ser populista? Te confieso que no acabo de entenderlo.

Abascal: Es otra de esas palabras que se utiliza como un insulto.

Los tuiteros han aprendido una frase que repiten como papagayos.

También lo hacen los tertulianos. «Ser populista —dicen— consiste en formular soluciones sencillas para resolver problemas difíciles.» No veas cómo dan por el saco con esa cantinela sin reparar en que el populista es el que trata de regalar los oídos al pueblo diciéndole lo que quiere oír. Populistas son quienes contabilizan lo que se dice en Twitter y basan todos sus argumentos en eso. Salvo cuando no les conviene, claro. Populista fue Rajoy, que no cumplió su programa electoral y engañó al pueblo. Populista, sobre todo, es Rivera.

Dragó: La democracia, por definición, es populista. Está irremisiblemente abocada a serlo.

Kiko: A mí me gusta la palabra *populismo* .

Dragó: A mí no me disgusta. Pero, en cualquier caso, si nos centramos en la definición que Santi acaba de dar, cabe añadir que todos los políticos proponen en sus programas soluciones fáciles para problemas complejos. No analizan, no razonan. Se limitan a esgrimir latiguillos y a lanzar frases contundentes. ¿Se puede decir en ciento cuarenta caracteres algo que no sea sólo una consigna, una descalificación o un instrumento arrojadizo? Twitter no admite el matiz, es una herramienta muy grosera, en las dos acepciones de la palabra.

Abascal: Es que no son ciento cuarenta caracteres. Hay una infinidad de hilos que los prolongan y los ensanchan. Yo tengo

secuencias de comentarios hilvanados en mi perfil de Twitter que son más largos que tus artículos de *El Mundo*.

Dragó: Pero eso ya son conversaciones similares a las de las tertulias de la tele, en las que el moderador te dice constantemente:

«¡Sé breve! ¡Sé breve!». Yo, hace ya mucho, dejé de participar en ellas, porque la brevedad está reñida con la libertad de expresión. La coarta, la mutila. No sólo impide decir lo que piensas, sino que acabas diciendo lo que no piensas.

Abascal: No, no son conversaciones . El tuitero empalma mis mensajes sin necesidad de interrumpirlos con los suyos.

Dragó: Bueno, pues entonces es un boca/oreja a gran escala.

Abascal: No, lo que quiero decir es que no son sólo frases sueltas. En Twitter puedes desarrollar un discurso con cierta amplitud, aunque no tanta como en los de Fidel Castro, que eran una perorata imposible de digerir.

Dragó: ¿Sabes que los norteamericanos han calculado cuánto tarda el usuario medio de Internet en clicar y pasar a otra ventana?

Diecinueve segundos. Es terrible. Pone los pelos de punta. Si empezasen a leer el *Quijote* en formato *ebook*, no llegarían ni a lo de *galgo corredor* .

Abascal: Pero a lo mejor están diecinueve segundos leyendo una noticia en *El Mundo* y dos minutos repasando los comentarios de esa noticia. Es decir, la gente lee el titular, el subtítulo y hace una lectura en diagonal para ver si hay algo que merezca su atención. No acaba de leer el artículo entero, pincha en la noticia y se entretiene leyendo los comentarios más valorados.

Dragó: Y a su vez los comenta basándose no en lo que la noticia dice, sino en su titular, que no siempre la refleja, porque lo redacta un becario chapucero, prescinde del análisis del articulista y pone en marcha un imparable mecanismo de opiniones carentes de fundamento. Así nacen y se propagan las *fake news* . Dicho esto, admito, Santi, que los comentarios de los lectores son a menudo más interesantes que el texto que los suscita. Rara vez coincide la opinión pública con la publicada y la primera suele ser más significativa que la segunda.

Abascal: Pero no es sólo que sea más interesante, sino que llega a mucha más gente y ejerce, por eso, una mayor influencia.

Dragó: Argumento, ése, algo vidrioso, Santi. Confunde la cantidad con la calidad. No te lo compro. Es como decir que *El código Da Vinci* pesa más que los *Diálogos* de Platón en la historia de la cultura.

Abascal: Vuelvo a recordarte que nosotros somos un partido político, no la Academia ateniense, y que todos los partidos políticos necesitan votos, y cuantos más, mejor. Eso es la democracia. Si me dices que sobre ella gravita siempre un asomo de oportunismo, tendré que darte la razón. No es un sistema perfecto. Es sólo, como dijo Churchill, el menos malo de los que existen.

Dragó: Enmienda admitida, pero no del todo compartida por mí, que soy escritor y no político, y tiro, incluso, con la humildad de la que carezco, a pequeño filósofo. Sea como fuere, y disidencias aparte, estoy convencido de que acabarás teniendo, quizá antes de lo que imaginas, los votos necesarios para acabar en la Moncloa. Y los tendrás porque Vox es a mi juicio, y al de muchos, el partido del sentido común. Y el sentido común, lejos de ser, como suele decirse, el menos común de los sentidos, es la única ideología de alcance universal.

Abascal: Es verdad que somos el partido del sentido común. Lo decimos muy a menudo... Aunque caigo ahora en la cuenta de que Rajoy también lo invocaba a todas horas. Uno no puede hacerlo todo mal.

(Risas.)

5

Donde se habla de la ideología de Vox, del desembarco de Abascal en política, de ETA,

del patriotismo, del nacionalismo, de la vida pública y privada, del qué dirán, de la mili y del sufragio universal, y otra vez del *Far West*

Dragó: Es verdad que Rajoy presumía a todas horas de sentido común, pero

lo que hacía no lo era, con lo cual... Vamos a ver, Santi.

¿Cuál es vuestra ideología? Te lo digo porque yo siempre he alardeado, y continúo haciéndolo, de carecer de ella. La ideología es lo contrario a las ideas. Las encasilla, las comprime, las cosifica, las momifica. Es una especie de camisa de fuerza por la cual uno acaba siendo del Madrid o del Atleti de por vida.

Abascal: ¿Has acuñado tú esa frase? Me gustaría que me la atribuyeras.

Dragó: Te la cedo. Ya es tuya.

Abascal: Es que te iba a contestar diciendo algo parecido.

Nosotros no sólo huimos de las etiquetas, sino también de las ideologías. Por eso no nos declaramos liberales, ni conservadores, ni democristianos, ni euroescépticos, ni de la *alt-right*, ni del Tea Party, ni de nada de eso. Sólo nos interesan las ideas que puedan ser útiles para España ahora, *hic et nunc*, y no las que fueron útiles en otros tiempos o lo sean en otros lugares. El mundo se mueve constantemente y hay que ir adaptándose a él. A problemas nuevos, nuevas soluciones. No podemos responder a problemas nuevos con recetas viejas. Es uno de los errores cometidos por Podemos, que

quiere arreglar las cosas con supuestas soluciones venidas que se remontan al siglo XIX.

Dragó: Ya, pero también hay problemas viejos, enquistados, acartonados, para los cuales quizá sirvan las viejas respuestas. Esas palabras de Antonio Machado que mencionábamos antes.

Abascal: Puede ser, pero limitémonos a las viejas respuestas y olvidémonos de las viejas ideologías.

Dragó: O como decía Azorín: «Vivir es ver volver». ¿Hay algún resquicio en tus ideas y en las de Vox para ese factor emocional que es la nostalgia del pasado?

Abascal: Siempre hemos dicho que queremos defender y practicar los valores

que nuestros padres nos transmitieron y que nosotros fuimos aprendiendo y asimilando de forma natural.

Dragó: Lo sé, pero yo también percibo en ti cierta nostalgia de la niñez, de la adolescencia, de la primera juventud...

Abascal: Sí, pero mi patria no es mi infancia...

Dragó: Tu patria es Amurrio.

Abascal: Mi patria es Amurrio y mi patria es España.

Dragó: A eso iba. Has dicho —se lo dijiste, si no recuerdo mal, a Kiko cuando te entrevistó largamente para el libro *Hay un camino a la derecha*— que decidiste consagrar tu vida a la política el día que viste en la televisión cómo acababan de asesinar al cartero de Amurrio, que era tu amigo. Tenías nueve años. Ése fue el momento en que cobraste conciencia de que algo había que hacer...

Abascal: Sí, es verdad. Y yo asocié aquello a España. Es decir, comprendí que quienes mataban no querían matar a una persona.

Querían matar a España. El cartero era un símbolo. Lo entendí en el acto, seguramente porque mi padre, que siempre fue un hombre lleno de sentido común, pero no un intelectual, supo transmitirme ese vínculo con mucha claridad. El amor a la patria es para mí lo más importante. El otro día, hablando con mi hijo Jaime, que tiene catorce años y está politizándose a marchas forzadas, le dije: «Mira, tú de mayor podrás ser lo que quieras. Serás de izquierdas y a mí no me gustará, pero lo aceptaré. Serás ateo, porque la fe es un don y la tienes o no la tienes, y también lo aceptaré, aunque preferiría que la tuvieras.

Podrás salir del armario, y yo te querré igual. Pero lo que nunca te

perdonaría es que te volvieras contra España. Eso sería —añadí—

como si nos traicionaras a mí y a mi padre».

Dragó: La gente confunde patriotismo con nacionalismo. Son dos cosas diferentes. Querer a tu país, querer el mundo en el que has nacido, querer tus costumbres, recordar tu infancia, tu niñez, tu adolescencia... Eso no es ser nacionalista. Eso es ser fiel a tus raíces.

Abascal: Exactamente. Aceptarlas. Y hacerlo, además, con orgullo, porque hay motivos para ello. No con un orgullo vano, de leyenda rosa. Nada de eso. No tenemos motivos de vergüenza. Creo que podemos estar razonablemente orgullosos de esas raíces.

Dragó: Nunca he estado en Amurrio, no sé cómo es... Pero en tu actitud vital, más aún que en tus ideas o en tus palabras, aprecio esa nostalgia de lo que fue, de lo que se fue, de lo perdido... Ir a caballo, triscar por el monte, oler a encina, a leña de chimenea. El *Far West*, Santi, por decirlo de algún modo.

Abascal: Es que, si tuviera que decir cuál es mi patria, además de España, te diría que mi patria es la Sierra Salvada, que es donde yo he sido más feliz, en el monte, con mi primo, en sitios donde no nos encontrábamos con nadie.

Dragó: Eso es, en definitiva, aunque metafóricamente, lo que tú hiciste al fundar Vox: echarte al monte, como lo hicieron tus antepasados contra los romanos y, muchos siglos después, los guerrilleros y los curas trabucaires contra los franceses y los isabelinos.

Abascal: Sí, y para colmo con esta barba que llevo... Todas las señoras quieren que me la quite, porque dicen que es de miliciano. Yo les digo que no, que es de conquistador.

Dragó: ¿Cuándo te la dejaste?

Abascal: En 2014.

Dragó: Al fundar Vox. ¿Tiene algo que ver lo uno con lo otro?

¿Querías dar una imagen belicosa?

Abascal: No. Es verdad que me siento cómodo con ella, pero me la dejé sólo por razones de comodidad.

Kiko: Los consejos sobre su imagen a Santi le resbalan.

Abascal: Sí, de hecho, esas señoras, y no sólo ellas, están todo el día diciéndome cómo tengo que ir vestido. Pero no hago mucho caso.

Me gusta llevar la contraria.

Dragó: Gabriel García Márquez decía que en toda vida humana hay una vida pública y otra secreta, que nadie conoce. ¿La tienes tú?

Abascal: Por supuesto.

Dragó: ¿Y nunca hablas de ella?

Abascal: Nunca.

Dragó: ¿Algún misterio?

Abascal: Nada grave.

Dragó: No lo preguntaba por eso.

Abascal: Ya, pero hay cosas que guardo para mí.

Dragó: Mi madre siempre me decía: «Hijo, que no hay que decirlo todo».

Abascal: Pues es verdad. Hay cosas que no tienen que compartirse ni siquiera con las personas más cercanas.

Dragó: Supongo que eres consciente de que te has convertido en un líder y eso hará que exploren en tu vida privada hasta la exasperación.

Abascal: Lo sé, pero no me inquieta.

Dragó: ¿Te importa un bledo el qué dirán?

Abascal: Sí.

Dragó: Te lo pregunta alguien al que le pasa lo mismo.

Abascal: Lo único que podría afectarme es la posibilidad de que las habladurías hagan sufrir a los míos, pero eso no va a suceder.

Saben que poseo la fortaleza necesaria para afrontarlas. Pasar la juventud amenazado de muerte es algo que curte a cualquiera.

Dragó: ¿Vas al cine?

Abascal: Muy poco.

Dragó: ¿No tienes tiempo o no te gusta?

Abascal: Antes iba más, pero ahora, con el cuidado de los niños pequeños y la entrega a la vida política, apenas me queda tiempo.

Dragó: Apuesto a que te pirras por las películas del Oeste.

Abascal: Aciertas. Eso también forma parte de la herencia recibida de mi padre. Me gustan, además, los clásicos: John Wayne, Gary Cooper, Clint Eastwood...

Dragó: De nuevo la nostalgia, Santi.

Kiko: Yo creo que no es ésa la palabra adecuada, Fernando.

Agarrarse a lo que no se quiere perder es distinto a recuperar el pasado. Una cosa es conservar y otra rescatar.

Abascal (a Kiko) : ¿Tú dirías que soy conservador?

Kiko: No.

Abascal: ¿Y revolucionario?

Kiko: Tampoco. Diría que eres una persona normal.

Dragó: Sensata.

Abascal: A mí me cuesta mucho definirme. Sé quién soy, pero no lo que soy.

Kiko: Te lo digo yo. Eres un castellano como tantos otros.

Dragó: Bueno, castellano, lo que se dice castellano, no.

Abascal: Sí, sí que lo soy. Álava es vasca, pero también es castellana.

Dragó: Se te van a enfadar los vizcaínos y los guipuzcoanos.

Abascal: No, esto lo hemos explicado muchas veces al decir que las autonomías son enemigas de la pluralidad de España, porque se han convertido en diecisiete centralismos uniformizadores. Álava es distinta a Guipúzcoa y Tarragona no es Gerona. Los separatismos pretenden una identidad monolítica, porque rechazan la verdad: que lo único que nos une es España, en toda su diversidad.

Kiko: Santi es un castellano de cuerpo entero, de los que se echa al monte, como tú has dicho, cuando ven peligrar lo suyo, las tradiciones, la fe de sus padres, la unidad de su patria...

Dragó: Si el título de este libro no fuera *España vertebrada*, tampoco sería mal título el de *Echarse al monte*, ¿eh?

(Risas.)

Abascal: Yo lo prefiero, porque le tengo un poco de manía a Ortega.

Dragó: ¿Lo dices de verdad? Mira que lo cambio.

Abascal: Me define mejor.

Dragó: Y literariamente es más bonito.

Abascal: ¡Echarse al monte contra las oligarquías! ¡Qué maravilla! El otro día escribieron un artículo contra mí que, en el fondo, me gustó. Decía que Vox representa el *malismo*. Yo con esas cosas disfruto.

Dragó: Yo también. ¿Has jurado bandera?

Abascal: Sí.

Dragó: ¿En la mili?

Abascal: No la hice, pero la juré como civil.

Dragó: Yo sí. No sabes lo que te perdiste.

Abascal: Envidia que me das.

Dragó: La mía, además, fue de las de verdad. No quise privilegios universitarios. Fui zapador.

Abascal: Es una experiencia por la que me habría gustado pasar.

Mi padre me contaba la suya y yo me embobaba escuchándole.

Dragó: La mili era un factor de cohesión social extraordinario.

Como convinimos antes en que lo es la religión.

Abascal: Sin duda.

Dragó: Permitía entrar en contacto con gentes de distintos orígenes geográficos, de distinto nivel de vida, de diferente clase social... Para mí fue una experiencia extraordinaria. Deberías incluirla en tu programa.

Abascal: Te cojo la palabra. Si aún no he conseguido meterla en Vox es porque sus miembros se me resisten.

Dragó: Seguro que Ortega Smith te apoyaría. Uno de los grandes errores de Aznar fue suprimir la mili, que en un mundo tan blandiblu como lo es el de nuestros días, curte, temple y educa a la gente. Eso se sabe desde Esparta.

Abascal: Alta pedagogía: la de los derechos, los deberes y los valores.

Dragó: Como el compañerismo, la solidaridad, la disciplina, el esfuerzo, el respeto, la paciencia, la tenacidad... Hasta Macron, aunque muy reducida, la ha recuperado.

Kiko: Vox propone algo parecido: un servicio de ámbito nacional que sea voluntariamente castrense.

Dragó: Santi, ¿tú te atreverías a poner unos cuantos meses de mili?

Abascal: Yo sí, por supuesto. Pero en Vox no se hace lo que a mí me da la gana. Llegamos a acuerdos. Y en este caso no ha prevalecido mi opinión.

Dragó: Ya, porque la gente cree que la mili era poco menos que un sistema esclavista en el que te sometían a toda clase de perrerías. Y

no era así.

Kiko: Yo no conozco a nadie, entre los que la hicieron, que hable mal de ella.

Dragó: Si tú ahora le preguntas a un jovencito qué es el honor, probablemente no sepa definirlo. Y ese concepto es crucial en el ejército. La mili te enseñaba a entenderlo, a apreciarlo y a practicarlo.

Kiko: Antes preguntabas que cómo se puede definir a Santi. Pues acabas de decirlo: como un hombre de honor, aunque no haya hecho la mili.

Abascal: Ortega Smith en eso me gana. Y Ortega Lara va aún más lejos.

Dragó: Es curioso que no te guste Ortega y Gasset teniendo dos Ortegas en tu partido.

(Risas.)

Abascal: Lo voy a releer. Sobre todo *La rebelión de las masas* .

La leí cuatro veces, pero la he olvidado. Me gustaba la idea de las élites frente a las masas. Lo que no sé es cómo aplicarla al momento actual.

Dragó: Yo suelo decir que Ortega se quedó corto, porque ahora estamos en la rebelión de la chusma, pero tú, como político, no puedes sumarte a eso. Se te comerían. Y, además, no creo que lo pienses.

Abascal: Y no lo pienso. La base de Vox es el pueblo llano. A él nos dirigimos.

Dragó: Pero yo no estoy en contra del pueblo llano, sino de la plebe. ¿Sabes en qué se diferencia ésta de aquél? En la educación, que es como una varita mágica capaz de convertir en élite a todo el mundo.

Lo que en la democracia ateniense se llamaba *paideia* . Una especie de bachillerato de altos vuelos. Quien no lo aprobaba perdía su derecho al voto. La plebe, educada, se transforma en pueblo.

Abascal: Hay que distinguir entre el gobierno de las élites, que son lo mejor de la sociedad, y el de las oligarquías, que son las que ejercen el poder de modo injusto. Las élites nunca son despóticas.

Dragó: Voy a ponerte en un aprieto. ¿Qué opinas del sufragio universal?

Abascal: Es algo inevitable.

Dragó: ¿Por qué? Se llama *meritocracia* . Hay personas que la defienden, incluso en el pueblo llano.

Abascal: Y tú entre ellas.

Dragó: No lo escondo.

Abascal: La meritocracia está muy bien para la función pública, pero no para

gobernar.

Dragó: Una cosa es gobernar y otra ser gobernado. Lo primero exige capacidad para hacerlo, interés por la *res publica*, equidad, compasión y recta intención. Para lo segundo basta con acatar las leyes y respetar al prójimo.

Abascal: ¿Y quién juzga eso? ¿Quién decide? ¿Quién reconoce y adjudica el mérito? ¿Quién establece los límites? ¿Quién elige a los que eligen?

Dragó: La educación, accesible a todos, y a su término el criterio de excelencia. Pero insisto: ni tú, ni ningún político de nuestros días, puede decir eso.

Abascal: No es que no pueda. Es que no lo comparto.

Dragó: Ya, pero yo hablo a menudo de ello con gentes de todos los pelajes ideológicos y la mayor parte de mis interlocutores, ya sean de derechas, ya de izquierdas, me dan la razón o, por lo menos, no se escandalizan.

Kiko: Yo creo que son las gentes del común, y no los representantes de esas oligarquías, tan formadas, tan ilustradas, que hablan varios idiomas, son globalistas y pueden mantener conversaciones elevadísimas, quienes hacen suyos los valores del sentido común y los defienden.

Dragó: Pero también son los que durante muchos años, aunque ahora estén empezando a dejar de hacerlo, votaban a los socialistas, a los rajoyistas, a los podemitas y a los separatistas. Es lo que en Grecia y en Roma se llamaba oclocracia, o sea, gobierno del populacho. Ése es el riesgo que acecha tras el sufragio universal. Te pongas como te pongas, tu voto, Kiko, y el tuyo, Santi, y el mío, y el de Emma, y el de Sabina, o Almodóvar, o Alfonso Guerra, por poner tres ejemplos de personas del bando opuesto, no valen lo mismo que los de... Bueno, no voy a citar nombres, porque no quiero ofender a nadie. Pero podéis imaginar en quiénes pienso.

Abascal: No puedo darte la razón, Fernando. Yo no creo que estemos en la rebelión de la chusma. Estamos, más bien, en la dictadura progre ejercida por unos pocos.

Dragó: Y votada por muchos.

Abascal: Porque engañan a la gente.

Dragó: Engañan a quienes se dejan engañar por falta de educación. A la plebe; no al pueblo.

Abascal: No es que se dejen engañar. Es que les mienten y los engatusan con programas que son una especie de *pack*. Y eso es un timo que permite a los políticos dar gato por liebre y una coartada para que los gobiernos no hagan lo que los votantes quieren que se haga. Si por la gente fuera, ningún psicópata sexual saldría de la cárcel. Los asesinos y los violadores se pudrirían en ellas. Diana Quer y Laura Luelmo, entre otras muchas, seguirían vivas.

Dragó: ¡Hombre, estás hablando de un mandato universal de la conciencia! El «no matarás». Eso lo entiende todo el mundo, psicópatas aparte, sin necesidad de ir a la escuela. Pero hay cuestiones infinitamente más complejas y menos obvias, ricas en sutilezas y en matices, que requieren análisis, reflexión e instrucción. Ahí es donde hace aguas el sufragio universal.

Abascal: Si la gente votara caso por caso, ley a ley, en vez de otorgar patentes de corso para que los gobernantes cuelen lo que les venga en gana, no habría traducciones en el Senado, por poner un ejemplo de bajo voltaje, ni existirían las autonomías, por ponerte otro de gruesa cilindrada, pero el sistema vigente, impuesto por los partidos al uso, impide que los españoles puedan decidir ese tipo de cosas.

Dragó: ¿Eres un optimista antropológico? Te lo pregunto porque tienes delante a un pesimista.

Abascal: No, no soy un optimista antropológico. No creo, como lo creía el nefasto Rousseau, que el hombre sea bueno por naturaleza.

Tiendo más bien al pesimismo de Hobbes y a su teoría de que el hombre es un lobo para el hombre, pero creo que no se puede generalizar hasta tal punto. Hay hombres buenos y hombres malos, sí, pero la bondad o la maldad dependen también de su circunstancia.

Dragó: Muy orteguiano te veo, Santi, de lo que me congratulo.

¡Cómo no voy a darte la razón! Pero yo creo que la naturaleza humana es idéntica a la de los animales depredadores. Mira cómo está el planeta: en las últimas. Lo hemos destruido. Es como si por él hubiera pasado un billón, con *b de barbarie*, de elefantes enloquecidos

pisoteándolo todo. Pero esos paquidermos somos nosotros, Santi. O

abre el periódico y lee sus titulares. Dan pavor. Los telediarios se han convertido en crónica negra. Ciertamente es que por medio de la cultura, de la religión, de la moral, del arte y de la educación hay algunos depredadores, sólo algunos, una minoría insignificante, que se redimen y dejan de depredar, pero eso no es la regla, sino la excepción.

Los niños suelen ser minúsculos depredadores. Si los dejas a su aire terminan como en la novela *El señor de las moscas*. ¿La has leído?

Abascal: No. No suelo leer novelas. Sólo ensayos. ¿Pero no crees que el sentido de trascendencia también está presente en la naturaleza humana? Y el amor a la patria, a la tribu, al clan, a la familia...

Dragó: Pero todo eso aparece muy tarde en la historia de la humanidad y es fruto de la cultura, no de la naturaleza. ¡Anda que no pasa tiempo desde que el mono se yergue hasta que se convierte en *Homo sapiens* !

Abascal: Todo lo que yo digo —la familia, la tribu, la solidaridad, la trascendencia, el espíritu— ya existía en tiempos de Adán y Eva. No seas malo. No te empeñes en derribar nuestras convicciones.

(Risas.)

Dragó: De acuerdo. Desisto, pero no sin mascullar por lo bajinis que Adán y Eva no existieron.

Kiko : ¡Masonazo! ¡Te vas a condenar!

(Más risas.)

Donde se habla de los votos, de las

convicciones y las opiniones, de política

internacional, de la voz del pueblo, de Ceuta y Melilla, del fin de la socialdemocracia, del Estado de responsabilidad, otra vez de la

corrección política y del futuro electoral

Dragó: Hay dos tipos de votos: el emocional y el racional. La mayor parte de las personas que os votan no lo hacen, a mi juicio, por razones, sino por emociones. Cosecháis un voto emocional... El de la gente, harta de dislates, que se planta y dice: «Hasta aquí hemos llegado».

Abascal: Pero eso también es una razón.

Dragó: Cierto. Es la razón del corazón que postulaba el Romanticismo. Vox es un partido romántico, y conste que lo digo como elogio. Eso redundará en vuestro beneficio. Si yo me he acercado a vosotros es porque soy, a mucha honra, un escritor romántico. El romanticismo también forma parte de la naturaleza humana. Y de la de algunos animales. Mirad a los bonobos, que están, por cierto, a punto de extinguirse. Otra secuela de la depredación humana. Pero nosotros, por desgracia, no venimos de los bonobos, sino de otros tipos de simios. Los perros y los gatos aman a sus dueños.

Abascal: Y son amados por ellos. Tú y tus gatos. Ninguna razón es tan poderosa como la emoción, por más que la modernidad, el cientifismo y el laicismo hayan hecho todo lo posible para desprestigiarla. Ya sé que no es tu caso.

Kiko: Hay un movimiento emocional que empezó con el *brexit*, y luego con Trump, y ahora con Bolsonaro, que nos dice: «¡Ojito, amigos, que los pueblos supuestamente incultos están votando ahora en función de emociones y no de los sermones ideológicos que les endilgan los voceros de la corrección política! Las redes sociales lo han puesto todo patas arriba. Lo que de ellas se deriva no es el voto robotizado, accionado con mando a distancia y partidista,

sino el del libre albedrío».

Dragó: *The times are a-changing*, Kiko. Pero vas dado si esperas que yo me sume a las prietas filas del sufragio universal.

Kiko: Acabarás defendiéndolo. Yo lo hago ahora y te juro que hace no mucho tiempo mi opinión adversa hacia él iba todavía más lejos que la tuya.

Dragó: Con lo que te voy a decir ahora, Santi, respondo al comentario de Kiko, puro *wishful thinking*, sobre la posibilidad de que algún día me convierta en defensor del sufragio universal. A partir de una determinada edad, tan vetusta como lo es la mía, más que opiniones tienes convicciones. La opinión es flexible. Puedes someterla a debate, matizarla, modificarla... Incluso renunciar a ella.

La convicción, no. Uno de los rasgos que me gustan de ti, y de Vox, es que tenéis convicciones y que, por lo tanto, al menos *a priori*, no sois tan proclives a traicionarlas como lo hacen todos esos políticos falsarios que en sus programas prometen el oro y luego no dan ni el moro. Fue el mafioso Andreotti quien batió todas las plusmarcas del cinismo democrático al afirmar que las promesas de los políticos no obligan a su cumplimiento. Quien tiene convicciones, por discutibles o erróneas que puedan ser, tiene autoridad moral, y la autoridad moral es el antídoto del autoritarismo. No es autoritario quien tiene autoridad. Es autoritario quien no la tiene.

Abascal: Llevas razón, aunque, por pudor, me resisto a dártela.

Cierto es que tengo convicciones, pero no tantas como me adjudicas.

Por eso me siento un poco incómodo en una conversación como ésta, en la que me formulas preguntas que nunca me han hecho y me hablas de cosas en las que jamás he pensado. Algunas me descolocan.

Dragó: Mejor, ¿no?

Abascal: Sí, pero a la vez me inquieta el resultado.

Dragó: No soy policía, Santi. Esto no es un interrogatorio, sino una charla

entre amigos, que pueden disentir, pero no se enfadan. Sólo soy tu anfitrión. Hablemos ahora un poco, si te parece, de política internacional.

Abascal: ¿Ves? Ahí me pillas. Ése es un mundo en el que no tengo demasiadas convicciones, más allá de nuestro compromiso de actuar siempre en pro de los intereses de España.

Dragó: Pero seguro que abrigas intenciones en lo que a él se refiere. En una guerra hay que establecer alianzas no sólo con los amigos, sino también con quienes tienen enemigos comunes. Tú, sin embargo, y es cosa que siempre me ha sorprendido, te andas con tiquismiquis, reticencias y remilgos en cuanto sacas los pies de España. Respecto a Putin, por ejemplo. ¿Qué tienes contra él?

Abascal: ¿Y por qué iba a tener algo a su favor? Para empezar, si tan difícil me resulta orientarme en el laberinto de la política española,

¿cómo voy a meter las narices en la rusa? ¿Aún no he conseguido el apoyo de los españoles y ya quieres que me ponga a pensar en los de fuera?

Dragó: Yo, en tu lugar, lo haría.

Abascal: ¿Por qué?

Dragó: Porque tus adversarios lo hacen y porque el mundo, con la vaina de la globalización y de Internet, se ha vuelto una maraña en la que todo está conectado e impera el efecto dominó.

Abascal: No creo que me convenga sacar los pies del plato.

Cualquier alianza que en estos momentos pudiese establecer sería una hipoteca que nos condicionaría durante sabe Dios cuánto tiempo. Vox no puede correr ese riesgo.

Dragó: Pero uno de los ejes de vuestro programa es la recuperación de la soberanía extraterritorial, que España, desde su ingreso en la Unión Europea, ha ido perdiendo progresivamente y que ahora, tras el conflicto catalán, está más puesta en solfa que nunca.

Otro concepto clave en vuestro programa es el de la bilateralidad. *Bi-la-te-ra-li-dad*, Santi. O lo que es lo mismo: negociar de poder a poder, pactar o incluso transigir, cuando sea necesario, y llegar a acuerdos con países que no sean un ente fantasmal, como lo es Bruselas. Ahí tienes dos buenas razones para interesarte por la política exterior.

Abascal: Sí, sí, sin duda. Claro que me interesa y la sigo al detalle. Me refería a que ahora no es el momento idóneo para que nosotros establezcamos relaciones internacionales.

Dragó: Pero sin ellas es imposible atajar el problema de la inmigración. Hace un momento me preguntabas qué veo yo de positivo en Putin. Pues mira, gracias a su jaque en Siria frente a buena parte del mundo occidental no tienes a un yihadista metido bajo las posaderas. Eso es lo que habría sucedido, por decisión (o indecisión) de Obama, sin el contrapeso de Putin. Y excuso decirte, para que no se te pongan de punta los pelos de la barba, dónde estaríamos ahora si el zar de todas las Rusias no hubiese ayudado a Trump, suponiendo que lo haya hecho, y la bruja Hillary, adoradora del Becerro de Oro, mamporrera de la industria de armamentos y ramera de la Bestia 666

al servicio de las grandes corporaciones financieras, hubiese llegado al Capitolio de la Nueva Roma. Bashar al-Asad, muro de contención del Estado Islámico y garante de la libertad de cultos en su país, no seguiría donde ahora está.

Kiko: Vox también denunció todo eso y pidió una intervención militar contra el ISIS. Para llevarla a cabo no era necesario sellar una alianza con Putin.

Dragó: Pero suya fue la ofensiva y el brazo ejecutor. Por tercera vez en la historia de Europa, Rusia salvó a la cristiandad. Ese gesto debería conmoverte, Santi.

Abascal: Exageras, como de costumbre, pero sigo sin entender por qué Vox, a tu juicio, debería acercarse a Putin.

Dragó: Porque es la única alternativa razonable a la Unión Europea y ésta tiene, a mi juicio, y al de muchos otros, los días contados. Ya veremos si sobrevivirá al envite del mes de mayo. ¿O

preferes que sea China quien la herede y la transforme en un parque temático para que hochen en él sus hordas de turistas vociferantes?

Abascal: Todo eso está por ver.

Dragó: Lo verás. ¿Apostamos algo? ¿Unas angulitas de tu tierra vasca?

Abascal: Tú me quieres mal. Si me ven tomando angulas, perderé votos.

(Risas.)

Dragó: Pues olvídalo. No quiero que los pierdas. Con unas piparras voy sobrado.

Abascal: Y yo no quiero salir de Guatemala para ir a Guatepeor.

Dragó: ¿Lo dices por Putin y el desmoronamiento de Europa?

Abascal: Sí, claro. Siento darte ese disgusto. Pero, en todo caso, adonde no quiero ir bajo ningún concepto es a lo ignoto, a lo desconocido...

Dragó: ¿Dónde queda el Abascal cachorro que se adentraba a solas o con un amigo en los matorrales de Sierra Salvada? Y por cierto... ¿Sabes que ese topónimo es una alusión clarísima al Montsalvat en el que, según la leyenda wagneriana, se encontraba el grial?

Kiko: No enredes, Fernando. Deja los griales para tu España mágica y explícanos por qué, si Putin es tan maravilloso, los húngaros y los polacos no quieren verle ni en pintura.

Dragó: Porque esos dos países, y otros muchos de la zona, estuvieron bajo el talón soviético y les espanta la posibilidad de caer otra vez bajo la hegemonía de Moscú.

Kiko: Tal cual. Yo no lo habría dicho mejor.

Abascal: Y quizá es lo que sospechan que está haciendo Putin.

Gato escaldado...

Dragó: Cosas de la geopolítica, señores. Los jirones del Imperio austrohúngaro y los Balcanes también las sufrieron. Moscú es mucho Moscú y la historia se teje con esos mimbres. Es curioso. A mí, que cierro filas con Putin, su embajador en Madrid me preguntó en cierta ocasión que por qué le teníais manía.

(Risas y gestos de sorpresa.)

Abascal: ¿A quién? ¿A él o a Putin?

Dragó: A Putin, a Putin...

Abascal: Yo pensaba que la KGB actual estaba mejor informada.

Nunca he dicho que le tenga manía.

Dragó: Pues a mí me suena haber leído alguna declaración tuya en la que le dabas leña. Igual eran *fake news* o algo así, pero venías a decir que ojo con Putin.

Abascal: De verdad que no, Fernando. Nunca me he metido con él. Me limité a descartar una reunión. Sólo eso.

Dragó: ¿Y por qué lo hiciste?

Abascal: Por prudencia.

Dragó: ¿Prudente tú, Santi? Nadie lo diría viendo tu arrojo. Los prudentes no se echan al monte. Ha habido dos grandes campañas de publicidad en la historia financiadas por los de siempre. Una, la que llevó a Obama a la presidencia de Estados Unidos, y otra, la que demoniza a Putin, de la misma manera que a escala local te demonizan a ti. Lo que cuentan de él es mentira. Tan mentira como lo que en España cuentan de ti.

Abascal: Puede ser. Carezco de información. Pero vuelvo a preguntarte qué gana Vox acercándose a Putin.

Kiko: ¿Cómo va a sellar alianzas con Moscú un partido tan pequeño? Eso no sería alianza. Sería dependencia.

Dragó: Bueno... Dejemos de arreglar el mundo y pasemos a otra cosa.

(Alguien llama a la puerta del salón.)

Dragó: *Avanti!*

(Entra Simeón.)

Dragó: ¿Novedades, Simeón?

Simeón: ¿Puedo pasar un segundo? Buenas tardes.

Dragó: ¿Algún problema con el cordero?

Simeón: No. A ver, preséntame a tus amigos.

(Turno de presentaciones.)

Dragó: A Emma ya la conoces. A Kiko Méndez-Monasterio supongo que no y a Santi Abascal seguro que sí. Simeón es un vecino de Aldealices, que está a dos kilómetros de aquí, y un viejo amigo.

Simeón: Seguid con vuestro trabajo. A ver si entre todos arregláis un poco España.

Dragó: Tú también puedes arrimar el hombro a esa tarea.

Votando a Vox, por ejemplo.

Simeón: Ya.

Abascal (a Simeón) : ¿Eres de aquí?

Dragó: Fue alcalde de Aldealices.

Abascal: ¿Por quién?

Simeón: Por el PP.

Abascal: El que tuvo retuvo.

Dragó: Y tú tienes aquí, Santi, a un genuino representante de la España rural, esa que se está quedando despoblada. El índice demográfico de la zona en la que nos encontramos es inferior al del desierto de Gobi. Palabra. No llega a dos habitantes por kilómetro cuadrado.

Simeón: Aún no sé a quién votaré. No soy de izquierdas ni de derechas. La izquierda no siempre tiene buenas ideas y la derecha tampoco.

Dragó: ¿Y tú qué opinas de Vox? Dilo con sinceridad. Eres aquí la voz del pueblo.

Simeón: Pues no sé muy bien qué decir. ¡Vox ha irrumpido tan de golpe! La verdad es que hay cosas que... ¡Joder! Claman al cielo. La violencia de género, por ejemplo.

Abascal: ¿Qué es lo que clama al cielo?

Simeón: Que exista la Ley de Violencia de Género, por ejemplo.

Abascal: Su opinión me interesa. ¿Usted entra en Twitter y Facebook?

Simeón: No, pero tengo WhatsApp. Y hoy he recibido un mensaje a cuento de las diferencias y consecuencias de un mismo acto si es un hombre o una mujer quien lo lleva a cabo.

Dragó: Abre fuego, Simeón.

Simeón: Parece ser que si a uno le tocan los huevos, depende de quién los toque. Mercedes Milá se los cogió a un reportero y... El mensaje dice: «Si eso pasara al revés, el hombre perdería su trabajo por machista y violador. Ésa es la igualdad de las feministas».

Dragó: ¿Ha cogido Mercedes los huevos a alguien?

Emma: Sí, pero hace ya tiempo.

Simeón: Si en un caso como ése tú, Abascal, defiendes al hombre, pues bien defendido está. Y si lo hubiese defendido la izquierda, pues lo mismo.

Dragó: ¿Qué opinas de las autonomías, Simeón?

Simeón: Diputaciones, sí; autonomías, no.

Abascal: Éste es de Vox.

Simeón: La autonomía es dos veces lo mismo. ¿Para qué están los senadores? ¿Para jugar con la *tablet* ?

Dragó: ¿Y qué opinas de la inmigración?

Simeón: Eso es relativo, porque el problema no está en si vienen aquí muchos, sino en lo que se les hace allí. Si no los esquilináramos para robarles el petróleo, no vendrían...

Dragó: En eso, Simeón, te han comido el coco. El mejor momento de la historia del África negra fue la colonización. Te lo digo yo, que he vivido en ella casi cinco años.

Abascal: Sí, pero entonces estábamos allí. No como ahora.

Kiko: Eso es verdad. Cuando estábamos allí se construían carreteras, hospitales y universidades, y se enviaban profesores, ingenieros y soldados.

Simeón: Hoy se deja que gobiernen ellos, pero los expoliamos más que cuando los colonizábamos.

Dragó: Los chinos, sobre todo.

Simeón: Estados Unidos es el mayor terrorista del mundo.

Israel, también.

Dragó (*a Abascal*) : Escucha, escucha... No es tan de Vox como creías.

Simeón: ¿Por qué volaron las Torres Gemelas? Porque Estados Unidos fue a robarles descaradamente, y el tonto de Aznar... Perdonad que hable así. Ya sé que sois afines.

Dragó: Te veo otra vez de alcalde, Simeón.

Simeón: Decía que a Aznar le comieron el tarro. Aliándose con Bush perdió mucho más de lo que trajo. Por eso le llamo tonto.

Emma: ¿Queréis algo? ¿Café, vino, un refresco?

(Abascal recibe un mensaje de Hermann Tertsch. Dice que Vox, tras la entrevista de Santi con Susanna Griso, ha entrado ya en la rueda de lo que los medios generalistas consideran motores de audiencia.

Simeón se va.)

Abascal: Hay que decir a la gente que tiene derecho a pensar como quiera.

Dragó: Sí, y ya de paso también hay que pedirle que piense...

Vosotros pedís que se levante un muro en Ceuta y otro en Melilla.

Abascal: Sí, y quizá debería pagarlo Marruecos, que es quien nos lanza oleadas de inmigrantes clandestinos para chantajear a la Unión Europea.

Dragó: Eso es muy parecido a lo que dice Trump en lo que atañe a México. Yo también soy partidario del muro, pero ¿tú crees que los muros sirven para contener esas oleadas?

Abascal: Sirven en parte. El muro no es la única solución.

También hay que tomar medidas contra las oenegés que colaboran con las mafias y se van al litoral africano a recoger mercancía humana. Y, sobre todo,

hay que acabar con el efecto llamada. El gran muro que deberíamos poner es psicológico y consiste en informar a los inmigrantes de que quienes entren ilegalmente en Europa jamás podrán regularizar su situación ni tendrán derecho de arraigo, ni dispondrán de ayuda social, ni serán usufructuarios de una tarjeta sanitaria. Si ese mensaje no cala, será imposible resolver el problema.

Dragó: Ya, pero se necesita tiempo para lanzarlo y más aún para que cale.

Abascal: Mucho menos del que crees. Mira lo que hizo Salvini.

Dragó: Con el que también has marcado distancias.

Abascal: Las marcó él cuando apoyó a los golpistas catalanes. Lo hizo en un tuit. Se metió en corral ajeno. No sabía nada del asunto.

Dragó: Pero ha reconocido que fue un desliz. No le guardes rencor. Remáis en la misma dirección.

Kiko: Que Salvini reconsiderase su postura, como en efecto hizo, fue un éxito diplomático de Vox.

Abascal: Yo le pedí que dejara de comportarse como un burócrata socialista, a la manera de Juncker, entrometiéndose en las soberanías nacionales. Celebro que haya cambiado de opinión.

Dragó: En cualquier caso, todas mis preguntas acerca de Putin, Trump y Salvini, o Bolsonaro, Orbán, las dos Le Pen y tantos otros, apuntan a la evidencia de que se está produciendo un cambio de paradigma en todo el planeta. Agoniza lo que ha sido el discurso de valores dominantes en el mundo occidental y buena parte del oriental

desde que terminó la Segunda Guerra Mundial. *Bye bye*, socialdemocracia; *bye bye*, pensamiento único. Llega el Estado de responsabilidad frente al de irresponsabilidad que puso en marcha el mayo francés. Y eso os implica a todos los que navegáis en el mismo barco.

Abascal: Tienes razón al meter en danza el mayo francés, que fue un

movimiento de populismo neomarxista. Con él vino al mundo la dictadura de la corrección política. Hoy existe un hartazgo universal en lo relativo a ella. Es como si, de repente, en todo el mundo, grandes colectivos hubieran puesto pie en pared. Y Vox, como dices, forma parte de ese gran movimiento reactivo y rotativo, en el que hay, como es lógico, vectores muy dispares entre sí.

Dragó: Sí, pero también ellos reman en la misma dirección.

Estamos ante un volantazo de la historia, ante uno de esos movimientos telúricos que se producen de cuando en cuando y vuelven las cartas del revés. De todos modos, pese a lo que he dicho acerca de Putin, la verdad es que has tenido contactos con bastantes políticos de otros países integrados, cada uno a su aire, en ese proyecto común.

Abascal: Sí, hemos tanteado, salvando siempre las distancias, a partidos y grupos muy dispares. Pero, con todo y con eso, Vox aún no ha decidido en qué formación se va a integrar y no lo decidirá hasta después de las elecciones. No hay prisa.

Dragó: Por lo pronto tendréis que esperar a ver qué pasa en ellas.

Ya te he dicho que, a mi juicio, el rechazazo propinado en la mandíbula de Bruselas, que hoy es de cristal, va a ser de aúpa. Lo mismo besa la lona.

Abascal: En España nuestro objetivo es ganarlas.

Dragó: Ahí es donde lo tenéis más fácil.

Abascal: ¡Si lo consiguiéramos! Eso tendría una trascendencia inmediata en las elecciones generales y aceleraría las posibilidades de un vuelco que de verdad lo sea.

Dragó: Cuanto más tiempo tarden en convocarse, mejor para vosotros. En estos momentos, según las últimas encuestas, contáis con un 12,5 por ciento de intención de voto, que probablemente será mayor y con constante tendencia al alza cuando este libro aparezca.

Abascal: Lo cierto es que en noviembre el PP y Ciudadanos llevaban a Vox

veinte puntos porcentuales. Ahora, a mediados de enero, ya sólo son seis. Si hemos conseguido avanzar tanto en sólo tres meses, ¿por qué no podríamos recortar esos seis puntos de aquí al 26

de mayo?

Dragó: Estoy de acuerdo. Creo que vais a sacar muchos más diputados de los que las encuestas vaticinan.

Abascal: ¿Por qué lo crees?

Dragó: Porque lo palpo. Eso significa que, si tenemos razón, serás el próximo jefe del Gobierno. Con setenta escaños, quizá sólo con sesenta, Vox se convertiría en el partido más votado.

Abascal: Ya veremos lo que dice Rivera, *el Petit Macron*, como tú le llamas. Igual no me deja.

Dragó: Tendrá que dejarte. Para Ciudadanos sería un suicidio abrazarse al PSOE. Alguien dijo que cuando a una persona o a una idea le llega su momento en la historia, eso no hay quien lo pare.

Abascal: ¡Ojalá Podemos y el Partido Socialista se queden no sólo en minoría, sino muy lejos de la mayoría! Eso desencadenaría en ellos una crisis tremenda y los obligaría a modificar de arriba abajo toda su estrategia y a replantearse la lealtad a España.

Dragó: Ahora ya no piensan quienes antes lo pensaban que votar a Vox es desperdiciar el voto. Y eso es decisivo para dar la vuelta a la tortilla, como se decía en los años del franquismo.

Abascal: Iba a añadir una cosa, pero, como soy morigerado, me la guardo para que no la pongas en mi boca.

Emma: Di lo que se te antoje, Santi. La que transcribe soy yo.

Abascal: Así me quedo más tranquilo. Luego te la cuento a ti sola.

Dragó: ¿Has oído hablar del movimiento reaccionario y, por ello, revolucionario —las revoluciones también pueden ser conservadoras, como lo es la tuya, en contra de lo que la izquierda cree— que se produjo en Cerdeña cuando esa isla dejó de formar parte del Reino de Aragón y pasó a manos de los Saboya, que todo lo pusieron patas arriba? Llegaron, incluso, al extremo de expropiar las tierras comunales y mover sus lindes, que en el mundo rural son sagradas, para promover la reforma agraria y fomentar la propiedad privada.

Eso exasperó a la población y generó varios lustros después una

virulenta insurrección cuya consigna era *Su Connottu!*, que en sardo significa, *grosso modo*, «Volvamos atrás», a lo conocido.

Abascal: No creo que haya que volver atrás, pero sí hay que defenderse de quienes, con la excusa de la globalización, pretenden imponernos sus ideologías, sus valores y sus costumbres.

7

Donde se habla de la globalización, de las

autonomías, del Ejército, de la educación de los políticos, de economía, otra vez de la

corrupción, de los momentos estelares de la

historia de España, de las invasiones

islámicas, de la leyenda negra y de la

colonización

Dragó: *Globalización* es sinónimo de *transculturación* o, más bien, de *aculturación*. O sea: la pérdida de todos los rasgos de identidad, incluso los de la *petite différence* entre los hombres y las mujeres.

Abascal: Creo que es importante distinguir entre los aspectos tecnológicos de

la globalización, que son inevitables, y la imposición del globalismo. Ésta es una ideología solapada que con la excusa del avance técnico pretende someternos a un nuevo orden mundial.

Dragó: El Gran Hermano de Orwell, el Ministerio de la Verdad, la Educación para la Ciudadanía, las soflamas transgénicas de LGTBI... Ahora quieren añadir la *p* de *pansexual* a esa sopa de letras.

Ya ves tú. ¡Quién iba a decírmelo a mí, que fui, probablemente, la primera persona que acuñó en español ese término! No me lo invento, Santi. Está documentado. ¿Crees que el globalismo es reversible?

Abascal: Sí, claro que se puede detener. Hay quien piensa que porque exista Internet ya no tienen sentido las fronteras ni los aranceles. Y eso es absurdo. Lo que tenemos que eliminar son las fronteras internas en nuestra nación: la lacra de las autonomías.

Dragó: Yo lo veo difícil. Una cosa es la recuperación de determinadas competencias, como las de educación, sanidad, justicia e interior, y otra cosa es desmantelar por completo el sistema autonómico.

Abascal: Yo lo veo como algo no sólo deseable, sino también inevitable. El clientelismo sostiene las autonomías y, a la vez, las mata.

Estamos en el punto álgido de ese cambio histórico.

Dragó: Para eso habría que reformar radicalmente la Constitución. Y para eso hacen falta las dos terceras partes del voto de las Cortes.

Abascal: Sí, pero para conseguir la recuperación de competencias alguien tendrá que defender, como lo hacemos nosotros, posturas maximalistas —la de suprimir por completo las autonomías—

que forzarán a los demás partidos a aceptar las minimalistas. Y en ese forcejeo terminarán por admitir, como mínimo, la recuperación de las cuatro competencias que mencionas.

Dragó: Oyes a los políticos, Santi, da igual el partido al que pertenecen, y

todos parecen estar en posesión de una varita mágica que los faculta para resolver cualquier problema. Eso resulta, además de pueril, irritante, o a mí, al menos, me irrita, pues es evidente que hay problemas a los que de nada sirve enfrentarse, pues no tienen solución.

Abascal: Sí... Los que tienen que ver con la naturaleza humana, por ejemplo, como algunos delitos de imposible erradicación. Los políticos tienen que reducir esos problemas a su mínima expresión, aun a sabiendas de que no podrán erradicarlos, y lo que, sobre todo, no tienen que hacer es crear otros nuevos.

Dragó: ¿Has oído hablar de la *enantiodromia* ? Es una palabra griega que viene de Heráclito. *Enantio*, en griego, significa «lo opuesto», y *dromia*, «carrera». Fue un movimiento filosófico de enorme repercusión social. Puede resumirse, como lo hizo Heráclito, con el axioma de que todo lo que sucede genera su contrario. La *enantiodromia* es un movimiento que va en contra de lo establecido, que transforma algo en su opuesto...

Abascal: ¿Tiene algo que ver con ese fármaco que se llama Enantyum?

Dragó: Supongo que sí, porque es un antiinflamatorio, o sea, una sustancia que elimina el estado de una parte del organismo y lo devuelve a su fase anterior.

Abascal: Convierte el dolor en una sensación placentera.

Dragó: Vox es un movimiento enantiodrómico.

Abascal: Suena a reaccionario.

Dragó: Ser reaccionario es lo propio de las personas civilizadas.

Significa reaccionar frente a las circunstancias.

Abascal: Si es para defender y recuperar el sentido común, que es lo que nosotros hacemos, acepto la etiqueta, convertida de ese modo en una tarea salvadora de principios morales y de valores espirituales compartidos por muchos.

Dragó: La enantiodromia coincide con la visión hegeliana de la historia: tesis, antítesis, síntesis... Acción y reacción. Vosotros sois un claro ejemplo de ella.

Abascal: Pero yo no soy muy hegeliano.

Dragó: Boadella dice que una persona, hoy, en España se da cuenta de que ha alcanzado la verdadera libertad interior cuando no le importa que le llamen facha.

Abascal: Hay otra frase parecida en Twitter que dice: «Yo, hasta que no me he tomado un café y no me han llamado facha tres veces, no soy persona».

Dragó: Yo también me pregunto qué diablos habré hecho mal el día en que no me lo llaman diez veces. ¿Cómo ves el Ejército español, Santi? A veces recuerda más a una oenegé, a una cofradía de Hermanas de la Caridad o a una agrupación de bomberos que a un Ejército propiamente dicho.

Abascal: Me parece muy bien que el Ejército sea todo lo que dices.

Dragó: Entonces estás de acuerdo con aquello que dijo Bono acerca de que el deber de un soldado no es matar, sino morir...

Abascal: No. Matar también. Insisto en que estoy de acuerdo en que el Ejército participe en acciones humanitarias o colabore en paliar los efectos de los desastres naturales, pero sin renunciar a su verdadera naturaleza, que es la de estar preparado para defender nuestra seguridad, nuestra libertad y nuestra soberanía. O sea: para la guerra.

Dragó: El artículo octavo de la Constitución dice que es deber inexorable del Ejército defender la unidad de la patria. ¿No sería cosa de ir pensando en aplicar ese artículo en Cataluña?

Abascal: Yo creo que, si lo hiciéramos en un momento como éste, cometeríamos un error gigantesco.

Dragó: Ya salió el político.

Abascal: No. ¿Para qué vamos a mandar al Ejército donde puedes enviar a la

Policía Nacional y a la Guardia Civil, que son las instituciones más idóneas para perseguir a los delincuentes?

Dragó: Sí, pero para eso habría que dismantelar a los Mossos.

Abascal: Lo que quiero decir es que no hace falta la intervención del Ejército porque no estamos ante el ataque de una potencia extranjera. Hay, simplemente, un grupo de traidores a España que han incumplido las leyes y que tienen que ser detenidos y puestos a disposición judicial. Si la situación se agravara, tendrían que intervenir todos los cuerpos de seguridad y defensa del Estado, pero no pongamos en manos de esos traidores una baza absurda, por innecesaria, en un momento como éste.

Dragó: También dijeron durante mucho tiempo que no era necesario aplicar el 155 en Cataluña. Inglaterra acaba de enviar la Armada al Canal de la Mancha. Tú has dicho que la situación en Ceuta requiere la intervención del Ejército.

Abascal: Pero sólo hasta que se levante el muro. ¿Qué hacen nuestras tropas acuarteladas en Ceuta y Melilla? Deberían recibir las órdenes necesarias para ayudar a la defensa de nuestras fronteras.

Dragó: ¿Cómo combatir en el Mediterráneo el tránsito de esos buques piratas que son los de las oenegés?

Abascal: No hay que combatirlos en el mar, sino en los parlamentos, poniendo fin a todas las subvenciones recibidas por quienes, en connivencia con las mafias, ayudan a los traficantes de personas. No se trata de que haya más o menos buques piratas. Lo acuciante es que las oenegés dejen de colaborar con los negreros.

Salvamento Marítimo, después de la reunión de Soros con Pedro Sánchez, recoge ahora casi *in situ* a los inmigrantes cerca de las costas africanas. Rara vez los rescatan en mar abierto.

Dragó: No hay mal que por bien no venga, Santi. Cuantos más inmigrantes lleguen, más votos sacaréis vosotros.

Abascal: Sí, pero no celebramos ese mal. La estrategia del cuanto peor, mejor,

no reza con nosotros.

Dragó: Antes hablábamos, o lo sugería yo, a cuento de *La rebelión de las masas* descrita en su día por Ortega, del proceso degenerativo de la democracia. Y un factor de ese proceso es la extraordinaria mediocridad de la clase política. El descrédito, justificadísimo, de los políticos a los ojos de la población es uno de los virus que está infectando la democracia. Los políticos eran antes personas formadas, instruidas, relevantes. Ahora no son nada ni nada se les exige. En teoría, un analfabeto puede llegar a jefe del Gobierno.

En la práctica, ya ha llegado uno que al parecer ha plagiado su tesis doctoral. Y soy consciente, Santi, de que se lo digo a una persona que ha estado toda su vida metido en política.

Abascal: Ya sabes que eso no me afecta, no me siento preocupado por el reproche. Son circunstancias personales las que explican mi temprana y constante dedicación a la política. ¿Pero dime tú qué aporta a ella un registrador de la propiedad, por ejemplo, si no es capaz de tomar decisiones?

Dragó: Puede aportar su preparación intelectual. Otra cosa es que en el caso al que aludes lo haya hecho.

Abascal: Pero un registrador de la propiedad, conceptualmente, lo mejor que puede aportar es una defensa de las fronteras.

Dragó: Lo que no es poco.

Abascal: Yo prefiero a alguien que no tenga diplomas, pero sí convicciones. Prefiero a un Corcuera, que no será registrador de la propiedad, pero que tiene los arrestos necesarios para tomar decisiones contundentes en defensa de la unidad de España, aunque se equivoque. Mejor eso que un registrador de la propiedad que dice no creer en las fronteras.

Dragó: Pero los cojones de Corcuera eran instrumentos arrojados contra las puertas, que vienen a ser algo así como las fronteras que protegen nuestra vida privada.

Abascal: Eso está bien traído, Dragó, tengo que reconocerlo. Te he puesto a

Corcuera como ejemplo porque lo escucho hablar ahora y dice cosas llenas de sentido común.

Dragó: Deberías proponerle que entre en Vox. Y a Alfonso Guerra, por poner otro ejemplo de socialista sensato, también. Pero es

verdad, Santi, que hay gente sin formación cargada de sentido común y bobos ilustrados con tres carreras que sólo sueltan insensateces, aunque lo hagan en inglés. Habrás oído lo que dicen que Ortega dijo a propósito de Salvador de Madariaga. Le llamó tonto en cinco idiomas.

Probablemente no es cierto, porque esos dicharachos rara vez lo son. Y

mejor es para Ortega que no sea cierto, porque sería injusto. Pero vale el ejemplo.

Abascal: A eso me refería, a que la formación no es garantía de acierto. Lo mejor que se puede aportar a la política son valores, gente humilde que esté dispuesta a servir y a rodearse de personas mejor formadas para dejarse aconsejar por ellas. Te lo digo porque no pienso dejarme arrastrar otra vez al debate de quiénes votan y de quiénes tienen derecho o no a hacerlo. Te reitero que estoy contra las castas y las oligarquías.

Dragó: También lo estaban los de Podemos y ya ves cómo han acabado.

Abascal: ¿Tengo que convencerte de que en lo que me concierne no existe ese riesgo?

Dragó: No, pero tú eres tú y en Vox hay otras personas, y muchas más que habrá. Ya veremos. Pero aparte de los valores, de la buena voluntad y de la rectitud que pueda tener la gente del pueblo, para gobernar un país se necesita un mínimo de formación. Hay que saber matemáticas, por así decir. Los políticos de ahora están pez. Muchos de ellos no tienen ni estudios. Es asombroso que se pueda llegar a ser jefe del Gobierno sin tener ni siquiera el bachillerato.

Abascal: Yo creo que Simeón sería un presidente del Gobierno mucho menos peligroso que algunos premios Nobel.

Dragó: Y que un tipo como yo, ¿no? Te veo venir, Santi. Pero no te preocupes. No voy a pedirte que me hagas ministro de Cultura.

Kiko: Ni que presione para que te den el Nobel.

(Risas.)

Abascal: Los políticos tienen que ser personas con convicciones.

Y no hace falta que sean muchos. Basta con unos pocos. Alrededor de ellos trabajará una élite de altos funcionarios encargados de la gestión

y de vigilar a los políticos para que no hagan nada en contra de la legalidad.

Dragó: Hay algo en lo que siempre estamos todos de acuerdo: el gran problema de España es la educación, y ese problema, por añadidura, se ha agravado desde que llegó la democracia. Eso contradice lo que acabas de explicar. Una persona sin formación puede ser respetabilísima, pero lo de buen político está por ver.

Abascal: Sí, pero también está por ver que una persona de elevadísima formación pueda ser un buen político. Ni la respetabilidad ni las buenas intenciones...

Dragó: El infierno está empedrado de buenas intenciones.

Abascal: ... ni la formación ni la respetabilidad por sí solas garantizan nada.

Dragó: Te lo digo, más que nada, por seguir siendo mosca cojonera. Pero bueno... A otra cosa. El eterno problema de la corrupción. ¿No crees que eso forma parte indisoluble de la condición humana? Donde hay dinero se genera corrupción, y en la política hay dinero a paladas: el que se recauda a través de los impuestos, que hoy son escandalosamente confiscatorios.

Abascal: La corrupción no es sólo material.

Dragó: Ya, pero la económica es la que más preocupa y, en mi opinión, no tiene arreglo. Siempre ha existido y siempre existirá. Por eso es relativa su

repercusión electoral. La gente tiende a perdonarla o a olvidarla. Se acoge a aquello de que quien esté libre de pecado...

Abascal: No, no se puede extirpar y yo creo que lo peor que estamos haciendo en España es responder a la corrupción con otra corrupción: la de acabar con la presunción de inocencia.

Dragó: El juicio de telediario...

Abascal: Sí. Personas puestas en la picota y condenadas por la opinión pública mucho antes de ser juzgadas y, a menudo, absueltas.

Yo nunca caeré en la demagogia de exigir dimisiones antes de que los tribunales dicten sentencia. El problema obedece, en parte, a la multiplicación de las administraciones. Si sólo existiera un Gobierno y no diecisiete, se reducirían considerablemente las posibilidades de corrupción. Y, además, tendría que existir un control mucho mayor y las penas deberían ser más duras. En cualquier caso, se haga lo que se haga, la corrupción no va a desaparecer.

Dragó: ¿Y cómo se puede reducir el número de funcionarios que actúan como una casta gremial y se mueven siempre en bloque?

Abascal: No creo que los funcionarios respondan a los intereses de una casta ni de un orden gremial. Creo que sus motivaciones son distintas.

Dragó: Pero defienden a capa y espada su huequecillo al sol.

Cada vez que un político dice que va a reducir el número de funcionarios, éstos se sublevan.

Abascal: No estoy convencido de que sean tantos como se dice.

Quizá no sea necesario reducir su número.

Dragó: Pues eso es lo que pasará si se desmantela el tinglado de las autonomías.

Abascal: No hay que expulsar a la gente. Hay que proporcionarle la

oportunidad de seguir en la Administración al servicio de los ciudadanos y no para crearles problemas, como sucede ahora.

Además, los despidos masivos generarían un gigantesco problema económico. Si no pagas el sueldo del funcionario, pagas su cesantía.

Dragó: A eso voy.

Abascal: Nosotros no pensamos que ese problema pueda resolverse de un plumazo. De hecho, en las próximas semanas vamos a plantear una propuesta económica detallada, con una simulación fiscal, de cómo se reducirían con la reforma fiscal que nosotros planteamos los ingresos del Estado, dónde recortaríamos...

Dragó: En subvenciones, asesorías, consultores, oenegés, chiringuitos, supongo.

Abascal: En todo lo que no sea gasto productivo y responda a intereses ideológicos y clientelares. Hay que reducir el tamaño de la Administración de las autonomías mientras no se pueda acabar con ellas.

Dragó: Y para eliminar la corrupción, ¿no cabría articular un sistema de Administración general en el que los políticos no tuvieran acceso directo a los fondos públicos?

Abascal: Es que no son sólo los fondos públicos los que los políticos manejan. Muchas veces son fondos privados que proceden de las concesiones públicas.

Dragó: Eso viene luego, es la segunda fase de la corrupción. Pero de entrada tienen acceso a una cantidad gigantesca de dinero que

procede de los impuestos, sobre todo en un sistema claramente confiscatorio, como lo es el vigente en España y en la mayor parte del mundo occidental. Si ese dinero no estuviera directamente en manos del político que lo reparte a su antojo y si hubiera un cuerpo profesional que lo hiciera según criterios empresariales de estricta contabilidad...

Abascal: Pero el gasto lo decide el Parlamento.

Dragó: Ahí voy. Que eso no esté en sus manos, que el Gobierno decida las líneas generales de lo que juzga conveniente hacer, pero que luego los contables le bajen los humos, lo metan en vereda y discernan entre el trigo de lo viable y la paja de lo irrealizable.

Abascal: Pero en las empresas también hay corrupción y puede haber alguien que desvíe los fondos públicos, aunque eso no sea lo habitual. Más frecuente es la asignación de concesiones públicas para obtener fondos privados. Es decir, chantajear a las empresas que tienen que trabajar con el Estado. Buena parte de la corrupción viene de ahí.

Dragó: Pero a menor escala.

Abascal: Claro. Y con menor impacto social.

Dragó: No en todos los casos. Acuérdate de Rumasa y Ruiz-Mateos.

Abascal: Sí, pero siempre hay, en esos casos, cierta conexión pública.

Dragó: Tú y otros muchos criticáis con acidez algo que a mí no me parece tan criticable. Me refiero a las famosas puertas giratorias.

Los políticos suelen ser unos piernas sin más profesión que la de la política, y es lógico, hasta cierto punto, que después de ocupar un cargo público les ofrezcan otros en la empresa privada a modo de compensación y para que no se queden a la intemperie. Eso, además, es inevitable porque la decisión es competencia de quien contrata y no se puede impedir.

Abascal: Sí, impedirlo es difícil, pero estéticamente queda muy feo que una empresa a la que has podido beneficiar durante tu acción de gobierno sea luego la que te acoge en su seno y te asigna un sueldazo. Sería mejor evitarlo.

Dragó: Hablemos de impuestos. ¿Eres partidario del *flat tax* ?

Abascal: Más o menos. Abogamos por la tarifa plana.

Dragó: Vuestra propuesta, según he leído últimamente, es la de aplicar un 20 por ciento de tipo único.

Abascal: Sí, pero con un pequeño matiz para mantener la progresividad fiscal. En todo caso, probablemente nos lo replanteemos y maticemos algo el próximo mes. Estamos pensando en subir del veinte al cuarenta y cinco, pero nos hemos dado cuenta de que...

(Pongo cara de espanto.)

Abascal: Es una broma, Fernando.

Dragó: Oye, que me acaban de cambiar la válvula de la aorta. No me des esos sustos.

(Risas.)

Dragó: Recuperemos la senda del sentido común. Es evidente que bajando los impuestos aumenta la prosperidad de un país. ¿Cómo es posible que todo el mundo se empece en aplicar unos tipos fiscales que obligan a trabajar entre cuatro y cinco meses al año, más o menos, para el Estado? Demencial, ¿no? Hasta el día 1 de julio tú no trabajas para ti, ni para tus hijos, ni para tu novia...

Abascal: ¿Me puedo atribuir esa frase? ¿Me la cedés?

Dragó: Ya sabes que es Emma la que transcribe. Si llegas a un apaño con ella...

Abascal: Lo que dices es lo que yo me preguntaría. Pero no sólo me parece, como a ti, demencial. Es una flagrante injusticia. ¿Cómo pueden arrebatarse semejante mordisco al fruto del esfuerzo ajeno!

Dragó: Antoñete decía que de dos toros que mataba jugándose la vida, uno era para el Estado.

Abascal: Esa reforma —la de la tarifa plana— también la plantearon Orbán y Trump, entre otros anteriores. Y siempre se tradujo su aplicación en oleadas

de prosperidad para los países implicados.

Dragó: Orbán, Trump... ¿Son tus modelos?

Abascal: Nosotros no tenemos modelos. Buscamos soluciones propias, aunque podemos picotear por aquí y por allá sin atender a afinidades ideológicas ni a simpatías personales. Lo que funciona

funciona, y ya está, hágalo quien lo haga. Si es Trump, pues Trump; y si Orbán, pues Orbán; y si nadie, pues nosotros. Cuando me preguntan por mi modelo, digo que es Isabel la Católica.

Dragó: Tú, en la historia de España, destacas tres factores que te parecen los más significativos y también los más afines a tu ideario: la Reconquista, la Hispanidad y la Guerra de Independencia. Echemos un vistazo a sus luces y a sus sombras, Santi. Hay dos grandes ensayistas, entre otros de no menor tonelaje, que se han planteado lo que uno de ellos, Claudio Sánchez-Albornoz, llama, en el título de su obra más conocida, *España: un enigma histórico*. El segundo es Américo Castro con *La realidad histórica de España*. Sánchez-Albornoz da un papel preponderante al sustrato romano y cristiano; don Américo, en cambio, concede más importancia al factor sefardí y al andalusí. Son dos historiadores de peso, que nadie discute, y ambos, cada uno por su carril, manejan argumentos que merecen ser considerados. ¿Qué opinas tú acerca de la tan cacareada y controvertida España de las tres culturas?

Abascal: Pues que en esa pugna cierro filas con Sánchez-Albornoz. Lo de las tres culturas me resulta del todo ajeno.

Dragó: Pero el islam es una de las religiones del Libro, como lo es también el cristianismo que tú profesas. Los musulmanes consideran a Jesús, al que llaman Isa, uno de los grandes profetas.

Abascal: El islam también define el ser de España, pero en sentido contrario. César Vidal, en un libro titulado *España frente al islam*, identifica a Mahoma con el anticristo.

Dragó: César Vidal es protestante.

Abascal: Pero eso no inhabilita su tesis. También lo plantea Julián Marías. Claro que no voy a negar la enorme influencia ejercida por los árabes en nuestra lengua, en nuestra arquitectura, en nuestras costumbres...

Dragó: Árabes, lo que se dice árabes, hubo muy pocos, Santi.

Eran, en su mayor parte, magrebíes. Sin embargo, son los cristianos los que, durante los llamados siglos oscuros, sepultan la cultura grecorromana y son precisamente los árabes y los judíos, en la Escuela de Traductores de Toledo, quienes rescatan a Platón, a Aristóteles, a Plotino, a todo lo que luego irrigará el Renacimiento... Y eso se lo debemos en no escasa medida a la cultura judeo-arábigo-española.

Kiko: Pero es el islam quien incendia la Biblioteca de Alejandría y son los monasterios cristianos los que rescatan el derecho y la filosofía en toda Europa.

Dragó: No, perdona, los monasterios cristianos se dedican a copiar una y otra vez los mismos códices, miniados o sin miniar.

Kiko: Y purgaban un pecado por cada letra. Pero así se salvó todo el derecho romano. Donde hubo islam, en cambio, Roma y Grecia desaparecieron.

Dragó: Averroes rescata a Aristóteles y Maimónides a Platón.

Kiko: Y la escolástica también.

Abascal: Calma, calma... No es por interrumpir el debate, pero yo no soy un filósofo ni he venido aquí para hablar de filosofía, Fernando. Y me pongo al lado de Kiko, no porque tenga o no razón, cosa que ignoro, sino porque su versión me gusta más que la tuya y coincide con lo que yo pienso, por más que me confiese lego en la materia.

Dragó: ¿Hubo moros en Amurrio? Ian Gibson, ese escritor que busca los huesos de García Lorca y se mete, como el gabachito Valls y el *ancien philosophe* Bernard-Henri Lévy, donde no le llaman, dice que deberías operarte la nariz, porque tienes una pinta de moro que no veas, y que te mires un poco al espejo y vayas corriendo al quirófano para que te pongan una cara

más alemana.

(Carcajadas.)

Emma: ¡Pero si él la tiene de patata! ¿Te presto mi espejo de mano, Santi?

(Abre el bolso y rebusca en él.)

Abascal: ¿Eso ha dicho Gibson?

Dragó: Literal.

Abascal: ¿Dónde?

Dragó: En *El Español*. Y añade que no le gusta verte a caballo persiguiendo a rojos por los campos andaluces, igual que hacían los fachas durante la Guerra Civil, con el torso medio desnudo, como si fueras el Putin español, y que para eso ya tenemos a Charlton Heston.

Abascal: Se agradece el piropo.

Dragó: ¿Lo dices por Putin o por los fachas?

Abascal: No. Lo digo por Charlton Heston. La verdad es que no sé si en mi pueblo hubo moros, pero romanos seguro que sí.

Dragó: Y cristianos ni te cuento...

(Más carcajadas.)

Dragó: De todos modos, mi querido Santi, me he tomado el trabajo de investigar un poco y he descubierto que el Ayuntamiento de Amurrio autorizó la apertura de un centro de culto musulmán, con mezquita incluida, para que los magrebíes de la zona pudieran reunirse en él sin necesidad de trasladarse a Bilbao. Eso fue en 2011.

No sé en qué quedó la cosa. ¿Lo sabes tú?

Abascal: No, pero lo averiguaré.

Dragó: Te doy el nombre del centro en cuestión. Se llama Al Ghofran. Puedes pedir permiso para dar un mitin encaramado a su púlpito. Y ahora, ya en serio... Los pueblos tienen un núcleo duro en su historia que se mantiene a lo largo de los siglos y que es muy difícil de modificar. Los egipcios siempre acaban en manos de un faraón (Al-Sisi); los rusos, de un zar (otra vez Putin); los italianos, de un *duce* (antes, Berlusconi; ahora, Salvini, *il Capitano*); los franceses, de un Bonaparte (Macron); los musulmanes, de un ayatolá (hay donde elegir); los chinos, de un mandarín...

Abascal: ¿Y los españoles?

Dragó: De un Abascal.

(*Risas.*)

Abascal: Olvídate de mí, que soy el último de la fila.

Dragó: ¡Pero si tú eres como Viriato, como el Cid, como Guzmán el Bueno!

Abascal: ¿Y cuál sería el disco duro de España? De España, digo, no de los españoles...

Dragó: España, Santi, es un batiburrillo, tiene más de un corazón y varios discos duros. Coge un mapa y verás como la Península Ibérica es una zona de paso entre Europa, que representa el *logos*, la razón, y

África, que es el *pathos*, la emoción. El *ethos*, la moral, nos llegará con el cristianismo. Ya tienes ahí las tres categorías de Aristóteles. Y

también somos no ya simple zona, sino proceloso rito de paso entre el mundo clásico, que es el del Mediterráneo, y el mundo moderno, que es el del Atlántico. Todo eso, sumado, origina el enigma histórico al que se refiere Sánchez-Albornoz. Que si moros, que si judíos, que si cristianos... ¡Jesús! Somos el único país del mundo que pone en duda su identidad. Siempre se ha hablado no tanto de España cuanto de las Españas. Curioso, ¿no? Los españoles están en guerra con ellos mismos. Y lo están, incluso, en lo relativo a la leyenda negra, a la que tú das tanta importancia. Son, somos, en gran medida, quienes la aceptamos y la propagamos, desde el padre De las Casas,

en pleno siglo XVI , que fue el primero de los de Oro, hasta los progres y los podemitas de la hora actual.

Abascal: ¿Tú no le das importancia?

Dragó: ¿A la leyenda negra? Sí, claro. Por supuesto que se la doy.

Muchísima. Es una de las más descomunales imposturas de la historia universal.

Abascal: Obra de los enemigos de España.

Dragó: Efectivamente. Nuestro país nunca fue una potencia colonizadora, como los de ellos. Y, además, quienes se sublevaron en América contra el Gobierno español fueron los blancos, los criollos, nuestros hijos. Las poblaciones indígenas apoyaban a la metrópolis. Lo contrario de lo que nos cuentan. Pero pasando a otra cosa... ¿Tú crees que la Reconquista es, realmente, una empresa común? Te lo pregunto porque duró ocho siglos y es muy difícil pensar que algo se conciba, se orqueste y se lleve a término con tanta antelación y duración.

Abascal: Pero existía la conciencia de que algo se había perdido y el deseo de recuperarlo. Ese sentimiento se mantuvo desde don Pelayo hasta los Reyes Católicos.

Dragó: ¿No sería simple nostalgia de lo que el tiempo se llevó?

Abascal: ¿Como la de quienes piensan que cualquier tiempo pasado fue mejor?

Dragó: Exactamente. Ahí tienes otra constante psicológica de la condición humana...

Abascal: Pero en el poso emocional de la Reconquista existía no sólo ese concepto de temporalidad al que aludes, sino también el del

legítimo derecho a recuperar una propiedad que nos había sido arrebatada.

Dragó: Un patrimonio.

Abascal: Sí. Un patrimonio. Ni más ni menos que la patria.

Dragó: La raíz etimológica es la misma.

8

Donde se habla de la nación, del dolor de

España, de los impuestos y las pensiones, de la función del Estado, de Steve Bannon, de la

estrategia electoral de Vox, de Aznar, de

Esperanza Aguirre, de Javier Ortega y de

Rocío Monasterio

Dragó: Tú dices que una nación es la suma de los muertos, de los vivos y de los que nacerán en ella. Es verdad. Me interesa mucho esa formulación del concepto de *patria*, que casi nadie maneja. Viene a ser algo parecido a la comunión de los santos de la teología católica, pero con un toque muy orteguiano y muy joseantoniano. Ortega decía que la nación es un proyecto sugestivo de vida en común y José Antonio, cargando la suerte y pasando de lo patriótico a lo telúrico, veía en España nada menos que «una unidad de destino en lo universal».

Abascal: No termino de identificarme con la definición de Ortega...

Dragó: ¿Por qué?

Abascal: No sé... Por nada. Quizá porque percibo en ella cierto tufillo de corrección política.

Dragó: En su época no existía eso.

Abascal: Ya, pero me gusta más la idea de la nación como algo lineal y no

como proyecto.

Dragó: No hay nada más lineal que un proyecto. O sea: algo que viene del pasado, está en el presente y se dirige al futuro.

Abascal: Lo de «destino en lo universal» también me rechina un poco...

Dragó: José Antonio exagera.

Abascal: Exagera más Unamuno, ¿no?

Dragó: Unamuno exagera siempre.

Abascal: ¿Cómo es la frase esa que dice en su lecho de muerte?

«Dios no va a permitir que España no se salve» o algo parecido.

Dragó: ¡Bonita tontería! Similar a la de esos forofos, o forofas, que se postran ante el Jesús del Gran Poder para pedirle que esa tarde gane el Betis al Sevilla o el Sevilla al Betis. ¡Como si Dios no tuviera otras cosas en las que pensar! Además, en menudo brete le ponen, porque es imposible que los dos equipos ganen. Tendrá que optar por el empate. Por cierto, ¿tú de qué equipo eres? ¿Del Alavés o de la Roja?

Ojo, que si lo dices vas a perder votos...

Abascal: Por un lado, pero los ganaré por el otro. Lo cierto es que soy del Real Madrid, pero sin llegar a forofa. Me gusta ese equipo porque siempre se ha identificado con España, a diferencia de otros, más localistas.

Dragó: Otra frase famosa de Unamuno es la de «me duele España». A mí, en cambio, no, Santi. Me puede preocupar o inquietar, pero ¿por qué iba a dolerme? No es un órgano de mi anatomía.

Abascal: Pero hay congostas que se notan físicamente.

Dragó: Un país te duele, si acaso, cuando lo ves en trance de desaparición, que es lo que le pasa ahora a España. Pero cuando no lo está, no duele.

¡Menuda tontería! Ganas de sufrir. La frase de Unamuno es impensable en otros países. No me imagino a un francés diciendo que le duele Francia.

Abascal: ¿En qué contexto la dijo?

Dragó: Creo que fue en la novela *Niebla*, pero no estoy seguro. *

Mira a ver, Emma. Métete en la Araña.

(Dicho y hecho. Breve pausa.)

Emma: Capítulo 31. Leo: «Pues sí, soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y ante todo, y el españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna, y mi Dios un Dios, el de nuestro señor don Quijote, un Dios

que piensa en español y en español dijo: “¡Sea la luz!”, y su verbo fue verbo español...».

Dragó: Pero ahí no dice que le duela España.

Abascal: Creo que eso es de la *Vida de don Quijote y Sancho ...*

Un pasaje precioso. En todo caso, cuando Unamuno habla de que le duele España, se refiere a su deterioro espiritual, económico y cultural.

Dragó: ¡Pues qué habría dicho ahora! Bueno, estábamos, cuando nos fuimos por los cerros de Úbeda, en lo del *flat tax*, la tarifa plana, el tipo único del 20 por ciento y todo eso. Oye, Santi... ¿No es demasiado? La Iglesia, tu querida Iglesia, hablaba de diezmos. O sea: la mitad de lo que tú propones. Así, a primera vista, sin meternos en cuentas de la vieja, parece más justo, ¿no? Y luego, ya que hablamos de justicia, está lo de la escala progresiva, según los ingresos, en el IRPF.

Eso sí que clama al cielo. ¿Por qué tiene que pagar más quien más gana? Identificar a las personas con las cifras de su debe y su haber equivale a cosificarlas.

Abascal: Nuestra propuesta de rebaja fiscal ya es, en sí misma, bastante radical. No hace falta una revolución.

Dragó: Vox propone cosas aún más revolucionarias.

Abascal: Sí, pero no en el ámbito de la economía, no vaya a ser que nos la carguemos y el remedio sea peor que la enfermedad. Iremos paso a paso.

Dragó: Yo defiendo la total desaparición de los impuestos directos, que me parecen una forma de latrocinio por parte del Estado.

Y no digamos los de donaciones y sucesiones, que entrañan doble o incluso triple imposición y son un atraco en toda regla.

Abascal: O la tributación de las pensiones. Nosotros propondremos que se elimine. Ahora bien, en cuanto al debate entre los impuestos directos y los indirectos aún no hemos tomado partido.

Es un asunto con muchas aristas, incluso dientes de sierra, que no puede resolverse mediante un carpetazo de lógica aristotélica y ecuanimidad socrática, como haces tú. Exige matices. Hay muchas emociones en juego.

Dragó: Disiento, Santi. No se puede o no se debe discriminar entre ricos y pobres por motivos morales análogos a los que prohíben la discriminación entre hombres y mujeres, entre homosexuales y heterosexuales, o entre blancos y negros.

Abascal: Pero las circunstancias de las personas no son las mismas. Cada quien es cada quien.

Dragó: Sí, claro, y los negros son negros; y los homosexuales, homosexuales; y los varones, varones. Ésas son sus circunstancias.

Hay que aceptar la vida como viene y bregar con ella sin favoritismos compasivos e igualitaristas. Unos tienen más suerte que otros, o son más listos, o trabajan más, o son más guapos, o son más feos... La Bella y la Bestia, ya sabes. Sea el hombre, como dicen todas las Sagradas Escrituras, fruto de sus obras y no de las del prójimo. Eso, Santi, se llama responsabilidad. Lo otro es

limosna, impostura e hipocresía.

Abascal: ¿No crees que el Estado debe asumir una misión distributiva y niveladora? Eso, en su justa medida, favorece a la clase media. El problema es que lo han llevado al extremo de la confiscación y ahora, en realidad, la están destruyendo.

Dragó: No. Ya la han destruido. Y la han destruido por los abusos tributarios. Los ministerios de Hacienda son las cuevas de Alí Babá.

No hay mayor timo en la historia del mundo que el de la Seguridad Social. Anda, coge una calculadora y suma, por una parte, todo lo que entregamos a ella y lo que entregan quienes nos contratan a lo largo de la vida y, por otra, lo que recibimos: sanidad, educación, subsidios de paro, pensiones de jubilación... La diferencia entre las dos cifras es monstruosa. Seríamos todos ricos si nos la abonaran o, mejor dicho, si no nos la birlasen por anticipado. Compruébalo. Es muy fácil. Yo lo he hecho y eso que soy un burro para las matemáticas.

Abascal: Calla, calla... ¿Ves lo que pasa? Me lías. Yo tampoco soy matemático y, menos aún, filósofo. Al final vas a acabar consiguiendo que no me vote nadie.

(Risas.)

Dragó: ¡Qué va! Tú eres un caudillo nato. En minúscula, para que la palabra no te horrorice, pero te votarán. Tienes una dimensión épica, ya te dije, y con eso se nace o no se nace. No hace falta que seas matemático. Basta con escucharte en los mítines. Tu fuerza de arrastre es arrolladora. También la tienen Ortega Smith e incluso, a su modo,

Ortega Lara. Al político dotado de carisma todo lo demás se le da por añadidura.

Abascal: Vale, vale... Lo que tú digas. Pero, te pongas como te pongas y por mucho que me hagas la pelota, no vas a conseguir que eliminemos de nuestro programa la Seguridad Social, el sufragio universal y el IRPF.

Dragó: Ya veo, ya. Tendré que resignarme.

Abascal: Y, de paso, pongo en tu conocimiento que tampoco iré a Moscú. Dile a tu amigo Putin que saque el vodka de la nevera.

Dragó (mustio) : Y el caviar.

Abascal: Dentro de unos días dispondremos de la simulación necesaria para saber cómo afectaría a los ingresos y a los gastos del Estado nuestra reforma fiscal. Y entonces, Fernando, ya podremos hablar en serio.

Dragó: Pues hagámoslo ya... ¿Qué opinas de la economía sumergida? Yo siempre he pensado que, dentro de sus justos límites, puede ser una válvula de escape, una especie de pulmón artificial o de cámara de descompresión que ayude un poco a la gente a superar sus estrecheces. En Italia, por poner un ejemplo cercano, funciona de maravilla.

Abascal: La economía sumergida es consecuencia de la opresión fiscal. Para que desaparezca es necesario que los impuestos no sean confiscatorios, sino equilibrados, razonables y justos.

Dragó: Sólo una última apostilla, Santi. En Estados Unidos, como sabes, no hay sanidad pública o la que hay es un quiero y no puedo, un amagar y no dar. Eso constituye en Europa una constante piedra de escándalo, pero lo cierto es que la mayor parte de los americanos no la quiere. Y no la quiere porque han echado cuentas y han llegado a la conclusión de que la sanidad privada sale más barata y funciona mejor.

Abascal: Bueno, de lo que pase en Estados Unidos no voy a opinar ni a importar nada.

Dragó: Me limito a aguijonearte.

Abascal: Eso está bien, porque me obliga a pensar. Pero lo malo es que me quieres hacer pensar en todo a la vez.

Dragó: Muy bien. Me rindo. ¿Qué tal si hablamos un poco de la batalla de Madrid? Ese escenario será crucial y ya lo tienes encima...

(Abascal resopla.)

Dragó: ¿Qué vais a hacer? Ayuntamiento y Comunidad, Santi.

Abascal: Poner a los mejores. De momento, la presidenta del partido en Madrid es Rocío Monasterio.

Dragó: No se dice *presidenta*, sino *presidente*, Santi. En latín no hay *-entas*. Me saca de quicio ese error en el que casi todo el mundo incurre.

Abascal: Tienes razón. Acepto la reprimenda. A fuerza de oírlas, se nos escapan esas cosas.

Dragó: Yo, a riesgo de meterme donde no me llaman, te diré que a Rocío, por la que siento un enorme aprecio, la veo más como candidata a la Comunidad que al Ayuntamiento. Éste exige una bravura en el cuerpo a cuerpo que Rocío, siempre tan educada, quizá no tenga.

Kiko: Dragó, ¿te recuerda en algo Rocío a la primera Esperanza Aguirre?

Dragó: A mí Esperanza me sorprendió desde el principio.

Abascal: ¿Cómo te sorprendió? ¿En qué sentido lo dices? ¿Qué dimensión tenía ya entonces?

Dragó: A partir del momento en que Aznar la nombró ministra de Educación se puso a crecer y a crecer, y cuando llegó a la Comunidad desbordó todos los límites y se convirtió en la mejor cabeza política del Reino. Una cabeza que, además, funcionaba como un ariete. Por eso la descabezó Rajoy, que tenía de ariete lo que yo de bailarina con tutú, lanzando a Montoro contra ella.

Abascal: ¿Y Aznar? ¿Qué vio Aznar en ella?

Dragó: Pues eso: su fortaleza, su solidez, su claridad de ideas...

Aznar tenía olfato. Yo me encontré a Esperanza en la esquina de mi calle, que es la suya, con Pez, la tarde anterior al día de su nombramiento como titular de la cartera de Educación, le pregunté que si sabía algo, porque ya corrían

rumores, y me dijo: «Sólo sé que hoy han llamado de Génova diciendo que mañana, a eso de la una, esté en casa». Pero no tenía ni idea de por qué la iban a telefonar.

Kiko: Tú conociste de joven a Esperanza Aguirre, a Cristina Cifuentes, a Mercedes de la Merced, a Soledad Becerril, a Pilar del

Castillo, a muchas chicas que resultaron ser mujeres fuertes... Y a Rocío la conoces ahora. ¿Ves en ella el mismo vigor y el mismo futuro que viste en las demás? ¿Puede llegar a ser una Esperanza o una Cristina?

Dragó: Incluso a superarlas. Vox dispone ya de una cantera formidable, y lo que te rondaré. Creo que Ortega Smith, por ejemplo, tiene una larga carrera política por delante, y Rocío, desde luego, también.

Abascal: Javier tiene que ir al Congreso de los Diputados.

Dragó: Claro, es gladiador. Pero Rocío, si fuera candidata al Ayuntamiento, se toparía con Begoña Villacís, que es otra mujer fuerte.

Abascal: ¿Crees, entonces, que es mejor presentar a alguien más gris?

Dragó: Sin duda.

Abascal: ¿Para hacerle una faena?

Dragó: ¡Hombre, no! Ser teniente de alcalde o concejal también tiene su aquel... ¿Y si presentáis a Emma?

Emma: Lo que me faltaba.

(Risas.)

Dragó: Una chica guapa.

Abascal: Pues mira... Yo creo, hablando con franqueza, que el resultado que obtengamos no dependerá tanto del perfil público del candidato cuanto de la esperanza que nuestro sello despierta. Quiero decir que lo ilusionante en Vox

es la marca, y no las personas... Por eso podemos prescindir de candidatos de relumbrón mediático y postular a personas desconocidas, jóvenes, simpáticas, cultas, que sepan hablar, que caigan bien...

Dragó: ¿Como Emma?

Emma (*sofocadísima*) : ¡No, no! ¡Ni se te ocurra, Santi!

Abascal: Descuida. Yo, encantado, pero no te asustes. No voy a meterte en ese lío.

(Suena el móvil de Abascal, que atiende la llamada. Es su hija.)

Emma: ¿Paramos y cenamos?

Dragó: Sí, pero antes vamos a tocar un último tema de política internacional: Steve Bannon, el casi Supremo Hacedor de los manejos entre bastidores que llevó a Trump, contra todo pronóstico, a la Sala Oval de la Casa Blanca, y que desde hace ya bastantes meses brujulea por Europa con miras a conseguir que en un futuro muy cercano la tercera parte de su Parlamento esté en manos de los eurófobos. ¿Qué me dices de él, Santi? Parece ser que habéis mantenido contactos.

Abascal: Es una figura interesante en la medida en que puede explicar los resortes utilizados para llegar a esa población estadounidense descontenta, que también existe en España, aunque por distintas razones. Pero Bannon no nos puede asesorar sobre política española.

Dragó: ¿Cómo fueron los contactos? Si es que los hubo, claro.

Abascal: Han sido muy breves. Conseguimos que se comprometiera a explicar a la derecha europea la necesidad de defender la unidad de España frente al separatismo catalán... Como el Gobierno no hace su trabajo, tenemos que ser nosotros quienes pongan freno a la propaganda golpista.

Dragó: Lo doy por bueno. Creo que ya podemos dejarlo por hoy.

Mañana volveré a la carga.

Emma: La cena está lista.

MAÑANA DEL SÁBADO

Tengo un dolor aquí, del lado de la patria.

CRISTINA PERI ROSSI , *Estado de exilio*

9

Donde se habla de la publicidad institucional, de los medios de comunicación, de la libertad de prensa, del suicidio, de la sanidad pública, de los límites del Estado, del

anarcoliberalismo, del derecho a llevar armas, del duelo y de la pena de muerte

Dragó: ¿Qué hay de la publicidad, de los medios de comunicación y de todo eso que los comunistas llamaban *agitprop* y que tanto predicamento les dio?

Abascal: Vox quiere garantizar la libertad de los españoles y para eso, en la medida en que una prensa libre es importante, creemos que, ante todo, sería cosa de ir pensando en suprimir la publicidad institucional de los medios de comunicación.

Dragó: Ahí quería llegar. La lacra —para mí lo es— a la que apuntas es propia de los regímenes totalitarios. La *Pravda*, el *Izvestia*, el *Gramma*, la *Bandera Roja* del maoísmo... Aunque, por más que el *establishment* monclovita os haya aplicado su cordón sanitario en la era de Rajoy, el control de los medios y el grifo de sobornos de la publicidad institucional no han podido evitar que saquéis cabeza. Y

ahora te pregunto: ¿debe eliminarse esa martingala clientelar por completo o conviene mantenerla en lo concerniente a otros sectores de la sociedad que no estén directamente relacionados con la política?

Abascal: Lo más urgente para nosotros es eliminar el adoctrinamiento ideológico y partidista en los medios de comunicación. Esa medida no

garantiza que la prensa española funcione como es debido, porque no está claro quién ni cómo heredará

el hueco dejado por la ausencia de publicidad institucional, pero será un primer paso dado en la dirección correcta.

Dragó: A mí, el aluvión de propaganda institucional que se nos ha venido encima desde el advenimiento de la democracia me deja estupefacto. Y conste que no me refiero sólo a los catecismos ideológicos, sino también a los de índole moral y consuetudinaria.

¿Qué derecho tiene el Estado a utilizar el dinero de los contribuyentes para que nuestras almas se salven y vayamos todos derechitos al cielo de la santa corrección política?

Abascal: Repite la pregunta, porque creo que intentas arrastrarme otra vez a tus pecaminosos barrizales libertinos.

Dragó: Lo que quiero decir es que el Estado se extralimita si intenta convencerme de que, para hacer el amor con una señora, ya que mencionas el libertinaje, tengo que enfundarme un preservativo.

Eso será decisión mía y de la señora. Sermonear no es una función que corresponda al Estado, sino a los curas, a los orates, a los papás y a los abuelitos.

Abascal: Reconozco que me preocupa el volumen de los recursos públicos invertidos en esa actividad. Pero te anticipo que, *a priori*, no me inquieta que las instituciones lancen consejos a la población. Es más: me parece bien.

Dragó: A mí me estremece.

Abascal: ¿Por qué?

Dragó: Ya te lo he dicho. Porque es una injerencia en el ámbito de la privacidad. El Estado no es un predicador de virtudes morales.

Abascal: Yo no he dicho morales.

Dragó: Sí. La propaganda institucional, generalmente, se basa en consejos morales. No fume porros, no vaya de putas, no beba más de la cuenta, no castigue a sus hijos cuando se portan mal... No necesitamos sus recomendaciones. Casi todas son de cajón y ya se cuidan de aplicarlas nuestras conciencias, nuestros valores y nuestro albedrío.

Abascal: ¿Estás en contra de las campañas de la DGT?

Dragó: Por supuesto. También estoy en contra del cinturón de seguridad. Si voy sin él, sólo me pongo en peligro yo. No daño a nadie más.

Abascal: Sí que lo haces. En consonancia con tu credo liberal a machamartillo, que te lleva a poner en tela de juicio la necesidad de que exista un sistema de sanidad pública, probablemente no hagas daño a nadie, como dices, porque tú mismo sufragarías los costes de tu accidente, pero la realidad no es así.

Dragó: No te sumes al enemigo, Santi. Lo de la sanidad pública es una de las *fake news* que circulan sobre mí. No estoy en contra de ella —la española, por cierto, me parece magnífica y hace poco más de un mes, con lo de la válvula de mi aorta, tuve ocasión de comprobarlo

—, sino contra su sistema de financiación y la obligatoriedad que lo acompaña. Pero no personalices, porque los excesos de la globalización han enfriado notablemente mi liberalismo, al menos en lo que a los aranceles y a la internacionalización del mercado laboral se refiere...

Abascal: ¡Aleluya! ¿Cuándo pides el ingreso en Vox?

Dragó: ¿Ahora que estáis lanzados? ¿Me tomas por un arribista?

Pero vamos con otro ejemplo... Si dos chalados de una oenegé o de la catequesis de mi parroquia se van a Siria y los secuestran, ¿tenemos que pagar entre todos un rescate millonario por algo que no hemos hecho?

Abascal: Eso es distinto. Yo no soy partidario de pagar rescates, porque te los van a volver a pedir. Sí soy, en cambio, partidario de ayudar a los españoles que se encuentren en una situación de peligro.

El Estado, y el Ejército tras él, en casos así, también están para eso.

Dragó: Del agua que corre ya me libro yo. Y si no soy capaz de librarme, peor para mí y para los míos. ¿Sabes que, en Japón, donde abundan los suicidios, la familia del que lo comete tiene que pagar todos los gastos? ¿Crees que éstos, como sucede aquí, deben correr por cuenta del Estado, o sea, de nuestro bolsillo? Si yo me tiro al Metro porque tengo mal de amores y se corta la línea hasta el levantamiento del cadáver, ¿eso lo tiene que pagar el prójimo y no mis ahorros o, en el caso de que esté sin blanca, mis hijos y mis padres?

Abascal: Ni los unos ni los otros tienen la culpa de que te hayas tirado al Metro. No estoy de acuerdo en que lo pague la familia.

Dragó: ¿Y eso lo dices tú, que tanto la defiendes? No es cuestión de culpabilidad, sino de lazos de afecto y de solidaridad emocional

entre quienes llevan la misma sangre y comen juntos el turrón de Navidad.

Abascal: Imagina un pobre padre al que se le suicida un hijo de veinticinco años... ¿Vamos a exigirle que, encima, pague el pato? Yo prefiero que sea el Estado quien le eche una mano.

Dragó: Eso es socialismo y caridad forzosa.

Abascal: Yo creo que es sentido común.

Dragó: ¿De veras? Si se produce una inundación y hay un campesino al que se le ahogan tres vacas, ¿se las pagas tú? Puedes hacerlo, claro, pero eso no es política, es beneficencia, y nadie, además, te obliga a practicarla. Las limosnas, como las propinas, si no son voluntarias, se llaman impuestos.

Abascal: Eres un enredador, Fernando. Tengo que pensar despacio en todas estas cosas que se te ocurren. Me pillan a contrapié.

Y probablemente me equivoque si las respondo.

Dragó: Yo puedo salir ahora a la calle y, si hay hielo, resbalar y romperme una pierna. Eso lo tengo que pagar yo, Santi. Y si no lo pago yo, lo pagarán mi

mujer, mi novia, mis hijos o algún amigo. No tiene por qué hacerlo un extraño. Los riesgos forman parte de la vida. Si tengo unas cuantas vacas y se me mueren, paciencia. No me parecería digno tirar de los faldones al Estado para decirle: «Papá, pupa».

Abascal: Es probable que las vacas estén aseguradas y quizá lo esté, incluso, tu pierna, pero hay gente que no puede pagar un seguro para todo.

Dragó: ¡Pues qué se le va a hacer! Yo me he encontrado a menudo en situaciones muy apuradas —en el Sáhara, en Afganistán, en Turquía, en Chile, en Mali, en Senegal, en Vietnam, en Etiopía, en Kenia, por poner unos cuantos ejemplos—, y ni se me pasó por la cabeza la posibilidad de pedir ayuda al Gobierno. Una sola vez, a decir verdad, me mordió un perro rabioso en Axum, cerca de Eritrea, y acudí a nuestra embajada en Adís Abeba para ver si podían conseguirme los medicamentos necesarios, y lo hicieron, pero los pagó mi seguro.

Abascal: Porque lo tenías.

Dragó: De no haberlo tenido, los habría pagado yo.

Abascal: No me cabe duda, pero si aquí, en Castilfrío, hay un pastor que tiene ovejas, que vive de ellas modestísimamente, que se

rompe la pierna y que no puede atenderlas, ¿vas a negarle tu ayuda?

Dragó: La mía, seguramente, no, porque al ser mi vecino le tendré aprecio, pero desde luego no intentaré convencerte de que le ayudes tú.

Abascal: Citaré a uno de tus autores favoritos: cuando están doblando las campanas, doblan por todos, ¿no?

Dragó: Pues no. Con ese razonamiento, si te tropiezas con un ludópata que sale desconsolado del casino porque se ha jugado las pestañas y las ha perdido, ¿qué haces? ¿Darle unos billetes para que vuelva a tentar a la fortuna?

Abascal : ¡Pero el pobre pastor de Castilfrío no es un ludópata!

Dragó: O sí. ¡Vete tú a saber! Igual se gasta lo que le das en vino.

Abascal: Me quieres conducir hacia posturas anarcoliberales con las que no tengo nada que ver. Vuelvo a decírtelo.

Dragó: La *alt-right*, el Tea Party, Steve Bannon... La alternativa, Santi, que vosotros, lo quieras o no, representáis.

Abascal: No. Eso es sólo una parte sesgada de lo que Vox representa. No somos anarcoliberales.

Dragó: Sí, entre otras cosas porque os sale gratis. Lo que aquí está en juego es la concepción del Estado. El Estado mamá y papá, por una parte, que es tentacular y distribuye árnica a troche y moche o, por otra, el Estado aséptico, neutro y minúsculo, que se limita a organizar lo imprescindible.

Abascal: ¿Qué entiendes por imprescindible?

Dragó: El orden público, los impuestos, la moneda, la persecución del delito, la defensa de las fronteras...

Abascal: De acuerdo en todo eso que mencionas, pero hay que ir más allá.

Dragó: O que detenerse antes, porque en algunas de esas tareas también cabe recabar la colaboración de la gente, caso por caso y casa por casa. De a uno, Santi, y no sólo de grado o por fuerza... Todos a una. Soy partidario del modelo *Far West* .

Abascal: Pero el Lejano Oeste no es la civilización.

Dragó: ¿Ah, no? ¿El Lejano Oeste no es la civilización? ¿Qué es el Lejano Oeste?

Abascal: Pues una especie de ley de la selva.

Dragó: No, no es una especie de ley de la selva. ¿Lo dices tú, que defiendes el derecho a llevar armas?

Abascal: El derecho a llevar armas lo defiende Pablo Iglesias. Yo no.

Dragó: Pues yo sí, y en todo caso tú llevas pistola, así que aplícate el cuento.

Abascal: Porque he vivido permanentemente amenazado por el terrorismo etarra.

Dragó: Sí, pero que dé un paso al frente quien no esté sujeto a la posibilidad de una agresión en el seno de una sociedad como la que nos ha caído en perra suerte. Me pregunto por qué un soldado o un policía tienen derecho a llevar armas y yo, suponiendo que sea una persona decente y en mis cabales, y que pueda demostrarlo, no.

¿También tú, como tus adversarios ideológicos, niegas el derecho a la legítima defensa? ¿Y si aquí, ahora mismo, llega una pandilla de cacos y asalta esta casa a punta de pistola? ¿No sacarías la tuya, si es que la has traído? ¿No tendríamos derecho a defendernos o mejor nos cruzamos de brazos y tiramos bengalas, en un descuido de los malhechores, para que venga la guardia civil?

Abascal: Nosotros hemos planteado que se abra una reflexión sobre la defensa del hogar cuando corra riesgos.

Dragó: ¿En qué consiste esa reflexión? ¿Admites la legitimidad de la defensa propia?

Abascal: Creo que todo el mundo tiene el deber y el derecho de defenderse. Y habrá que estudiar cómo se pueden dar más facilidades a las personas honradas para que puedan hacerlo.

Dragó: Pues eso es lo que hace un momento llamaste ley de la jungla.

Abascal: No, porque te estoy hablando de regularlo. Hay gente que tiene armas para asuntos deportivos, para cazar y para defenderse, como fue mi caso, si está amenazado o en situación de riesgo. Lo que todavía no está regulado en España es que esas armas se puedan tener en casa para proteger tu propiedad de un asalto. Y más aún debería estarlo en lugares adonde no llega el Estado para defenderte.

Dragó: ¿A ti qué te parece la Asociación del Rifle?

Abascal: Para Estados Unidos, bien.

Dragó: Allí es una institución sagrada. Defiende el más natural de todos los derechos humanos: el que se basa en el instinto de conservación.

Abascal: Ya te he dicho hasta dónde lo llevaría yo: hasta el interior de las casas.

Dragó: ¿Pero cuál es el límite? Supongo, aunque ni siquiera de eso estoy seguro, que puedo pegar un puñetazo o poner una zancadilla a quien allane con

violencia esta casa y no me pasará nada. En cambio, si tuviera, como tú, una pistola y la empuñase, incluso sin llegar a dispararla, se me caería el pelo y acabaría en la trena.

Abascal: Estoy totalmente de acuerdo contigo.

Dragó: Pues eso es, en definitiva, la Asociación del Rifle, que si es sagrada en su país, como te decía, para constante escándalo de los europeítos, lo es porque surge de la carrera hacia el *Far West*, que fue civilizadora, tendió carreteras y líneas férreas, levantó iglesias, museos, viviendas, bancos, burdeles, comisarías, e introdujo en definitiva el imperio de la ley en lugares donde ésta no existía. Y todo eso se ganó a punta de pistola porque, además de otras razones, había tribus indias que defendían su territorio con idéntica legitimidad, por cierto, a la que esgrimían las tropas federales o los propietarios de los ranchos.

Abascal:

Pero

estamos

hablando

de

una

situación

completamente ajena a la de una nación como España, donde no hay que conquistar ni que defender, de momento, ningún territorio. Y

menos aún a punta de pistola.

Dragó: ¿Ah, sí? ¿Y cómo se hizo la Reconquista que tanto admiras? ¿Con espadas de juguete?

Abascal: Fernando, yo sería el primero que recurriría a las armas, de verdad,

si fuese necesario acometer una reconquista. Pero no es el caso. Así que déjate de novelerías, por muy novelista que seas, y pisa la tierra.

Dragó: ¿No son las oleadas de pateras y de buques piratas una invasión? ¿No podemos defendernos? ¿No es una situación de emergencia similar a la de la Reconquista? ¿Cómo crees que empezó lo de Tariq, el moro Muza, Florinda y el conde don Julián?

Abascal: Sí, puede ser, pero de eso tienen que encargarse la Policía y la Guardia Civil.

Dragó: O el Ejército. Es una agresión exterior.

Abascal: E interior.

Dragó: Pues más a mi favor.

Abascal: Fernando, deja de soñar. Yo no creo que la gente, por sí sola, pueda detener la oleada inmigratoria.

Dragó: Ni yo tampoco. Sólo te estoy provocando.

Abascal: Lo sé. Y estoy con la coraza preparada. No quiero que me induzcas a decir cosas de las que luego pueda arrepentirme.

Dragó: No voy a poner en tu boca nada que te perjudique, entre otras cosas porque no vas a decirlo, pero te azuzo. Hay momentos y lugares —en Melilla, por ejemplo— en los cuales turbas de invasores saltan muros, pisotean, destruyen, lapidan, insultan, agreden, chantajea, se burlan de nosotros y nos esquilmán. ¿No cabe plantar cara a esas barbaridades?

Abascal: Sí, claro, pero para eso tenemos a la legión en sus cuarteles. Hay que utilizarla. Sería una imprudencia temeraria que la población se arrogase las funciones del Ejército para defender la frontera cuando disponemos de otros medios. A la población hay que dejarla vivir en paz.

Dragó: Estoy de acuerdo, siempre y cuando no se produzca una oleada tan masiva y agresiva que ni el Ejército ni la Policía ni la Guardia Civil puedan

con ella.

Abascal: De ser así, seríamos los primeros en animar a la población a que se sume a la defensa, pero, mientras tanto, calma.

Dragó: El Estado ha perdido el control.

Abascal: El Estado ha perdido el control por dejadez manifiesta y voluntaria frente a algo que se puede controlar. Y ante esta situación tú dirás que todos deberíamos levantarnos en armas contra el Estado.

Dragó: En armas, no. Resistencia pasiva. Detesto la violencia. Mi madre me enseñó a detestarla. Mi padre murió por ella.

Abascal: ¿Ves?

Dragó: Pero ¿tiene que existir el Estado, Santi?

Abascal: Sí.

Dragó: Pues no faltan ejemplos de países que han vivido sin él, o por lo menos sin Gobierno, y no les ha pasado nada.

Abascal: Si eres admirador de Rousseau, entiendo que no quieras que exista el Estado, pero no todo el mundo piensa así.

Dragó: Ahora eres tú quien me provoca. Soy apasionado lector, no admirador, de Tolstoi y Stefan Zweig. Lee sus últimos escritos, iluminados por la lucidez de la cercanía de la muerte. Verás lo que dicen del Estado. El primero, sobre todo. Sabes que detesto a Rousseau, inventor *avant la lettre* de la socialdemocracia y valedor del intervencionismo en su siniestro *Contrato social*, y que mi modelo es el de Voltaire: *Laissez faire, laissez passer*. Su Cándido seguiría cultivando hortalizas y el carpintero cepillando tablones sin la ayuda del Estado, pero bueno...

Abascal: Sí, y el delincuente crearía una mafia, una Camorra, una Ndrangheta, un narco-Estado, para someternos a todos.

Dragó: Eso se evita legalizando las drogas.

Abascal: ¡Ya estamos! No das puntada sin hilo.

Dragó: Pues en el caso que dices ya se defenderá *motu proprio* la sociedad, como lo hizo frente a uno de nuestros sempiternos reyes felones el Dos de Mayo, y a otra cosa.

Abascal: ¿Y cómo lo hará? Pues organizando otro Estado, ¿no?

Dragó: ¿Eso es lo único que se te ocurre para defender a la gente? Hay al menos otra posibilidad, sólo que es aún más dañina: repescar el Estado anterior. Es lo que sucedió tras la derrota bonapartista en nuestra Guerra de la Independencia. Punto y aparte, Santi. Paso a otro asunto... ¿Por qué decimos *prisión permanente revisable* y no *cadena perpetua* ?

Abascal: Porque quienes lo dicen se andan con mil complejitos y a todo le ponen un eufemismo. En Vox lo llamamos *cadena perpetua* , sin posibilidad de revisión ni de libertad provisional ni de remisión de pena. Hay personas que deben pudrirse entre rejas.

Dragó: Deduzco de ello que no eres entusiasta del garantismo judicial. Yo tampoco. Pero ahora sí que voy a ponerte en un aprieto:

¿qué piensas de la pena de muerte?

Abascal: Que es una tautología. Si hay muerte no hay pena y si hay pena no hay muerte.

Dragó: Esa respuesta es un sofisma y no me vale.

(Risas.)

Abascal: Se la escuché un día a Gustavo Bueno y estaba esperando el momento oportuno para soltarla.

Dragó: Pero Gustavo Bueno, como filósofo heredero de las tradiciones griegas, también era un sofista. Aquí, en Europa, es una herejía mentar la pena

de muerte cuando, en cambio, si hablas con la gente sin que haya un encuestador delante, descubres que hay muchísimos partidarios de ella.

Abascal: Si un malhechor violase a mi hija, yo mismo lo mataría.

Pero entiendo que el Estado me lo impida.

Dragó: ¿Y si no lo hace?

Abascal: Pues tendré que pagar por mi delito, pero lo que quiero decir es que, en mi opinión, y con ella me escurro de tu aprieto, el Estado no debe ejecutarle, sino encerrarle para siempre. Y, puesto el reo ante esa circunstancia, yo entendería que prefiriera la muerte.

Dragó: Ésa es la ley del ojo por ojo.

Abascal: Será lo que quieras, pero el hombre necesita controles.

Dragó: Te voy a decir algo que te horrorizará. Soy defensor de los duelos. No de los que se refieren a un difunto, sino de los desafíos entre dos hombres de honor librados en presencia de testigos garantes de que se cumplan las reglas. El duelo es un pacto privado entre adultos y, por lo tanto, me parece legítimo. Igual que si ahora reto a Kiko a jugar al ajedrez y le propongo que apostemos mil euros. No os sulfuréis. Ya sé que la comparación es hiperbólica, pero en cierto modo viene a ser lo mismo. No entiendo por qué hay que prohibir los duelos.

Son una válvula de escape.

Abascal: ¿Como la de tu aorta?

(Risas.)

Dragó: No. Ésa es el paso de las Termópilas.

Abascal: Yo creo que no hay que prohibirlos. ¿Para qué vas a prohibir algo que no quiere hacer nadie?

Dragó: Que te lo has creído. Conozco a muchísimas personas que estarían encantadas de defender su honor, o el de su mujer, o el de su hija...

Abascal: Sí, yo también.

Dragó: Sin ir más lejos, tu estrecho colaborador Kiko Méndez-Monasterio no oculta su admiración por los duelistas, pero tú, Santi, tienes miedo de perder votos si la confiesas. Recuerda, además, que no todos los duelos eran mortales. La mayor parte de ellos era de los llamados *a primera sangre*. Una pamema, en definitiva.

Abascal: No, si a mí me encantan los duelos, pero sólo como en las pelis de John Wayne. Y en ellas sí que tiran a dar.

Dragó: ¿Ves? Y no pasa nada. La vida sigue.

Kiko: Pero se perdía a los mejores. Los cobardes no se batían en duelo. Sólo lo hacían los valientes.

Dragó: Si es por eso, también en las guerras pueden morir los mejores.

Kiko: Yo sí entiendo que se pueda preferir la muerte al deshonor.

Abascal: ¿De verdad preferís mataros antes de que vuestra honra quede mancillada?

Dragó: Es un asunto estrictamente privado. Tan privado como hacer el amor con tu mujer. Dos personas mayores de edad y en su sano juicio deciden resolver sus diferencias pistola en mano. Allá ellas,

¿no?

Abascal: Pues si es privado, ya está. Haced lo que queráis con tal de que no nos enteremos los demás. No lo hagáis en público.

Dragó: Tú comparaste antes la ley del *Far West* con la de la jungla. Pero allí sólo era legítimo desenfundar el revólver cuando el contrincante lo hacía. Si te adelantabas, la defensa propia se convertía, a los ojos de la ley, en asesinato.

Parece bastante razonable, ¿no?

Abascal: Parece razonable si alguien te ataca. Y aun así... Tú puedes tener las armas, la rapidez de reflejos y la preparación requeridas para defenderte a solas, pero a tu lado vivirá un vecino que no tendrá nada de eso y que necesitará al Estado para que le proteja.

Dragó: Te planteo todo esto a modo de paradoja. Ironía y mayéutica socráticas, *sheriff*. Me inquieta que los sistemas políticos, como sucede en Europa, se conviertan en regímenes ideologizados.

Ésa es la raíz del totalitarismo. Sucede, por ejemplo, ya que hablamos de eso, en lo relativo a la pena de muerte. Yo, respecto a ella, no tengo las ideas tan claras como las tenía el bueno de Gustavo Bueno, que tanto honor hacía a su apellido. Redundancia intencionada, no vaya a ser que me la quiten los correctores de pruebas. No sé si estoy a favor o

en contra de la pena capital, pero muchas naciones, y entre ellas algunas tan civilizadas como Japón, la admiten sin que nadie rechiste y la aplican sin pensárselo dos veces. La Unión Europea, en cambio, la ha convertido en tabú. Eso es ideología y, a mi juicio, el Estado no tiene por qué hacerla suya.

Abascal: Pero también hay una ideología en Estados Unidos favorable a la pena de muerte. Son distintas maneras de afrontar un problema. ¿Qué hacemos con los culpables de delitos mayores? El sentido común me dice que es mejor encerrarlos de por vida que matarlos. Defiendo la cadena perpetua y me indigna que ahora se refieran a ella como revisable. Cualquier pena es revisable, salvo si te has cargado al reo.

Dragó: El argumento principal contra la pena de muerte es que puede imponerse, por error policial o judicial, a un acusado inocente.

Y eso es, al pie de la letra, lo que sucede con los abortos, que Europa no sólo consiente, sino que alienta, y que son una estremecedora variante de la pena capital. Pero en fin... No nos metamos en arenas tan movedizas. Tú, Santi, asignas al Estado funciones que a mí me parecen intromisiones, cuando no descaradas e intolerables extralimitaciones. Por ejemplo: ¿qué te parece que haya cámaras de vídeo por todas partes? Acabarán poniéndolas en nuestro

ombbligo o incluso, ya puestos, un palmo más abajo. En teoría están para defender a la población, pero también, y yo diría que sobre todo, para controlarla.

Abascal: No lo tengo claro. ¿Tú qué opinas?

Kiko: Un momento, un momento... Que no se nos quede lo del aborto en el tintero.

Dragó: Ya hablamos ayer de eso...

Kiko: Sí, pero no agotamos el tema, que es crucial, aunque muy conflictivo.

Abascal (*dirigiéndose a Dragó*) : Tú, por ejemplo, dado el radicalismo de tu postura antiabortista, de la que siempre has hecho gala, quizá no pienses que hay que ayudar a las mujeres sujetas a embarazos no deseados. Nosotros, sí.

Dragó: Te equivocas. Y yo también. Líbreme Dios de criminalizar a las que abortan. No pretendo meterlas en la cárcel. Lo que digo es que los niños deben nacer y que el Estado o, en su ausencia, cualquier

persona o institución privada tiene el deber moral de hacerse cargo de ellos cuando las madres no puedan o no quieran pechar con esa responsabilidad.

Abascal: Pero de esa forma ayudas al niño, no a la mujer.

Dragó: Porque la víctima es el niño, no la mujer.

Abascal: Los dos son víctimas. El aborto también es malo para ella.

Dragó: Entonces, aunque no siempre, también lo es el padre, que pierde a su hijo. Resulta curioso que rara vez se dé vela al varón en ese entierro.

Abascal: Antes, no, pero ahora, con el descrédito de los valores morales y modas como las del botellón o las quedadas, muchos embarazos son episódicos, casuales, caprichosos, y se producen fuera del ámbito de la pareja. Eso explica, en parte, la elipsis del varón a la que te refieres.

Dragó: Sí, pero la etiología del fenómeno es mucho más vasta y de raíces más profundas y difíciles de extirpar. El discurso del neofeminismo, que muchos hombres, desmoralizados, suscriben y las mujeres ni te digo, sostiene que el mundo lleva milenios instalado en esa entelequia que las madres superiores, las novicias, los varones domados y los monaguillos de LGTBI y no sé cuántas consonantes más llaman *cultura heteropatriarcal* .

Kiko: Ve añadiendo tu famosa *p* de *pansexual* ...

Dragó: Añadida queda, y las que vendrán hasta llegar a la *z* .

10

Donde se habla del patriarcado y del

matriarcado, del socialismo, del cristianismo, del igualitarismo, de los

progres y de la poesía Dragó: Nací, decía, hace la friolera de ochenta y dos años en una típica familia de clase media tirando a alta, y tengo la impresión de que toda mi niñez, y mi adolescencia, y mi juventud, y buena parte de mi edad madura, han transcurrido en una sociedad dividida al 50 por ciento entre lo patriarcal y lo matriarcal. La mujer mandaba en casa y el hombre fuera de ella, lo que me parece una forma bastante sensata de organizar la vida. Mi padrastro, por ejemplo, entregaba su sueldo íntegro a mi madre. Y mi madre lo administraba y le daba un poco de *argent de poche* para sus gastos. Manda en la sociedad quien manda en la cocina y controla el dinero. Luego llegó el igualitarismo, y a su socaire, por contradictoria que esa metamorfosis contra natura resulte, se impuso la discriminación positiva, la sustitución del sexo por el género y la ley de violencia de éste que sólo Vox se atreve a impugnar...

Abascal: Mira, Fernando... Que la gente se organice en su familia como le dé la gana. El feminismo supremacista y la ideología de género son malos para todos, pero lo son en especial para las mujeres.

En esto, no, pero en otras muchas cosas podrías ser portavoz del partido.

Dragó: Frena, frena, aunque no sé por qué precisamente en eso, no. Mejor nombras a Kiko, o incluso a Emma, que es chica y enjuagará un poco vuestro supuesto, y nunca demostrado, machismo. Hasta aquí, la de cal, Santi. Ahora,

la de arena... ¿Hablábamos de igualitarismo? Pues el socialismo que lo predica, del que tú, como yo,

te desmarcas, es una secta del cristianismo. Lo dicen muchos historiadores y pensadores de peso. Toynbee, por ejemplo. Y tú, que eres tan cristiano...

Abascal (*interrumpiendo*) : Siempre que te refieres a mí, subrayas la palabra *tan* . Sí, soy católico y cristiano, pero no *tanto* como crees.

Dragó: Es una forma de hablar. Admitida la protesta... Te decía que el socialismo es una secta atea del cristianismo. O sea: una herejía, como tantas otras. Ha habido muchas en la cristiandad. Esa tendencia a la atomización también es propia de la izquierda. Mira a los de Podemos. Los emperadores de Roma, hasta que llegó Constantino, perseguían a los cristianos porque eran prepodemitas y querían socavar el Imperio, como ahora quieren los del Coletas socavar el sistema.

Abascal: Y la Hispanidad.

Dragó: Cierto.

Abascal: Has dicho que el socialismo es una herejía del cristianismo, ¿no? Pues ya está. Lo acepto. Yo no soy un hereje. Soy un católico cabal. ¿Adónde quieres llevarme?

Dragó: A que cobres conciencia de que sólo el cristianismo en la historia de la humanidad se ha atrevido a proponer algo que a mí me parece delirante: el igualitarismo.

Abascal: Depende de cómo lo mires. La parábola de los talentos es poco igualitaria.

Dragó: Pero eso es anterior al cristianismo. Viene del Antiguo Testamento y de otras tradiciones religiosas. Las que postulan el karma, por ejemplo. ¿Tú eres católico o cristiano? Porque hay que escoger, Santi. Son cosas distintas. El catolicismo es pagano. La prédica de Jesús saltó, de hecho, de Jerusalén a Roma, y allí se paganizó.

Abascal: Todo lo que estás diciendo me interesa mucho y da por seguro que lo escucharé con atención, pero no lo debatiré. ¿Por qué dices que el catolicismo es pagano?

Dragó: Te lo explico cuando quieras. Ahora no. Estamos en otra cosa. *Age quod agis*, decían, precisamente, los paganos. O sea: haz lo que estás haciendo, céntrate en lo que haces... Y el zen: cuando como, como; cuando duermo, duermo.

Abascal: Muy bien. Pospuesto. Pero tú defiendes las raíces cristianas de la nación española.

Dragó: Ya te lo dije. Admito, como lo admitía Ortega, que nuestro principal elemento de cohesión a lo largo de los siglos ha sido la religión cristiana. O, mejor dicho: la católica.

Kiko: ¿Cómo diablos —nunca peor dicho— hemos acabado hablando de esto?

Abascal: Vete a saber. El diablo que invocas es Dragó.

Andábamos a vueltas con el aborto, el feminismo, la sociedad heteropatriarcal y todo eso hasta que se descolgó con lo del socialismo y el cristianismo.

Dragó: Y se nos fue el santo al cielo.

Kiko: Era de esperar...

(Risas y un largo silencio.)

Emma: ¿Queréis un café?

Abascal: Yo sí.

Dragó: Y yo Coca-Cola.

Kiko: ¿Coca-Cola tú?

Dragó: Sí. Me avergüenzo. Llevaba años sin probarla, pero hace unos días me

enredó nuestra gentil transcriptor.

Abascal: Versión posmoderna de lo de Eva y la manzana.

Dragó: Pues sí... De hecho, como podéis ver, tiene un Apple.

(Risas.)

Abascal: ¿Te interesa la política, Emma? ¿Qué piensas de Vox?

Dragó: ¿Ella? ¡Pero si es más de derechas que tú!

Abascal: ¿Sí? Pues yo la veo tirando a rojilla. ¿Qué te parecemos, Emma?
¿Una peña de fachas?

Dragó (a Emma) : Graba, graba, que esto me interesa.

Abascal: Deja que hable ella. ¿Cuáles son tus ideas, transcriptor?

Dragó: O relatora. Últimamente parece como si le hubieran lavado el cerebro. Ya no sé si es tan de derechas como parecía. Y

contigo, Santi, me pasa lo mismo.

Abascal: Nada. Que no te deja hablar, Emma. Parece tu representante. Luego charlamos un ratito tú y yo ya a solas, de facha a progre.

Emma: ¿Progre yo? Te equivocas.

Kiko: Lo dice porque te ha pillado citando en Twitter unos versos de Luis García Montero.

Emma: ¿Me espiáis?

Abascal: Cuando tu jefe te trajo a un almuerzo poco antes del mitin de Vistalegre miré tu perfil.

Emma: Me gusta cómo escribe García Montero, que ahora se ha metido, el pobre, a burócrata con lo de presidir el Instituto Cervantes, pero nada más.

Kiko: ¿Te interesa la poesía? Yo creo que deberíamos leer a Gabriel y Galán.

Emma: La poesía es lo que más me interesa en el mundo...

¿Gabriel y Galán, decías? «¡Quiero vivir! A Dios voy, / y a Dios no se va muriendo, / se va al oriente subiendo / por la breve noche de hoy. /

De luz y de sombras soy / y quiero darme a las dos. / ¡Quiero dejar de mí en pos / robusta y santa semilla / de esto que tengo de arcilla, / de esto que tengo de Dios».

Abascal: ¡Te lo sabes de memoria!

Emma: Sí.

Abascal: ¡Pero entonces eres cristiana!

Emma: No.

Abascal: Al menos crees en Dios...

Emma: Tampoco. Dios es una metáfora. Yo lo veo todo a través de la poesía.

Abascal: Bueno, bueno... ¿Pero estás de acuerdo con nosotros?

Emma: ¿Con Vox? A ratos. Con todo, no.

Abascal: Yo tampoco estoy de acuerdo con todo lo que digo. Ya sabes que soy un poco unamuniano.

Dragó: Un mucho, un mucho, Santi... Mirad qué mensaje acabo de recibir: «Rivera es tonto y además está sentenciado». Y hay otro:

«Una expresión francesa dice que hace falta recular para saltar mejor.

Eso es lo que hace Vox». Chúpate ésa, Santi.

Abascal: ¿No habíamos quedado en que no tienes WhatsApp?

Dragó: Y no lo tengo. Eran SMS.

Abascal: ¿De quién?

Dragó: Ni idea.

Abascal: No sé, Fernando. Hay cosas en este diálogo que no entiendo. Ya te lo he dicho. Eres demasiado imaginativo y libertino para mí, que soy de pueblo...

Dragó: Y al pueblo hablas en tus discursos y también en este libro, que leerán, en teoría, no sólo quienes leen libros, sino también quienes no lo hacen. Su interés, si es que lo tiene, no se limita a lo meramente literario.

Abascal: Me descolocas. ¿Ves? A Emma la hacía de izquierdas.

Me formo ideas equivocadas.

Emma: En mi caso, desde luego.

Dragó: *Rara avis*, Santi, esta criatura, considerando su edad.

Recién salida del cascarón. Pero si fuese de izquierdas, no le habría permitido asistir a este conciliábulo, no fuera a ser que se lo chivatease a sus compinches antes de la salida del libro.

Abascal: ¿Y tú eres de derechas, Fernando? Ya no sé qué pensar.

Siempre nos has defendido, pero...

Dragó: Ortega, una vez más, decía que ser de derechas o de izquierdas es una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil y un hemipléjico moral.

Abascal: Es evidente que, en muchos temas de nuestro tiempo, por utilizar una expresión de Ortega, la actualidad ha dejado atrás esa vieja división, pero de izquierdas, desde luego, no soy.

Dragó: No, Santi. Tú eres un hombre que llega a la política, de igual modo que lo hacen tus adversarios y tus futuros aliados, sépanlo o no, cuando ser de derechas o de izquierdas ya sólo es taxonomía arqueológica mordisqueada por las polillas. Hablar de esa estéril dicotomía, que viene de la Revolución francesa y prescribió al caer el Muro de Berlín, es como sacar a relucir la pugna entre los güelfos y los gibelinos o la guerra entre los romanos y los cartagineses.

11

Donde Dragó define a Abascal y se habla de los misterios y abusos de la democracia, de la Ley Electoral, del derecho a decidir, de la

Constitución, de los parlamentos, del

autoritarismo y el totalitarismo, de Franco y otra vez de Abascal

Abascal: ¿Así que no soy o no te parezco de derechas? ¡Pues hale, sabelotodo! Prueba a definirme.

Dragó: Con gusto... Eres un conservador, pero cristiano. Yo también, pero pagano. Y, sobre todo, eres Vox: un movimiento transversal de sensatez que se planta frente a los tirios y los troyanos en un país que la ha perdido.

Abascal: ¿Somos, entonces, tú y yo correligionarios?

Dragó: ¡Hombre! En el sentido literal de la palabra, no, pues la religión es precisamente una de las fronteras que nos separan. Pero en lo que a la política se refiere...

Abascal: En la política no juega ningún papel la religión, así que asunto resuelto.

Dragó: Me alegra saber que no eres teocrático.

Abascal: Dejo eso para el islam. La democracia es laica por definición. El pueblo no es divino. Que cada uno escoja la religión que quiera. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Dragó: Sobraría. Tuya es aquí la única *Vox*, Santi. La mía está en *off*.
¿Seguimos? Ya no sé de qué estábamos hablando...

Abascal: Del Lejano Oeste, del paganismo, del cristianismo...

Dragó: Tú, que eres político, aunque lo seas a regañadientes, ¿me puedes explicar uno de los misterios de la democracia? El lío ese de la ley d'Hondt... Los profanos no lo entendemos. Eso de que los votos de las personas no pesen lo mismo convierte la supuesta democracia representativa en meramente participativa. Otro truco del almendruco, ¿no?

Abascal: El problema no es la ley, sino el tamaño de las circunscripciones. Un partido con dos millones de votos dispersos puede tener menos diputados que uno que los tenga concentrados en una provincia. Por eso hay que establecer mecanismos de corrección mirantes a que exista una sola circunscripción nacional.

Dragó: Un hombre, un voto. Punto. Y en función de los votos se distribuyen los escaños a rajatabla. Eso es lo que yo desearía. Y otros muchos, también.

Abascal: En las elecciones europeas es así: un hombre, un voto.

Dragó: A mí, después de una jornada electoral, me interesa más el número de votos que el de escaños, pero los periodistas se empeñan en lo contrario. Eso va contra la esencia misma de la democracia.

¿Cambiaríais vosotros la ley electoral?

Abascal: La haríamos más representativa para que los partidos nacionales no resulten perjudicados por los separatistas, cuyos votos están más concentrados.

Dragó: Si sólo es por eso... Sería una medida innecesaria, ya que no escondéis vuestra intención de conseguir que todas las formaciones explícitamente separatistas se declaren fuera de la ley.

Abascal: Tienes razón, pero hasta que lo segundo no suceda...

Dragó: ¿Qué es la democracia militante? He escuchado a menudo esa expresión, siempre en boca de los antisistema y de la izquierda facha, pero no acabo de entenderla.

Abascal: A mí no me la escucharás. Quienes se la han sacado de la manga o, mejor dicho, de sus capuchas y puños americanos son los que pretenden destruir la democracia permitiendo el voto de quienes no creen en ella y recurriendo a la violencia callejera.

Dragó: Varios meses después de la muerte de Franco escribí y envié una carta a algunos líderes políticos recabando el derecho de quienes queríamos permanecer fuera del sistema a irnos a vivir a un pueblo abandonado, a una especie de reserva apache... Si nos

conectábamos a la luz, la pagábamos. Y si no, no. Y así con todo. Nadie me respondió.

Abascal: Eso es el derecho de autodeterminación.

Dragó: No. Es el derecho a organizar mi propia vida. Si no me desplazo en coche, ¿por qué tengo que financiar las autopistas? ¿Y qué me dices de la Constitución? ¿De verdad es necesaria? Hay países que no la tienen. El Reino Unido, por ejemplo.

Abascal: Pero tienen normas consuetudinarias que, escritas o no, funcionan como una Constitución. Y hay tribunales que dictan leyes. En cualquier caso, tiene que haber una norma fundamental y común a todos. Escrita o no escrita. La Constitución debe incluir mecanismos de reforma, como el de las enmiendas en Estados Unidos, y partes sacralizadas y por ello inalterables. ¿Cuáles? Muy pocas: la unidad del país, el acatamiento de sus leyes, la igualdad ante ellas y el respeto a la libertad de las personas.

Dragó: Una vez leí que Italia y España son los países que más códigos y leyes tienen: penales, civiles, administrativas, mercantiles, militares, municipales... El que menos tiene es Alemania. Y la diferencia es abismal. De centenares, en el caso alemán, a miles, en el español.

Abascal: Aquí la religión política es el constitucionalismo a ultranza. Parece

como si todos los ciudadanos tuviésemos que ser catedráticos de Derecho Administrativo. Vivir en España, con todos los cruces de competencias que existen y el laberinto de legislaciones que las acompañan, exige un nivel de información y especialización que no está al alcance de casi nadie.

Dragó: Yo, por ejemplo, no lo tengo, ni lo tiene nadie en mi familia. Ésa es una de las variantes del despotismo. Te obligan a ser contable, notario, registrador, gestor chupatintas, picapleitos, qué sé yo... ¿Hay alguna persona corriente y moliente que sepa hacer la declaración de impuestos?

Abascal: Muy pocas. Yo no sabría. Es endiablada. Me la hacen.

¿Y tú, Emma?

Emma: ¡Sí, hombre! En eso voy a perder el tiempo... Soy de letras. Pero creo que, si llamas a no sé qué teléfono de la Agencia Tributaria y explicas que eres un *pringao*, te hacen la declaración.

Dragó: Ya, después de no sé cuántos días de espera y horas de cola. Lo de siempre: el administrado al servicio de la Administración.

¡España!

Abascal: No te metas con ella. Ya la cambiaremos.

Dragó: Hay que entrar con tijeras de podar en la frondosidad y viscosidad administrativas. ¿Cuál es, a tu juicio, la actividad fundamental de los parlamentos, Santi?

Abascal: Legislar.

Dragó: Y legislar. Y legislar. Y legislar *ad infinitum*. Los políticos, en cuanto detectan un vacío legal, se apresuran, aterrorizados, a colmarlo. No entiendo esa actitud. Los vacíos legales son pulmones que permiten el dinamismo de la sociedad. Ésta, sin ellos, se paraliza. La democracia, entendida así, es una especie de Saturno que devora a sus hijos y luego los vomita en forma de leyes.

Abascal: Sí, pero también es verdad que a los regímenes totalitarios les basta con un manejo de leyes para arreglar cualquier problema, porque, en ellos, todo lo que no está permitido está prohibido.

Dragó: ¿Quién establece la línea divisoria entre los partidos democráticos y los que no lo son?

Abascal: Los mecanismos de reforma.

Dragó: Ya estamos. Eso es una petición de principio.

Abascal: La democracia no consiste sólo en votar. Exige, además, que haya separación de poderes y que se apliquen y respeten las leyes. Si no dispones de esos mecanismos de protección puedes abrir las puertas y dar cuartel a partidos antidemocráticos que generen una dictadura.

Dragó: ¿Qué opinas de Bolsonaro? No tengo pruebas de lo que voy a decir y ni siquiera lo digo como una crítica, pero tengo la impresión de que no es demócrata y de que, en el fondo, aunque disimule, preferiría un régimen autoritario.

Abascal: *Autoritario es distinto a totalitario .*

Dragó: ¿Lo dices pensando en Franco?

Abascal: Haré como que no te he oído... Es posible que Bolsonaro no sea un demócrata de pata negra, pero acepta la democracia, se apoya en ella y no rompe su tablero. A mí no me importaría votarte a ti, aunque prefieras un régimen de autoridad,

como se desprende de tus preguntas, porque estoy convencido de que jugarás limpio y respetarás las leyes que te han dado la posibilidad de acceder al poder.

Dragó: Ahí vamos. Me irrita la falsedad y el automatismo de los pares de opuestos que la politología construye. Uno de ellos, al que todos los tertulianos suelen recurrir con alegre desparpajo y mecánica sustantivación de adjetivos, es el que distingue entre los demócratas y los violentos. ¡Como si

todo se redujera a esas dos posturas! No ser demócrata no equivale a ser un facha. Y hay, incluso, regímenes abiertamente autoritarios que cuentan con el apoyo de la población.

Con Franco, sin ir más lejos, pasaba eso. A mí, que estuve en la cárcel varias veces y en el exilio más de seis años, me escandaliza la frivolidad con la que se trata el período de Franco. Tuvo sombras, pero también luces. No fue un régimen totalitario, aunque sí, desde luego, autoritario.

Abascal: Yo no lo viví, pero se lo he oído decir a muchos que sí lo hicieron.

Dragó: ¿A tu padre, por ejemplo?

Abascal: Sí, pero de modo muy vago, sin descender a detalles, aunque a él, curiosamente, a causa de un pequeño altercado en una discoteca, le abrieron un consejo de guerra y le condenaron a seis meses. Y eso que era hijo del alcalde de Amurrio. Franquista, claro, como todos entonces. ¡Para que luego digan!

Dragó: ¿Exhumarías a Franco?

Abascal: No. Hay que dejar a los muertos en paz. A todos. Sacar a Franco de su tumba sin el consentimiento de la familia me parece un atropello. Ese proyecto es sólo un factor de confrontación política, ajeno a la sociedad, que se preocupa por otras cosas.

Dragó: En aquella España, si no te metías en política, la política no se metía contigo y te dejaban vivir en paz, precisamente porque había muy pocas leyes y escasísimos medios materiales para aplicarlas. La cárcel de Carabanchel, por ejemplo, en la que pasé, como sabes, diecisiete meses divididos en cuatro tandas, era como un colegio mayor, pulcro y ordenado. No había mazmorras en las que se azotase a los presos. Y ahora cuentan mentiras que se creen a pie juntillas quienes no habían nacido. De todo eso hablo a fondo en el segundo

volumen de mis memorias, que se subtitula *Los años guerreros* y cubre desde 1952 hasta 1964. Saldrá el próximo otoño.

Abascal: Te la vas a ganar, Fernando.

Dragó: Pues sí... Me la voy a ganar, pero tengo la piel curtida.

Abascal: Lo importante, con embustes o sin ellos, es que cada uno opine del pasado lo que le venga en gana. También en Vox habrá personas que tengan una determinada opinión de la Guerra Civil o de la República y habrá otras que tengan la contraria. Por eso nos opondremos siempre a cualquier intentona de imponer leyes totalitarias al libre albedrío de la memoria.

Dragó: ¿No crees que en el mundo de hoy se abre paso la añoranza de regímenes de autoridad en los que el jefe del Gobierno se convierta en una especie de papá? Yo percibo en todas partes, no sólo en España, esa nostalgia latente. A mí, por ejemplo, no me interesan las tareas políticas y por eso descargo con un suspiro de alivio ese trajín en quienes tienen la gentileza de pechar con él. Si hay que votar, pues qué le vamos a hacer... Se vota, aunque yo no suela hacerlo. Pero a partir de ese instante me lavo las manos. Que no me pidan más.

Abascal: ¿Votarás esta vez a Vox?

Dragó: Sí. En situaciones de emergencia me avengo a votar, aunque lo haga arrastrando los pies, y ésta lo es. Te doy mi palabra.

Abascal: ¿Sabes una cosa? Te sorprenderá... Yo tampoco tengo vocación política.

Dragó: ¡Vaya! Pues llevas años en ella.

Abascal: Tengo vocación de guarda forestal. Y de estar en el monte. Eso es lo que me gustaría. Y pasar más tiempo con mi familia.

Y tener un trabajo tranquilo. Si me meto en política es para que no se metan otros.

Dragó: Actúas por altruismo.

Abascal: No, no... No es eso. Al contrario: lo hago, en cierto modo, por egoísmo. Doy un paso al frente para evitar que otros vengan a arrebatarnos lo que es nuestro.

Dragó: Ya. En defensa propia. Pero hay individuos como yo que, con miedo o sin él, no servimos para la política, porque nos aburre. Ya te lo dije.

Abascal: A mí también me aburre. De verdad.

Dragó: Tomo nota. Y ahora, para aburrirnos del todo, vamos con el eterno problema de la educación. Un drama, ¿no? Nuestra eterna asignatura pendiente. En estos momentos, digan lo que digan, el nivel cultural del español medio es inferior al de hace cincuenta años.

Abascal: ¿Por qué?

Dragó: Yo no soy pedagogo, pero estudié un bachillerato ejemplar: el de don Pedro Sainz Rodríguez, hombre cultísimo, bibliófilo, *gourmet* de campanillas, ministro de Franco, exiliado luego en Estoril, consejero de don Juan y un etcétera de aquí a Jerusalén.

Todo un personaje. En su plan de estudios no había separación entre ciencias y letras. Ese divorcio siempre me ha parecido un dislate. De la misma manera que lo ideal en el seno de una familia es que haya un padre y una madre, que van a transmitir al hijo cosas diferentes, lo ideal también es que una persona en su etapa de aprendizaje reciba instrucción de ciencias y de letras.

Abascal: ¿Hasta qué edad?

Dragó: En aquellos tiempos, hasta el examen de Estado, después de siete años de bachillerato. Y luego, si de verdad tienes voluntad de estudio, la carrera universitaria.

Abascal: Sugieres que se imparta una educación general y común a todos, sin compartimentos ni especializaciones, hasta una determinada edad.

Dragó: Por supuesto. La cultura, si no es general, no es cultura.

Estudié siete años de Latín, otros tantos de Gramática y de Matemáticas, uno de Preceptiva Literaria, tres de Historia de la Literatura, cinco de Francés, cuatro de Inglés y de Filosofía, dos de Griego, tres de Ciencias Naturales, Física, Química, y todo así.

Abascal: ¿Y de Historia de España?

Dragó: Siete. Y siete también, pásmate, de Religión. Si de mí dependiera, volvería a implantar ese bachillerato.

12

Donde se habla del PP, de Podemos, de la

natalidad, de los organismos internacionales, del federalismo, del euro, de la inmigración ilegal, de los antisistema y de los pecados

capitales de los españoles

Kiko (*sin venir a cuento*) : Perdonad si os interrumpo, pero olvidé deciros que ayer publicó Leguina una *tercera* de ABC elogiándonos y poniendo las cosas en su sitio respecto al cordón sanitario con que algunos quieren aislar a Vox...

Dragó: Sería un tantazo que fichaseis a Leguina.

Abascal: ¡Y dale con Leguina, Fernando! Sí, sería muy bueno para nosotros, pero no tengo mucho contacto con él. Nos daría ese toque de transversalidad que busca Vox para llegar a gentes que han votado opciones muy distintas. En cambio, la incorporación de antiguos miembros del PP daría la impresión de que somos el PP

auténtico. Y no lo somos.

Dragó: Yo creo que es el PP el que va hacia Vox.

Abascal: Vox no es una escisión del PP. Es algo nuevo.

Dragó: De todas formas, es significativo el proceso de ósmosis inversa en el que está inmerso el PP de Casado. Su programa se solapa con el vuestro. Os imitan.

Abascal: Sí, intentan copiarnos, pero se quedan cortos. Su vuelo es gallináceo. Sus propuestas son más tímidas y mucho menos radicales que las

nuestras. Lo que Casado se atreve a plantear un día, al siguiente lo matiza y lo recorta, o incluso lo retira, porque la vieja guardia se le revuelve.

Dragó: Que eso siga siendo así o no depende de los réditos electorales.

Abascal: Yo creo que el PP irá perdiendo apoyo poco a poco.

Dragó: Yo también lo creo.

Abascal: Ha entrado en una crisis de la que le costará salir.

Dragó: Eso vale también para el PSOE. El bipartidismo está destinado a ocupar cada vez menos asientos en el hemiciclo. El mapa político español va a cambiar de arriba abajo. Todos los partidos, menos el vuestro, reculan.

Abascal: Esperemos que no lo hagan para saltar, como decía de nosotros quien te envió el SMS.

(Risas.)

Abascal: La tarta es la que hay: cuarenta y siete millones de españoles a repartir. Cuando hay un partido que irrumpe y consigue votos procedentes de todos los sectores de la sociedad, el resto de los partidos bajan. Eso está haciendo Vox de forma acelerada.

Dragó: Pero al principio habrá gente que se resista a votaros. Se producirá un socavón: el de los votantes huérfanos. ¿Quién lo va a ocupar? ¿La abstención? No creo que surja en el ámbito de la izquierda un partido nuevo. Su acuífero se está secando.

Abascal: Quieres decir que hay gente que ha dejado de votar a esos partidos, pero que todavía no nos vota.

Dragó: Exacto.

Abascal: Lo que podría ocurrir es que aumente un poco la abstención, pero yo tampoco creo que surjan otros partidos para recoger esos votos.

Dragó: De ser así tendréis por delante toda la pradera.

Abascal: No sé, entre los viejos partidos, cuál será el que salga mejor librado.

Dragó: Podemos, desde luego, no.

Abascal: Cuanto más tiempo esté Pablo Iglesias a su frente, peor le irá.

Dragó: Se está desgarrando en flecos, como le pasa siempre a la izquierda.

Abascal: Galapagar será la tumba del podemismo. Si su inquilino no hubiese proclamado a bombo y platillo que siempre viviría en el mismo lugar o en el mismo barrio, la mudanza al caserón no le habría hecho tanto daño. Se equivocó por exceso de demagogia.

Dragó: Y ahora, encima, va a pasar varios meses en la retaguardia. Es curioso que lo haga en una etapa crucial para el futuro del país y de su partido.

Abascal: A mí también me llama la atención ese enroque, sobre todo siendo el secretario general de su partido. Yo no lo haría.

Buscaría ayuda familiar o lo que fuese. No quiero inmiscuirme en un asunto tan privado, pero creo que el liderazgo político exige más entrega a la servidumbre del interés público. Retirarse tres meses me parece un gesto de irresponsabilidad.

Dragó: Begoña Villacís, que en estos momentos es la candidata con más posibilidades de convertirse en alcaldesa de Madrid, está embarazada, pero parece decidida a aguantar el tirón.

Abascal: Si yo hiciese en Vox lo que ha hecho Pablo Iglesias, no sé lo que pasaría.

Dragó: El partido caería en picado. Y tú con él. No lo entenderían ni sus militantes ni sus votantes.

Abascal: Yo, desde luego, saldría tocado.

Dragó: Tocado, no. Malherido.

Abascal: ¿De verdad crees que Begoña va a ser alcaldesa?

Dragó: Sí, aunque todo, más que nunca, está en el aire. ¿A quién presentaréis vosotros?

Abascal: Aún no está decidido. Lo haremos público en el último momento.

Dragó: ¿De verdad?

Abascal: De verdad.

Dragó: ¿Factor sorpresa?

Abascal: No. Convicción de que quien lo vote estará votando a Vox y no sólo a él. Hemos llegado a un punto en el que no necesitamos fichar a estrellas. Somos un partido mucho menos personalista de lo que la gente cree.

Dragó: Ya que ha salido a relucir de costadillo el embarazo de Begoña Villacís, lo aprovecho para preguntarte por tu acendrada defensa de la natalidad. Te confieso que me sorprende y que no la

comparto. Soy bastante malthusiano. Creo que el origen de muchos de los males que afligen a la humanidad es el exceso demográfico. Me agobia salir de casa. Todo está lleno. La Gran Vía, los cines, los teatros, los museos, los restaurantes, los aviones, las urgencias...

Abascal: Llevas mucho tiempo diciendo eso.

Dragó: Sí, pero el problema se agrava.

Abascal: El hambre, sin embargo, ha desaparecido en muchos lugares.

Dragó: No te hagas ilusiones. Puede volver. La historia no es lineal.

Abascal: Sí, pero tampoco las predicciones catastróficas se han cumplido. Evidentemente, el crecimiento de la población no puede ser ilimitado, pero

tampoco debe descender, como sucede en España. Las consecuencias serían funestas. El sistema se desplomaría.

Dragó: Las cifras que manejan la ONU y otros organismos internacionales son pavorosas.

Abascal: Y falsas, Fernando, como las que se dan en España, pasando a otro orden de cosas, en lo relativo a las denuncias por malos tratos. La ONU manipula los datos para ponerlos al servicio de la globalización. No son científicos, sino ideológicos. Yo creo que el problema es la propia ONU. Pero, en todo caso, defendiendo el incremento de la natalidad en España, no en otras partes. Me da igual lo que procreen los europeos, pero me preocupa que los españoles lo hagan poco.

Dragó: España no es una isla.

Abascal: Sí, pero yo no aspiro a presidir la Unión Europea ni creo en un gobierno central de ésta. Sólo aspiro a hacer algo positivo en España. El que mucho abarca...

Dragó: Pero no puedes sustraerte ni como político ni como persona a lo que son las grandes tendencias de la historia universal. ¡Si por mí fuera, Santi! Soy moderadamente autárquico. Pero lo que dices no me parece viable.

Kiko: Pues Trump lo dijo muchas veces: me han elegido para ser presidente de los americanos. Quizá haya que controlar la natalidad en algunos países y en otros no. Habéis abierto un debate interesante: el de la soberanía. Cada nación necesita cosas distintas. Aquí, en Castilfrío, por ejemplo, falta gente.

Dragó: No me fastidies, Kiko. Puse aquí mi campamento para huir del mundo. Cuanta menos gente, mejor.

Santi: Yo he salido antes y sólo he visto a un negro, un colirrojo, también negro, y dos mastines enormes que me han pegado un buen susto.

Dragó: No digas que los mastines te han acojonado, Santi, que pierdes votos. Son pacíficos.

Kiko: Volviendo a la soberanía... Países distintos, soberanías diferentes. Es decir, lo contrario a las soluciones globales que propone la ONU.

Dragó: Se lo dices a un convencido. Detesto la ONU. Si yo fuese Santi Abascal y llegase, como él va a llegar, a jefe del Gobierno, lo primero que haría es irme de la ONU.

Abascal: Es lo que, en parte, ha hecho Trump: retirar las ayudas, dejar de financiarla...

Dragó: Yo cerraría todos los organismos internacionales. La Unesco, la FAO, Unicef, la OMS... Son organismos de ayuda a quienes están en sus nóminas, y a nadie más. Lo sé porque a finales de los sesenta trabajé en la FAO.

Abascal (bromeando) : ¿Hablas de la Federación Anarquista Obrera?

Dragó: Más o menos... Todos esos organismos son iguales.

Kiko: Y están en el punto de mira de los movimientos como Vox.

La solución que proponen para atajar las desigualdades demográficas consiste en fomentar las oleadas migratorias, por una parte, y la ideología de género, por otra, para conseguir un efecto compensatorio frente al exceso de fertilidad de quienes llegan. Pasan por encima de las naciones, de la cultura, de las costumbres, de la identidad de los pueblos... Más valdría controlar la natalidad en África y promoverla en España para mantener el equilibrio.

Abascal: Tú, Fernando, piensas globalmente porque te asusta comparar el aforo del planeta con la muchedumbre que se le viene encima. Más de una vez te he oído invocar esa inflexible ley de la zoología según la cual las especies se extinguen cuando se reproducen por encima de lo que su hábitat consiente. Te entiendo, pero soy menos darwiniano que tú.

Dragó: No sé si has visto la frase latina que campea en la puerta de esta casa : *Ubi bene, ibi patria* ... Donde yo me siento a gusto, ahí está mi patria.

Abascal: Pues la mía es la tierra de mis padres, de mi niñez, de mi adolescencia...

Dragó: Amurrio.

Abascal: Sí, ésa es la patria chica, pero la grande es España y no tengo ninguna duda de ello, ni siquiera cuando sus zapatos me aprietan, como sucede más a menudo de lo que yo quisiese. A veces, incluso, estoy bien fuera de ella. El otro día me fui a Hungría, por ejemplo. Me sentía incómodo en Madrid. No podía andar. Pero cuando vas a otros sitios y te encuentras bien es porque eres un turista. Estás viajando.

Dragó: Te has escurrido de algo que antes te planteé... Vuelvo a la carga. ¿Si tú fueras jefe del Gobierno, te irías de la ONU, que a mí me parece una institución patética? Sus representantes, y no digamos sus Cascos Azules, suelen ser detestados por las gentes de a pie de los países a los que pretenden ayudar. Violan, chulean, matonean, viven en búnkeres, meten la pata a diario, se drogan y, encima, transmiten enfermedades.

Abascal: Tarde o temprano se abrirá ese debate, pero también conviene tener en cuenta que la ONU puede cambiar mucho según vayan cambiando los países que más influyen en ella. Ya ha pasado con Estados Unidos. Lo mismo sucede en el caso de algunos tribunales internacionales que a menudo siempre fallan contra España y que se atreven a tutelar nuestra democracia. No siento ninguna simpatía, y menos aún empatía, hacia esos organismos de extramuros en los que hay, por ejemplo, un saudí y un español. El saudí se representa a sí mismo y a su casta, mientras el español, mal que bien, representa a todos los españoles, lo que no impide al uno y al otro que estén en pie de igualdad y que sus votos pesen lo mismo.

Dragó: Pero para recuperar esa soberanía que mencionas, lo correcto es salir de Europa.

Abascal: No.

Dragó: Ah, ¿no? ¿Cómo lo arreglas? Con Europa estamos perdiendo soberanía.

Abascal: Algo.

Dragó: ¿Algo? Acuérdate de Puigdemont, la euroorden y el asilo que le

brindan. O del espaldarazo que dio Estrasburgo a la doctrina Parot.

Abascal: Claro que me acuerdo. Y por eso creo que España debería tener más fuerza en Europa y sus gobiernos deben hacerse respetar, cosa que hasta ahora no ha sucedido.

Dragó: Mi euroescepticismo es muy anterior a todo eso. El 1 de enero de 1986 envié un telegrama al ministro de Justicia pidiéndole el estatuto de apátrida ante la infamia cometida al meternos en la Unión Europea sin convocar un referéndum.

Abascal: Lo sé, lo sé...

Dragó: ¿Tú crees que Europa tiene salvación?

Abascal: Yo creo que la tendrá si se achica y se entromete menos en los asuntos de los países que la componen.

Dragó: ¿Achicarse geográficamente?

Abascal: Europa no es sólo un espacio geográfico. Lo es también cultural, conceptual, consuetudinario, jurídico, psicológico y vinculado a unas determinadas raíces religiosas, como recoge la Declaración de París. Y Turquía no puede ni debe estar en la Unión Europea.

Dragó: ¿Y Ucrania, que en mi opinión forma parte de la Gran Rusia, sí? Hay varios países en la cola de Bruselas cuyo pedigrí europeo es más que dudoso. ¿Tú crees que la tendencia a ensancharse de lo que inicialmente fue sólo la Europa de los Cinco puede detenerse? La Unión Europea ha mantenido hasta ahora una actitud que cabe calificar de abiertamente colonialista. Lo de los países asociados es escandaloso.

Abascal: La Unión Europea, disculpa que insista, tiene que respetar la soberanía de sus miembros.

Dragó: ¿Y dónde se tomarían las decisiones relativas a ella?

Abascal: En los parlamentos nacionales. Los líderes, ministros y jefes de

Gobierno de cada país se reunirían periódicamente con sus homólogos, tantearían el terreno, verían hasta dónde cabe llegar y tomarían decisiones colegiadas.

Dragó: Eso es, más o menos, lo que antes de que la Unión Europea existiera se consideraba actividad diplomática.

Abascal: Nosotros somos euroexigentes. Entendemos que la Unión Europea debe existir, pero puesta al servicio de las naciones, y

no, como sucede ahora, al revés: las naciones puestas al servicio de la Unión. Entre todos cabe llegar a acuerdos que redunden en beneficio del continente. Pero no cuestionemos el euro.

Dragó: ¡Pues vaya por Dios, Santi! Yo me lo cepillaba hoy mismo. El euro, además de otros defectos, supuso un encarecimiento salvaje del coste de la vida, al menos en España. Lo que la víspera de su adopción costaba cien pasó a costar ciento sesenta y seis el día siguiente. Nos arruinó a todos.

Abascal: No lo dudo, pero en la economía hay que contar con lo que es, no con lo que fue. Nos enfrentamos a un sistema globalizado en el que es importante mantenernos fuertes para garantizar la independencia de la nación.

Dragó: Precisamente por eso tendríamos que abandonar la zona euro. Esa moneda nos esclaviza. La última crisis vivida, sin ella, habría sido bastante menos crítica. Vamos a suponer que el 27 de mayo ganan los partidos euroescépticos, aunque sea por la mínima. Todo el entorno europeo se moverá alrededor de ese quicio: España, la moneda, la OTAN, las importaciones y exportaciones... Europa patas arriba.

Abascal: Y, sobre todo, las políticas migratorias.

Dragó: Efectivamente. Y, ya que hablas de eso, tú eres partidario, como lo soy yo y el 60 por ciento de los españoles, de expulsar a todos los inmigrantes ilegales. Estupendo, pero ¿cómo se hace? ¿Adónde los devolvemos? ¿A quién?

Abascal: Lo más urgente es acabar con el efecto llamada, y dejar de prometer

el paraíso a quien logre llegar a nuestras costas, pues de no hacer eso serán muchos más quienes lo intenten. Al mismo tiempo hay que perseguir a los traficantes de seres humanos que montan su negocio en el Mediterráneo con la ayuda de algunas oenegés y de gobiernos como el de Sánchez. Con los que ya están dentro las cosas se complican. Es un asunto más delicado. Acabamos de conocer los datos relativos a Andalucía. Los ilegales llegan aquí sin documentos de identidad, se adjudican una nacionalidad falsa y, cuando la Policía quiere devolverlos, ningún país los reconoce como suyos. Luego llaman a sus familiares y éstos les envían un pasaporte con el que se empadronan

y

acceden

a

la

tarjeta

sanitaria.

Más

de

152.000 inmigrantes ilegales gozan del Servicio Andaluz de Salud. Y la

Junta no entrega a la Policía la documentación que podría ayudar a repatriarlos. Como te contaba ayer, en nuestra negociación para la investidura en Andalucía conseguimos que el PP se comprometiera a colaborar con la Policía para facilitar esa expulsión.

Dragó: ¡Menudo lío! Me da vueltas la cabeza.

Abascal: A ti y a cualquiera. Ya sabes que quien hace la ley hace la trampa.

Dragó: Pero, por lo que tengo oído, también hay inmigrantes que enseñan una

documentación falsa.

Abascal: Sí, pero es sólo al principio. Luego, cuando ya están dentro, las familias les envían la verdadera.

Dragó: Entonces ya se sabe de dónde vienen y cabe la posibilidad de devolverlos... A no ser que tiren el pasaporte, claro.

Abascal: Y es lo que muchos hacen, pero quedan las fotocopias.

Dragó: ¿Tiene validez? Uno no puede entrar, supongo, en Senegal o donde sea enseñando una fotocopia. Además, ¿para qué piden el pasaporte a sus familias quienes después lo tiran? Me pierdo, Santi, me pierdo.

Abascal: Es fácil: entran sin documentación o con papeles falsos.

La Policía los intercepta, pero no puede repatriarlos porque no sabe de dónde proceden, y en cuanto pasa el tiempo máximo de internamiento tiene que ponerlos en la calle. Es entonces cuando ellos piden a sus familias los documentos auténticos, los presentan en las ventanillas de la Junta y se hacen con la tarjeta sanitaria. Lo que piden los sindicatos de la Policía es que la Junta les permita ver esa documentación para averiguar cuáles son sus lugares de origen y poder enviarlos allí.

Dragó: ¿No pueden cerrarse en banda esos países y negarse a recibirlos?

Kiko: Supongo que alguno lo hará...

Dragó: Excepto en el caso de España, donde el efecto llamada es ahora, por obra y desgracia de Pedro Sánchez, más potente que nunca, a diferencia de lo que sucede en muchos de los países europeos, donde la avalancha se ha contenido: en Italia, en Grecia...

Abascal: En Italia, sí. Pero la invasión, pues invasión es, no la sufre sólo España. Entran aquí y se van a Francia, por ejemplo. Y

encima vuelven, porque la Policía francesa los intercepta y nos los trae en sus propios coches, lo que ya es el colmo.

Dragó: ¡Viva Europa! Volviendo al problema del déficit de nacimientos, que tanto te preocupa... Eso es de muy difícil solución.

Para que en España nazcan más niños, habría que cambiar la mentalidad de las mujeres, cosa que no va a ser precisamente fácil con las del #MeToo danzando por ahí.

Abascal: Bueno... También creo que muchas parejas tendrían más hijos si, en vez de freír a impuestos a las familias, se les diese apoyo con desgravaciones fiscales que lo sean de verdad, conciliación de la vida laboral y familiar, y otras medidas similares...

Dragó: Algo parecido hizo Franco en su día.

Abascal: Sí, pero eso no lo invalida.

Dragó: ¿De verdad crees que las *millennials*, *influencers*, *bloggers*, *instagramers* y demás miembros de las nuevas tribus van a dejarse convencer por las medidas que propones?

Abascal: No creo que sea una generación perdida. De hecho, son los jóvenes los que más nos apoyan. El efecto de esa estrategia tardará en hacerse sentir, pero creo que el Estado tiene medios suficientes para salir airoso. Sé que eso te espanta, pero no se me ocurre una solución menos intrusiva.

Dragó: Ya os estáis metiendo otra vez en la cama de la gente.

Abascal: No nos metemos en la cama de nadie. Sólo aspiramos a disminuir al máximo los obstáculos que encuentran los jóvenes para emanciparse y crear una familia, y a apoyarlos, por supuesto, en el caso de que deseen que esa familia sea numerosa. Eso permitirá revertir el invierno demográfico y evitar que el sistema se derrumbe.

Dragó: Os tildan de antisistema y veo que, en realidad, sois prosistema.

Abascal: ¿Por qué?

Dragó: Tú mismo acabas de decir que tomaréis medidas para que el sistema

no se derrumbe.

Abascal: Ha sido un lapsus. Estaba pensando sólo en las pensiones. No en lo demás.

Dragó: ¿Tú crees que Vox es un partido antisistema como tantos, desde sus poltronas, os echan en cara?

Abascal: Hoy por hoy sí que tiene ese componente. Vox es un partido recién llegado que no esconde su propósito de derribar todas las fichas del tablero de ajedrez.

Dragó: En eso adolecéis de cierto paralelismo con los galopines de Podemos, que fueron los indignados de la izquierda. Vosotros sois los de la derecha.

Abascal: Yo no diría que somos los indignados de la derecha.

Somos los españoles indignados. Ni los de la izquierda ni los de la derecha. Hay indignados de muchos tipos que nos votan. Lo de la derecha, como decía Gustavo Bueno, es mitología.

Kiko: El prototipo del antisistema de izquierdas es Tsipras, que cuando llega a la jefatura del Gobierno de su país asume todos y cada uno de los planteamientos de la Unión Europea: la política migratoria, la económica, la de género... La extrema izquierda es la vanguardia violenta del sistema oligárquico. Por eso nunca tiene problemas a la hora de ponerse de acuerdo con las élites ideológicas, políticas y económicas, a diferencia de lo que sucede cuando llega la derecha. ¿A quién amenaza Bruselas? ¿A Tsipras? No. Amenaza a Orbán.

Abascal: Y a Salvini.

Dragó: Tú, Santi, tienes una fe en la flexibilidad y en la resiliencia de las personas que yo no comparto. Tus propuestas chocan con una realidad bastante abrupta: el modo de ser de los españoles.

Caro Baroja, en un libro pésimo que se llamaba, precisamente, *El mito del carácter nacional*, decía que los caracteres nacionales no existen y que todos

somos iguales. Los chinos y los de Amurrio. Era ya, a su modo, un globalista, un ecumenicista, como la Iglesia a la que tú te adscribes. Los españoles son un pueblo de acusada personalidad con un carácter muy fuerte y muy difícil de cambiar, que viene de antiguo.

Los pecados capitales de la ira, la pereza y, sobre todo, la envidia, la aristofobia y el odio a la excelencia son rasgos distintivos de nuestros compatriotas. Sacramentos, por así decir, que imprimen carácter.

Abascal: La política está para transformar las cosas poco a poco.

No de manera revolucionaria ni de la noche a la mañana. De todas formas, no estoy muy de acuerdo con ese carácter que describes.

Dragó: No sólo yo... También lo dice Ortega, que carga la suerte sobre la envidia.

Abascal: ¡Qué perra has cogido con don José!

Dragó: Este libro se llama *España vertebrada*, Santi, y me dijiste que su título te gusta.

Abascal: Sí, pero estoy más de acuerdo con la opinión de Caro Baroja. Hay otro libro, de Azorín, que hace hincapié en la tipología del carácter regional de los españoles.

Dragó: Como la película *Ocho apellidos vascos*. Es verdad que entre un sevillano de Triana y un alavés de Amurrio hay muchas diferencias. ¡Imagina las que puede haber entre un noruego y un español de cualquier parte!

Abascal: Puede. Pero yo a veces soy mucho más parecido a un sevillano del barrio de Triana que a algunos de los barrios de bandarras del País Vasco.

Dragó: Seguro. A mí me contó una vez Antonio Gala que había visto un *graffiti* en Sevilla que decía: «Vascos qué raros sois».

(*Risas.*)

Abascal: ¡Qué bueno!

Dragó: ¿Tú has leído mi libro *Y si habla mal de España... es español* ?

Abascal: No.

Dragó: Luego te lo doy. En él paso revista a casi todo lo que yo podría argüir ahora sobre el modo de ser, y de estar, de los españoles.

Citaré un solo ejemplo: ¿por qué somos el país que más guerras civiles ha tenido?

Abascal: Ahora estamos aquí tres españoles...

Dragó: Y una española, como dirían los de izquierdas.

Abascal: ... y los cuatro en paz.

Dragó: Relativa. Ya sabes lo que suele decirse: «Tres españoles, cuatro opiniones».

Emma (*levantando la mano*) : Cinco, en este caso...

(*Risas.*)

Abascal: ¿Crees que Kiko, tú y yo tenemos un carácter similar?

Emma no cuenta, porque es heredera de la Pasionaria.

Emma: Te estás ganando un buen sopapo, ¿sabes?

(*Más risas.*)

Abascal: Ya en serio... ¿Crees que a alguno de nosotros nos caracterizan los tres pecados que antes mencionaste? Envidia, ira y pereza.

Dragó: A mí, desde luego, no. A ti, Santi, y a Kiko, no os conozco lo suficiente como para arriesgarme a opinar.

Abascal: Kiko sólo tiene envidia de... No lo digo porque la grabadora está encendida.

Dragó: No soy un chivato. Lo quitaré.

Abascal: En ti confío.

Dragó: Es Kiko quien tiene que confiar.

(Risas.)

Abascal: Kiko es mi gurú. Hay que respetarle.

13

Donde se habla de intelectuales, del arte

contemporáneo, de los ministerios de Cultura y de las leyes de mecenazgo

Dragó: Ya que hablas de gurúes... Hubo una época, incluso en un país tan cerril como España, en la que los políticos escuchaban a los intelectuales. Eso ha desaparecido por completo.

Abascal: Yo lo hago. Durante muchos años escuché a Gustavo Bueno y te he escuchado a ti. También a tu tocayo García de Cortázar, por ejemplo.

Dragó: Es verdad, pero ¿no debería existir una especie de grupo de sabios, a modo de Areópago, que aconsejase a los políticos? Los tiranos de la Magna Grecia tenían filósofos de cámara. Y Pericles o Alejandro, ni te cuento.

Abascal: No estaría mal que en un momento tan difícil como el que vive España os comprometierais.

Dragó: ¿A mí me lo dices?

Abascal: Pues sí... Que fueseis al Parlamento como fueron Maeztu, Ortega y Unamuno.

Dragó: Alguno ya lo ha hecho. Álvaro Pombo, por ejemplo. El otro día pronunció Victorino Martín, hijo del célebre ganadero, un vibrante alegato protaurino en el Senado. Daba gusto oírlo. O leerlo, que es lo que yo hice.

Abascal: Pero Victorino no es un intelectual.

Dragó: ¡Vaya si lo es! Ahí tenéis otro posible fichaje.

Abascal: Me han dicho, por cierto, que Pombo habla muy bien de Vox.

Dragó: ¡Ay, Santi, nosotros, los de entonces, nos hemos vuelto fachas!

Abascal: ¿Tú te imaginas, Fernando, en las Cortes?

Dragó: Yo me imagino hasta vestido de lagarterana. El otro día hablábamos Kiko y yo de cómo fue Platón, en *La República*, quien tuvo la ocurrencia de decir que las personas más idóneas para empuñar los mandos de la política eran los filósofos, los sabios, los héroes, los poetas... Pero enseguida el propio Platón se dio cuenta de que eso podía conducir a situaciones disparatadas. ¿Tú crees que los intelectuales, y perdona que me arrogue el adjetivo, servimos para eso?

Abascal: Yo creo que sí, pero en su justa medida.

Dragó: Por lo general acabaríamos dimitiendo.

Abascal: Incluso así, mientras aguantaseis, sería una experiencia interesante.

Dragó: ¿Llevarías a alguno en tus listas?

Abascal: Sí, aunque no a muchos.

Dragó: ¿A quiénes?

Abascal: A Dragó, a Boadella, a Amando de Miguel...

Dragó: ¿De verdad me llevarías a mí? Los intelectuales tenemos muchos puntos flacos. Yo, el primero. Podrían ponerse a dar la vara con la matraca de

que fumo porros, lo que ya no es cierto; de que intentaría ligar con las diputadas; de que soy un viejo verde...

Abascal: Sí, pero todo eso pertenece al ámbito de la libertad personal y nosotros la respetaríamos a rajatabla sin atender a cominerías.

Dragó: Es dudoso que los de letras nos sometiéramos a la ominosa disciplina de partido.

Abascal: Por eso digo que seríais pocos, pero aportaríais mucho.

Dragó: Si me propones ir en tus listas, igual acepto, por curiosidad.

Abascal: Pero la curiosidad mató al gato.

Dragó: Sí, la curiosidad mató al gato y en este caso puede matar al dueño de tres gatos, que soy yo.

Abascal: No descarto hacer un consejo de sabios y tampoco descarto meterte a ti en mis listas. Ve pensando en ello.

Dragó: No hablarás en serio...

Abascal: Que sí, que sí.

Dragó: Estás tan loco como Platón.

Kiko: Yo te veo más en el Senado.

Dragó: ¡Pero si queréis cerrarlo!

Kiko: Precisamente por eso... Para que llegues allí y lo propongas.

(Risas.)

Dragó: Ten por seguro que lo haría.

Kiko: Podrías ir en nuestras listas sólo para eso.

Dragó: ¿Me dejaríais decirlo en mi primera intervención?

Kiko: Claro.

Dragó: Voy a ir preparándola... ¿Pagan bien?

Kiko: Un pastizal.

Dragó (mirando el reloj): ¡Uf! Es tardísimo. Pongámonos serios... ¿Tú qué piensas del arte contemporáneo, Santi?

Abascal: En líneas generales no pienso nada. ¿Te refieres a algo en particular?

Dragó: No, sólo a esa denominación absurda, porque todo el arte es o ha sido alguna vez contemporáneo.

Abascal: A mí lo que no requiere esfuerzo me parece una estafa.

No comprendo por qué una silla con un cenicero encima puede exponerse y costar millones. Incluso en dibujos hechos por niños cualquier experto un poco pedante se las apaña para encontrar influencias históricas y artísticas. Es de risa.

Dragó: ¿Has ido a ARCO alguna vez? Es una patochada.

Abascal: No, no he ido, pero conozco el Guggenheim y son cosas parecidas.

Dragó: A mí el Guggenheim me parece horrible.

Abascal: Pero por lo menos han hecho un esfuerzo para diseñar todo eso y que se sostenga en pie.

Dragó: Eso es lo malo: que se sostiene en pie... ¿Crees que debe existir un Ministerio de Cultura?

Abascal: No, no lo creo. Basta con no molestar.

Dragó: La cultura sólo necesita un fertilizante: la libertad. Que la dejen a su

aire. Los contribuyentes no tienen por qué sufragarla a la fuerza.

Abascal: Por eso creo que sobra el Ministerio. Otra cosa es el patrimonio monumental, que efectivamente requiere gestión, atención y restauración.

Kiko: Lo que sí se necesita es una ley de mecenazgo.

Dragó: Pero tendría que permitir la desgravación de las cantidades aportadas y eso, más o menos, es lo que hacen en las fundaciones.

Kiko: Hay una ley de ese tipo que Vox tiene ya casi ultimada.

Dragó: El mecenazgo puede existir sin necesidad de leyes que lo regulen.

Kiko: Sí, pero las fundaciones no son fáciles y cuestan un dineral.

Lo que proponemos, en definitiva, son leyes que sustituyan a otras leyes.

Dragó: Eso puede ser salir de Málaga para meterse en algo peor.

¿Habéis hecho un estudio de los excesos legislativos que ahogan la actividad en todos los órdenes de la vida del país?

Abascal: Sí, pero no es un estudio numérico, sino puramente económico, y sólo se refiere al sobre coste del Estado de las autonomías. En él analizamos cuánto se podría ahorrar sin él y cuánto si nos limitásemos a recuperar algunas competencias.

Kiko: Pues eso es lo que yo decía: con una sola ley de alcance nacional eliminamos otras diecisiete.

Dragó: En el caso de las autonomías está claro. Para algo aparentemente tan sencillo como abrir una ferretería en la esquina de tu calle es brutal lo que hay que hacer. Tanto que desalienta. Para mí, cualquier persona que funde una empresa es un héroe.

Abascal: Incluso en la Comunidad de Madrid, que presume de lo contrario.

Dragó: De Madrid hablo, a pesar de los esfuerzos que Esperanza hizo para abreviar los trámites.

Emma (*agitando una campanilla*) : Íncritos caballeros de la Tabla Redonda, siento tener que interrumpir vuestras elucubraciones. Dejad de arreglar España. Sobrevivirá sin vuestras recetas. Es hora de comer.

Dragó: Si ya dije yo que era tardísimo...

Abascal: ¿Podremos echarnos luego una siestecilla?

Dragó: ¿Ves? Ya asomó la cresta uno de nuestros tres pecados capitales. No tenemos perdón de Dios.

Abascal: Sobre todo tú, que no crees en Él.

TARDE DEL SÁBADO

*No hay pueblo español, chico o grande,
que no encierre una enseñanza.*

AZORÍN (en uno de sus artículos)

14

Donde se habla de las esvásticas, de la fe, de los toreros, de la timidez, otra vez del miedo, de la vida privada de Santi (y de sus defectos), de la felicidad, de las herencias, de los gatos, de la música, de los juegos, de los viajes, del deporte y de los libros

Abascal: Antes de empezar, Fernando, una pregunta: ¿sabes que en la habitación que me has asignado hay esvásticas?

Dragó: Mi querido Santi, la esvástica es un símbolo común a todas las culturas de la tierra, menos la semítica. Hitler se adueñó de ella y la cambió

de sentido. Las esvásticas budistas e hinduistas, que son las que hay en tu cuarto, son verticales y levógiras. La de los nazis es dextrógira y tiene una desviación de cuarenta y cinco grados. Pasó de ser un símbolo solar a ser un símbolo satánico. El *lauburu* de tu tierra es también una esvástica, pero de líneas curvas. ¿Aclarado?

Abascal: Y abrumado. Acabo de recibir un mensaje del chaval de Vox al que han agredido en Zaragoza. Parece ser que la herida no es grave.

Dragó: Le han dado de refilón.

Abascal: Tiene pinta de bravo. Seguro que ha ido a por ellos.

Dragó: Estamos ya en el «arderéis como en el 36».

Kiko: Esperemos que no sigan alimentando a la bestia.

(Llaman al timbre. Dragó va a abrir. Son unos amigos. Pasan al salón. Presentaciones. La conversación deriva hacia la política y las perspectivas electorales. Santi y Kiko hablan con ellos. Al cabo de

unos minutos se despiden educadamente, para no molestar, dicen, y se van.)

Dragó: Todos éstos, Santi, votaban al PP, pero ahora van a votarte a ti. No son cábalas. Me lo han dicho. Ya lo tenían pensado.

Abascal: No soy yo quien debería decirlo, pero la verdad es que no me extraña. La capacidad de Vox para atraer a gran parte del electorado del PP es real. Yo diría que por lo menos a un 70 por ciento.

Dragó: Santi, tú eres creyente y tienes fe. Te lo digo porque ese porcentaje me parece muy optimista.

Abascal: La fe es un don. Yo la perdí y la volví a recuperar.

Dragó: ¿Cómo fue?

Abascal: Prefiero no hablar de eso.

Dragó: ¿Un milagro?

Abascal: No me presiones, Fernando. No voy a añadir nada.

Cualquier cosa que dijese sería frivolidad.

Dragó: Pues nos dejas intrigados. Empezaremos a elaborar hipótesis y será peor.

Abascal: No os lo cuento. No me creeríais. Pero sí os aseguro que la fe es un don: se tiene o no se tiene. Y yo la tengo.

Dragó: ¿Sabes que en esta casa pasan cosas misteriosas? Una persona que trabajaba para mí y que dormía en una de las habitaciones del primer piso nos dijo que alguien tocaba por las noches ese piano que está ahí.

Abascal: ¿Ves como algo hay? Yo no creo en los fantasmas, pero sí en la fe. ¿Eres amigo de Iker Jiménez?

Dragó: Sí, fui mucho a su programa hasta que me vetaron en Cuatro.

Abascal: Iker Jiménez piensa como nosotros, ¿no?

Dragó: Supongo que sí. No fue él quien me vetó. Fue la cadena.

Abascal: ¿Sabes que Jorge Verstryngge me llama a menudo desde que le diste mi teléfono? Siempre me dice que va a organizar una comida con Pablo Iglesias. Y yo le digo que se olvide, que con ese individuo no me junto.

Dragó: Jorge tiene un Dos Caballos precioso. Se me van los ojos detrás de él. Es mi coche favorito.

Abascal: ¿Tú conduces?

Dragó: Por supuesto. He conducido toda clase de vehículos por cuatro continentes y hasta he atravesado varias veces el Sáhara.

Abascal: ¿Qué coche manejas ahora? ¿Un Jaguar?

Dragó: Sí. Es el único capricho que me he dado en la vida. Lo compré hace más de quince años, cuando descubrí con mucho retraso, tonto de mí, que si eres famoso te venden los coches de alta gama a bajo precio.

Kiko: Ya, porque es un anuncio ambulante ver a todo un Dragó pilotando un Jaguar.

Abascal: ¿Coges el Metro?

Dragó: Sí, a menudo.

Abascal: ¿Y te dan la brasa?

Dragó: Bastante. Una vez, hace poco, se plantó frente a mí un grandullón vestido de Coronel Tapioca, alzó los brazos al cielo y exclamó: «¡Dragó en el Metro! ¡Este país está cambiando!». Ya ves tú...

(Risas.)

Abascal: ¿Y qué le dijiste?

Dragó: Nada. Me reí.

Abascal: ¿Con qué toreros has tenido más trato?

Dragó: Con bastantes. Con Morante, con Ponce, con Paula, con Manolo Vázquez, con Perera, con Palomar, con Ruiz Miguel, con Domingo y Pepe Dominguín... Con muchos. Llevo sesenta años de afición a cuestas.

Abascal: Morante, por ejemplo, es más que un torero.

Dragó: Sí, claro. Es un arcángel.

Abascal: Y un filósofo.

Dragó: Tiene la mitad del cuerpo en la tierra y la otra mitad en el cielo. Como Paula.

Kiko: Nos ha ayudado mucho.

Dragó: Lo sé. Es aún más tímido que tú, Santi, que en lo que atañe a lo privado te escondes casi tanto como él. Hablemos un poco de ti...

Abascal: Es cierto, tengo un punto de timidez, pero también de vanidad, aunque no me gusta hablar de mí.

Dragó: ¿De vanidad? ¿De qué estás orgulloso? Ahora andas subido a la parra, claro.

Abascal: Estoy orgulloso de no tener miedo.

Dragó: Pero a los mastines de Castilfrío sí que se lo tienes...

¿Fuiste buen estudiante?

Abascal: A ratos. Hubo algunos en los que fui malísimo. En la época de la adolescencia, de las chicas, de las primeras novias...

Dragó: Eso les pasa a muchos.

Abascal: Me traía loco una niña de la clase y estuve un par de años girando como una peonza alrededor de ella. No aprobaba ni una.

Dragó: ¿Eres muy enamorado?

Abascal: Sí.

Dragó: ¿Con éxito o sin él? Eres un hombre apuesto. Las tendrás a mares.

Abascal: Tengo a mi mujer, y no necesito nada más. En cualquier caso, para el cortejo siempre fui tímido.

Dragó: La timidez es una virtud o un defecto difícilmente compatible con la vocación política.

Abascal: Sí, pero yo creo que en ese terreno ya la he vencido.

Dragó: ¿No te agobia subir a un escenario, pisar una tarima y dirigirte a una multitud enfebrecida?

Abascal: No, en realidad me gusta. Salgo nervioso y concentrado, pero lo disfruto. ¿Te parece raro?

Dragó: Un poco, porque a mí no me gusta nada hablar en público.

Abascal: ¿Lo pasas mal?

Dragó: Cuando estoy toreando, ya no. Lo paso mal antes de meterme en faena.

Abascal: A mí me pasa lo mismo. Me pongo nervioso media hora antes de que empiece el acto.

Dragó: Epicuro decía que la felicidad consiste en vivir oculto. Ése es mi ideal de vida. ¿Y el tuyo?

Abascal: También.

Dragó: Pues lo estamos haciendo fatal.

Abascal: Lo sé, pero ya te dije que me gustaría ser guardabosque.

Dragó: Y a mí cartujo. De verdad, Santi. Pero nosotros ya no podremos vivir ocultos. Nuestras vidas son un fracaso. La tuya más

que la mía. Desengañémonos. Ni tú serás guardabosque ni yo me meteré a cartujo. *C'est la vie* .

Emma: Pero Fernando, si tú haces todo lo posible por no permanecer oculto.

Kiko: En eso estoy de acuerdo.

(Risas.)

Dragó: ¡Pues anda que Santi! Y, además, sí que hago lo posible para emboscarme, pero soy víctima de un destino cruel que me lo impide.

Emma: En el fondo te gusta.

Dragó: Sí, claro, y por eso tengo en la puerta de esta casona, plantada en un villorrio cuyo censo consta de veintidós almas y casi ninguna vive en él, un azulejo que dice: «Visita no acordada, visita no deseada»; y otro con un verso de Miguel Hernández que reza: «Yo nada más soy yo cuando estoy solo».

Emma: Postureo. No escribas más libros. Rompe con todo, lárgate, simula tu muerte.

Dragó: Imposible. Tengo que mantener a una familia tentacular mientras Hacienda me estrangula, como a todos.

Kiko: Eso es lo malo de querer compaginar el espíritu libertino con la responsabilidad moral.

Abascal: ¿Tú crees que desheredar a un hijo es fácil?

Dragó: ¡Qué va! Es casi imposible.

Abascal: Yo estoy a favor de poder hacerlo, pero sin legítima ni nada de eso.

Dragó: Bien dicho. Que cada uno haga con sus ahorros lo que le plazca. Si se los quieres dejar a un gato, perfecto.

Abascal: Yo se los dejaría al Estado... No te sulfures. Bromeo.

Dragó: Campillo, colaborador mío en aquel famoso programa de la borrachera de Arrabal, ha legado su casa de Madrid a una oenegé que se dedica, precisamente, a proteger a los gatos.

Abascal: ¡Uf!

Dragó: ¿Tienes algo en contra de ellos?

Abascal: Me dan alergia. No hay que protegerlos. Ellos se protegen solos.

Dragó: ¡Que te lo has creído! ¿Sabes que el 80 por ciento muere de muerte no

natural? ¡Fíjate si hay que protegerlos!

Abascal: Son como el 80 por ciento de los animales, Fernando.

Dragó: No es verdad. El 80 por ciento de los perros no muere de muerte accidental. El gato es el animal más valiente que existe. Lo dicen los zoólogos. Un gato planta cara a un tigre. Es como un samurái. Y son muy curiosos. De eso mueren. ¿Tú eres curioso, Santi?

Abascal: Sí.

Dragó: No estoy yo muy seguro de eso.

Abascal: Pero hay ciertas cosas que no quiero experimentar.

Dragó: Tú, con tus costumbres morigeradas, no eres curioso.

Eres valiente, pero curioso no.

Abascal: No tengo, por ejemplo, la curiosidad de zamparme una galleta de marihuana.

Dragó: Entiendo que por precaución no la tomes, pero me sorprende que no sientas un poco de curiosidad. ¿Eres sentimental, Santi?

Abascal: Algo. ¿Y tú?

Dragó: Más de lo que crees. Soy de los que lloriquean en el cine.

Ahora te voy a hacer una pregunta típica de periodistas: ¿cuál es tu peor defecto?

Kiko: Yo diría que su punto flaco es la falta de concentración.

¡Imagínate ahora con todo lo que se mueve a su alrededor! Y encima con el dichoso móvil dando a todas horas la tabarra.

Abascal: Tienes razón. Mi padre siempre me decía que yo era un crío disperso y me regañaba.

Dragó: Ése es el eterno consejo de todos los padres: «Céntrate, hijo, céntrate».

Abascal: Sí, pero en mi caso es un problema, porque esa tendencia a la dispersión hace que en momentos como el de ahora, con tantos asuntos importantes que tratar, me cueste concentrarme en cosas como la preparación de una entrevista y otros asuntos en apariencia más triviales.

Dragó: Los romanos tenían un proverbio: haz lo que estás haciendo. Te lo recordé ayer. Concéntrate en el aquí y ahora. *Hic et nunc* . ¡España, Santi, España! Lo más importante.

Abascal: De todas formas, a pesar de lo que he dicho, yo lo veo como un defecto de poca relevancia.

Kiko: Quizá antes lo era, pero ahora, como líder de un partido que sube y sube en las encuestas y que en un futuro muy cercano podría tener responsabilidades de gobierno, no te lo podrás permitir.

Dragó: Y en cualquier caso, para una persona cuyo mayor defecto es la dispersión, tener un cacharro así en las manos (*señala el móvil*) es como echar gasolina al fuego.

Abascal: Puede ser.

Dragó: Pasemos a otras habilidades y torpezas. ¿Te gusta cantar, Santi?

Abascal: ¿Cantar? ¿A mí? No. ¿Y a ti?

Dragó: Soy pésimo. Supongo que tampoco te gusta bailar.

Abascal: Supones bien.

Dragó: ¿Vas a museos?

Abascal: No dispongo de mucho tiempo. Disfruto cuando los visito, pero no es algo que, *a priori*, sienta la necesidad de hacer. La política es una actividad

tan absorbente como lo es cuidar de los hijos, sobre todo cuando son pequeños. Vuelvo a decírtelo: suelo aprovechar el tiempo libre, siempre muy escaso, para irme al monte.

Dragó: ¿Y viajar? ¿Qué países conoces?

Abascal: Estados Unidos, México, Hungría, Israel, Alemania, Finlandia, Italia... Aunque de esta última no se puede decir que la conozca, porque casi no salí del hotel por motivos de trabajo. Ahora acabo de volver de Francia.

Dragó: ¿Y cuando vas a esos países no visitas sus museos? ¿El Louvre? ¿La Capilla Sixtina? ¿Los Uffizi?

Abascal: Sí, claro, conozco el Louvre. La Capilla Sixtina, por desgracia, no. Los Uffizi, tampoco. Nunca he estado en Florencia. Ya caerán. Pero si voy a un país y hay en él algún museo importante, procuro visitarlo. El otro día fui al *ballet* en Hungría.

Dragó: ¿Clásico?

Abascal: Sí, *El Cascanueces*.

Dragó: ¿Y qué te pareció?

Abascal: Me pareció largo, como los toros. Me gustó, pero con quince o veinte minutos hubiese sido suficiente. ¡Dos horas duraba!

Kiko: ¿Ves? La dispersión. Más de media hora y se rebota.

Emma: Quizá seas hiperactivo.

Abascal: Sí, es probable.

Dragó: Pues yo lo comprendo. A mí el *ballet* clásico me parece aburridísimo. Y el que no es clásico, también. ¿Qué harías si tuvieras más tiempo libre?

Abascal: Haría deporte y leería. Son dos cosas que me gustan y que nunca puedo hacer.

Dragó: Ahora hablaremos de la lectura, pero antes... ¿Qué deportes practicas? Además de correr, claro.

Abascal: Correr es un deporte que detesto.

Dragó: ¡Pero si el otro día me dijiste que lo haces con frecuencia!

Abascal: Sí, pero me produce sufrimiento, me cansa, me aburre... Prefiero andar. Si pudiese, haría gimnasia. Flexiones, abdominales, sentadillas.

Dragó: Creía que eso también lo hacías.

Abascal: Lo hacía. Me sentaba bien. Ahora me siento peor, pero la política es la política. Las cosas, últimamente, se han disparado. Una lástima, porque el ejercicio ayuda no sólo a mantener el cuerpo en buen estado, sino también la mente.

Dragó: ¿Hay algún juego que te guste? Las cartas, por ejemplo...

Abascal: No, las cartas no me gustan nada.

Dragó: ¿El ajedrez?

Abascal: Sí, el ajedrez me gusta, aunque hace mucho que no juego y nunca he sido un buen ajedrecista. Las cartas, en cambio, me parecen aburridísimas. No las entiendo.

Dragó: Yo tampoco. Hay muchas cosas en las que tú y yo nos parecemos. A mí también me aburre el *ballet*, aunque mi hija Ayanta, que quiso ser bailarina, me lo reprocha.

Abascal: Yo no sé jugar a nada. Ni al tute, ni al póker, ni al mus...

Dragó: Al mus sí que sabes, aunque sólo lo hagas sobre el tapete de la política. Órdagos y envites a la grande y a la chica para dar y tomar. Juegas fuerte. En Andalucía lo habéis hecho.

Abascal: Sí, y también hemos tenido que engañar con las señas de los ojos a

los compañeros. Si no nos creían, malo. Lanzamos, como insinúas, un órdago, por no decir un farol, que acojonó a todo el mundo.

Dragó: Una especie de enmienda a la totalidad.

Abascal: Algo así. Cuando pusimos sobre la mesa los diecinueve puntos, fueron muchos los que pensaron que votaríamos en contra del pacto de gobierno. Incluso, como te decía, algunos de los nuestros.

Pero, en realidad, no queríamos engañar a nadie... Sólo que quedasen bien claras nuestras propuestas y que los andaluces supieran qué cosas defenderemos en su Asamblea. Si Ciudadanos y el PP no han querido acordarlas con nosotros, es problema suyo. Se retratan.

Dragó: Vamos con los libros, Santi. Mi territorio. Has dicho que una de tus aficiones es leer, pero novelas casi nunca. ¿Qué lees?

Abascal: He leído los *Episodios nacionales*, por ejemplo.

Dragó: Eso forma parte de tu interés por España.

Abascal: Me gusta leer libros de historia y de pensamiento político, pero lo tengo todo muy oxidado. No poder hacerlo durante diez años es algo que tiene consecuencias funestas. Pierdes la costumbre.

Dragó: ¿Qué pensadores políticos te interesan?

Abascal: Burke, Tocqueville...

Dragó: Tocqueville es la persona que denunció con más lucidez los abusos de la democracia.

Abascal: Sí, quería una democracia que garantizase la libertad.

Dragó: La libertad no se garantiza, no la da nadie, es como la fe: se tiene o no se tiene. Es interior.

Donde se habla de la decadencia de la

democracia, de la dictadura de las minorías, del cine español, de la Hispanidad, del

mestizaje y de la cocina creativa

Dragó: Tú citaste ayer una frase de Churchill de la que medio mundo ha hecho uso y abuso: la que dice que la democracia es el menos malo de los sistemas políticos. Kiko y yo, al oírte, esbozamos un gesto de escepticismo. Yo no creo que sea el menos malo de los sistemas. Yo diría que según la circunstancia. La democracia tiene muchísimos puntos flacos. Hay, en cambio, otras maneras de organizar la *res publica*, distintas de la democracia, que no son forzosamente fascistas, ni totalitarias, ni nada que se les parezca, y que pueden funcionar mejor. Depende de las circunstancias de cada país, de cada pueblo, de cada momento de la historia.

Abascal: No se puede saltar al ruedo de la política cuestionando la democracia. No puedes pedir el voto a la gente diciendo que a lo mejor no están capacitados para votar.

Dragó: Hoy día, prácticamente en el mundo entero, se asiste a una devaluación de la democracia. No me refiero a que la democracia haya degenerado en sí misma, aunque también haya sucedido eso, sino a que cada vez hay más escépticos en lo relativo a ella.

Abascal: Como tú, sin ir más lejos.

Dragó: Lo mío viene de antiguo, Santi, y de lejos. Me he pasado media vida lejos del mundo occidental. En otras partes de la tierra, como Japón o China, la democracia es un exótico producto de importación.

Abascal: *Made in USA* .

Dragó: Efectivamente. En Japón no vota casi nadie, sobre todo si son jóvenes, y jamás se habla de política. «¿Derechas?»

«¿Izquierdas?» «¿Qué es eso?», inquieren. En la última universidad donde fui

profesor, concretamente en Kioto, a veces daba clases de conversación y preguntaba a los alumnos por su postura política. No te lo vas a creer, pero casi ninguno de ellos sabía quién era el jefe de Gobierno, y eso que se trataba de una universidad de élite y mis cursos eran, mayormente, de doctorado. Por supuesto, no votaban. Había un desinterés absoluto por la política. Y respecto a la democracia, ni te cuento. El mundo occidental cree que es el ombligo del planeta, pero hay más cosas en el cielo y en la tierra, como Hamlet dijese a Horacio, de las que nuestra filosofía ha soñado.

Abascal: Y además, como dices, estamos convencidos de que la podemos exportar. Del mismo modo que yo creo, como Churchill, que la democracia es para nosotros el menos malo de los sistemas, tampoco creo que debamos imponerla al resto del mundo.

Dragó: Ésa es una de las formas más insidiosas del colonialismo y una especie de religión para llenar el hueco que las verdaderas religiones, aunque no religiones verdaderas, han dejado. Y la queremos llevar a todo el mundo por cojones, como antes hacían los misioneros cristianos blandiendo crucifijos y misales o los de la Internacional Comunista con sus hoces y martillos. Llegamos, incluso, al extremo de condicionar la ayuda económica o de cualquier otro tipo en función de eso. Si hay democracia, chicos, aquí va el cheque; si no, apañaros. Un chantaje, ¡vaya! E Internet también arrima el hombro en esa tarea.

Emma: Gracias a ella, seguro que hasta las últimas tribus amazónicas han oído hablar ya de democracia.

Dragó: Fukuyama, uno de esos pensadores políticos que tanto te interesan, elaboró en los años ochenta la disparatada teoría de que había llegado el fin de la historia, porque la democracia liberal, según él, se había impuesto en toda la tierra.

Abascal: Eso es *egoepoquismo*. Me he inventado el término, pero es que no sé cómo definir a ese señor.

Dragó: Te lo digo yo: un cantamañanas. De los grandes bloques que en estos momentos dominan el mundo, excepción hecha de la

Unión Europea y de Estados Unidos, y que lo van a dominar todavía más en el futuro, ni Rusia, ni China, ni el islam han metabolizado la democracia.

Abascal: ¿Ni siquiera Rusia?

Dragó: Rusia es, en apariencia, la única que lo ha hecho, pero se trata de un barniz. China, por supuesto que no. Y el islam, menos. La India, que no he mencionado, es democrática, pero a su manera. Con lo cual, si computas los respectivos índices demográficos, llegas a la conclusión de que dos terceras partes de la humanidad no son demócratas ni van a serlo.

Abascal: Tienes razón, pero todo eso, por más que me interese, no me inquieta. Mi radio de acción está en España. No pienso sacar los pies de ese plato.

Dragó: Pues fue tu pensador favorito, Tocqueville, quien nos puso en guardia, como recordabas antes, sobre los abusos de la democracia.

Abascal: Sí, y sobre los de las mayorías, pero ahora estamos en algo mucho peor: la dictadura de las minorías.

Kiko: Ellas sí que ponen en cuestión el sufragio universal, sobre todo desde el *brexit* y Trump.

Dragó: Pero el integrismo democrático hace que se extienda a todo. Incluso a lugares en los que la democracia, por definición, carezca de sentido. En la enseñanza, por ejemplo, sea cual sea el nivel en el que se imparta, donde tienen que existir un maestro, una tarima y unos alumnos.

Abascal: Estoy de acuerdo. O en la justicia y en los jurados populares. O en los consejos escolares.

Dragó: Efectivamente. En todos esos casos, y en otros que cabría citar, la democracia se convierte en abuso. Imagínate lo que sería el Ejército si cualquier soldado pudiese poner en tela de juicio lo que dice un coronel o un general.

Abascal: La democracia requiere límites, pero no admito ni, menos aún, deseo

la posibilidad de que ese mecanismo de convivencia vaya a desaparecer en España.

Dragó: Todo en el mundo está destinado a desaparecer. Incluso tú y yo.

Abascal: No digo que vaya a ser eterna, pero sé que ni tú ni yo la veremos desaparecer.

Dragó: Ya se verá.

Abascal: A mí, desde luego, no me gustaría verlo.

Dragó: Yo piso la calle y, como os dije antes, voy en Metro, lo que significa que hablo con la gente y percibo que buena parte de ella no suscribe la sacra mentalidad democrática de la que hacen constante gala todos los políticos, empezando por ti.

Abascal: Bueno... Pero vota.

Dragó: Hay mucha gente que no.

Abascal: Y hay otra mucha gente que sí.

Dragó: Cuanto más asentada está la democracia en un país, más desciende la participación.

Abascal: Pero eso no es malo.

Dragó: Yo no digo que lo sea. Al contrario. Me parece lógico, esperanzador y saludable.

Abascal: Si algo se asienta es que funciona. Y cuando el 80 por ciento de la población va a votar es que algo está pasando, que algo no funciona.

Dragó: Rebajemos la tensión. ¿Qué haces tú para entretenerte?

¿Los bonsáis?

Abascal: Sí.

Dragó: ¿Los sabes cuidar bien?

Abascal: No soy un gran experto, pero no se me mueren. Me los matan los niños alguna que otra vez, eso sí.

Dragó: Responsabiliza a tus hijos de los bonsáis. Seguro que les va a encantar.

Abascal: Sí, seguro, pero aún son muy pequeños.

Dragó: ¿Viene lo de los bonsáis de tu afición al bosque?

Abascal: Sin duda. Pero también a la naturaleza en general y a la necesidad de tenerla en casa. El bosque es algo que me maravilla, sobre todo el caducifolio húmedo. Viviría en un hayedo.

Dragó: ¿Te preocupa el cambio climático? ¿Cuál es tu postura en lo relativo a él?

Abascal: No soy un científico, así que mi opinión no resulta relevante. Creo que, en mayor o menor medida, siempre ha existido, aunque últimamente, por lo que dicen, evoluciona con más rapidez.

Dragó: ¿Crees, como lo cree Jiménez Losantos, que la izquierda hace hincapié en él para utilizarlo como herramienta ideológica?

Abascal: Sin duda. Yo lo veo, más bien, como un aliciente para que nos esforcemos en la mejora de los recursos naturales y, por ejemplo, en resolver el problema hídrico de nuestro país, llevando a la España sedienta el agua sobrante en la que hoy por hoy no lo está.

Dragó: ¿Qué películas te han gustado especialmente?

Abascal: Las de John Wayne, las de Clint Eastwood... *Gran Torino*, por ejemplo, aunque me fastidia como acaba, porque el protagonista se deja matar.

Kiko: Pero muere con los brazos en cruz.

Dragó: Yo no la he visto.

Abascal: A mí me molestan algunas películas españolas. Son truculentas y siempre sacan lo peor.

Dragó: ¿Retirarías las subvenciones a nuestro cine?

Abascal: Supongo que sí. En lo relativo a la cultura tiene que existir lo que la gente quiere ver, o leer, o escuchar.

Dragó: Eso es obvio. De cajón.

Abascal: No me gusta el cine que viene a tocarnos las narices y a producir películas para que nos sintamos mal. Me alegré, en cambio, cuando ayudaron a Garci para que hiciese *Sangre de mayo*, que me pareció muy buena, aunque era excesivamente larga y le faltaba algo de ritmo. Creo que el Estado tiene que conceder subvenciones sólo a las películas que fomenten el patriotismo.

Dragó: Cláusula de excepción.

Abascal: Pues sí... Hay varios momentos en la historia de España que podrían llevarse al cine y dar lugar a grandes producciones.

Ayudarían a que los españoles nos conociéramos mejor. En ese caso sí que merecería la pena gastar dinero público, porque saldría beneficiado no sólo el productor, sino también los espectadores.

(Entra Emma, que se había ausentado, y agita la campanilla.) **Emma:** La cena está lista, caballeros.

Abascal *(mirando el reloj)* : Es muy pronto para cenar, ¿no?

Dragó: Sí, es muy pronto, pero al mismo tiempo corremos el riesgo de que el cordero vuelva a enfriarse, como esta mañana.

Emma: El problema no es la hora, sino el apetito. ¿Tenéis hambre?

Dragó: Yo no.

Emma: Ya sé que tú no. Me refería a Kiko y a Santi.

Dragó: Santi estará famélico. Con el saque que tiene...

Abascal: Yo, después de la comilona que habéis preparado, podría no cenar. Me conformo con un Cola Cao y unas galletas.

Emma: ¿Galletas maría o de maría?

(Risas.)

Kiko: Pues yo un poquito de cordero sí que me tomo.

Dragó: Enseguida vamos, Emma, pero deja que antes remate lo del cine. Yo, Santi, haría una película a la americana, de gran espectáculo, sobre nuestra Guerra de Sucesión.

Abascal: ¿La que dio paso a los Borbones?

Dragó: Sí. He dado, incluso, algunos pasos para ver si el proyecto cuaja. Es un episodio bélico que, prácticamente, no ha generado ni literatura ni cine y se presta mucho a hacer cosas así. En ese período está el secreto y el origen de lo que ahora sucede en Cataluña. ¿Por qué pasamos de puntillas sobre él? Españoles contra españoles, como de costumbre, aunque el esfuerzo militar corriera a cargo de Francia y Austria. No fue sólo una guerra de sucesión. Fue una guerra civil. Es un temazo.

Abascal: Tengo que reconocer que tampoco a mí me entusiasma demasiado. Quizá por eso último que has dicho. No me gusta que los españoles se peguen entre ellos. No es el tipo de película que yo haría ni me parece éste el momento histórico más adecuado para producirla.

Dragó: Es curioso que digas eso, porque yo he concebido ese proyecto a sabiendas de que nunca, probablemente, encontraré financiación, pero pensando en el momento actual, con miras a que los catalanes y el resto de los españoles cobren conciencia de que sus antepasados luchaban para construir

España, no para destruirla. ¿Qué películas harías tú?

Abascal: Las de Garci, por ejemplo, y sobre todo las que evocaran la Reconquista, la Hispanidad y la guerra contra los franceses. Ya lo sabéis.

Dragó: Ayer hablamos de esos tres momentos culminantes de nuestra historia.

Abascal: Sí, pero tú te fuiste del lado de Américo Castro.

Dragó: No creas. Se desvió la conversación. Ya no soy tan castrista, en el buen sentido de la palabra, como lo era cuando escribí *Gárgoris y Habidis . Mea culpa*. Fui, junto a Luis Racionero, Antonio Gala y algunos otros, uno de los inventores de ese mito de cartón piedra, atrezo y utilería que es la España de las tres culturas. Pero, hablando de la Hispanidad, tú tienes sobrada razón cuando dices que España nunca colonizó a nadie, sino que incorporó pueblos, etnias, culturas y razas a su propio acervo.

Abascal: Por eso, cuando me preguntan que si soy racista, respondo que ser racista es ser antiespañol. Por supuesto que no lo soy. Lo que defiendo no puede estar más alejado de esa actitud. Los españoles tenemos que estar orgullosos de lo que hicimos en América.

La política de Isabel la Católica o del cardenal Cisneros, el impulso de evangelización, y la consideración hacia los indios son cosas que muy pocos pueblos pueden reivindicar.

Dragó: Tú has dicho, y así fue, que a diferencia de lo sucedido en los países colonizados por los ingleses o los franceses, en la mayoría de los países supuestamente colonizados por los españoles surgió el mestizaje, algo que tiene muy buena prensa en estos momentos. Tú te sumas a ella, y la verdad, eso me sorprende. No me lo esperaba. ¿No crees que los países homogéneos, como lo es Japón, funcionan mejor que los heterogéneos? Basta con mirar lo que sucede en México, en Brasil, en Centroamérica, en las naciones andinas... Y ahora en Venezuela.

Abascal: Yo sólo hablaba de ese tipo de mestizaje: el de razas. Y

es cierto que, en líneas generales, me parece positivo, aunque también es

verdad que ocasiona, a veces, problemas de convivencia y de desigualdad. Creo, en cambio, que la homogeneidad cultural y moral es beneficiosa para la sociedad.

Dragó: ¿También la religiosa?

Abascal: También la religiosa. Los valores, al fin y al cabo, se generan en esa matriz y son heredados no sólo por quienes la aceptan, sino también por los que la rechazan.

Dragó: Lo contrario es el multiculturalismo.

Abascal: ¿Por qué la inmigración hispanoamericana se adapta bien a nosotros? Porque sus miembros, sean creyentes o no, tienen un sentido del pecado muy similar al de los españoles. Ven las cosas más o menos como nosotros.

Dragó: La única religión que ha enviado misioneros y que ha hecho apostolado es la cristiana. Durante muchos siglos dijo la Iglesia que fuera de ella no hay salvación. Cierto es que ya no lo dice, pero ninguna otra religión, que yo sepa, se ha creído depositaria de la verdad absoluta.

Abascal: Sí, el islam.

Dragó: Tienes razón, pero el islam no manda misioneros. Manda a guerreros.

Abascal: Militantes.

Dragó: Porque es una teocracia y no admite fisuras. Quien aprende de memoria el Corán desde la niñez, como hacen ellos, es casi imposible que al llegar a adulto deje de sentirse musulmán. Eso que se llama globalización, relativismo o multiculturalismo, e incluso democracia, tiene su raíz en el ecumenismo de la cristiandad. Las demás iglesias, no. Bueno, en realidad, lo que ocurre es que no hay iglesias fuera del cristianismo. Verdades, sí, pero si os parece vamos a dejarlo. La gazuza sale por sus fueros. ¿Tú, Santi, qué opinas de la cocina creativa? Yo la he bautizado como *bullipolleces*. Más claro...

Abascal: Diré lo mismo que te he dicho del arte contemporáneo.

A veces te ponen cosas ricas, pero prefiero la cocina tradicional. Me gusta más el cordero que hemos comido aquí.

Dragó: Y ya que viene a cuento... Del vegetarianismo, que siempre he respetado, aunque nunca he practicado pese a lo que muchos creen, hemos saltado al veganismo. Otra de esas modas que todo lo invaden con las ínfulas de quienes se creen en posesión de la verdad y nos excluyen al resto de los mortales del acceso a ella... Un integrismo, ¿no?

Abascal: Estoy de acuerdo. Me parece un fenómeno peligroso, que quiere colocar a los animales en el mismo plano que a las personas, y muy violento hacia quienes comen carne. No tengo nada que decir desde el punto de vista médico. No sé si es bueno o malo dejar de consumir proteínas animales. Hay opiniones contrapuestas al respecto. Pero sí tengo algo que decir en defensa de la libertad. El

veganismo va contra ella y también contra los dictados de la antropología. Parece como si fuéramos poco menos que asesinos quienes disfrutamos con un chuletón.

Emma: Pues todavía quedan las sobras del cordero. Así que andando...

Dragó: Sancho Panza decía que tripas llevan pies, y mi madre, en valenciano, añadía que *a la taula i al llit, al primer crit* .

(Se movilizan y salen. Toque de rancho y retreta.)

MAÑANA DEL DOMINGO

Somos los vascos, por ser vascos, dos veces españoles.

MIGUEL DE UNAMUNO

16

Donde se habla de la Iglesia, del infierno, del más allá, del 36, de las élites,

de las mezquitas fundamentalistas, del espacio Schengen, del opio del pueblo, del «Cara al sol», del carlismo, de Pedro Sánchez y de Largo

Caballero

(Las campanas de la iglesia de Castilfrío, que está pegada al edificio en el que transcurre la conversación, llaman a misa.) **Dragó:** Te decía, Santi, que el concepto de Iglesia, con mayúscula, es exclusivo de los cristianos. Las demás religiones tienen iglesias, con minúscula, que pueden ser sinagogas para los judíos, mezquitas para los musulmanes, templos para los budistas y los hinduistas... Pero una Iglesia central y rectora, con mayúscula y con autoridad suficiente para decidir lo que es dogma de fe e imponer un catecismo, no.

Abascal: Pero eso está muy bien.

Dragó: Hablábamos ayer de la doctrina, ya prescrita, que durante muchos siglos aplicó, incluso *manu militari*, esa Iglesia.

Abascal: ¿Lo de que fuera de su seno no hay salvación?

Dragó: Exacto. ¿Y qué opinas de ella?

Abascal: Pues que tiene toda la lógica del mundo.

Dragó: ¿De verdad crees que fuera de la Iglesia no hay salvación?

Abascal: Creo que Dios es muy grande y que salvará a todos los hombres bondadosos.

Dragó: ¿Y a los no bondadosos?

Abascal: A todos los que crean en él.

Dragó: Pues va a resultar que eres protestante. Lutero sostenía que el hombre se salva por la fe, y no por sus obras, como aseguran los católicos. Pero no la

pierdas por mi culpa. Olvida lo que he dicho.

¿Crees que existe el infierno?

Abascal: Con calderas y llamas y humo, no.

Dragó: Pero en la resurrección de Jesús, sí.

Abascal: Sin ella, decía san Pablo, vana es nuestra fe.

Dragó: Ya... ¿Crees, entonces, que hay algo después de la muerte?

Abascal: Sí, claro.

Dragó: ¿Estás seguro?

Abascal: Sí.

Dragó: ¿Pero seguro seguro?

Abascal: Sí. Segurísimo. Ya te he dicho que tengo fe.

Dragó: Y también estás seguro, supongo, de que después de la muerte te irás al cielo...

Abascal: Con esa esperanza vivimos los cristianos, claro.

Dragó: ¿Cómo te lo imaginas?

Abascal: De ninguna manera. En ese sentido es una suerte tener poco tiempo para pensar. Pero reconozco que lo paso mal cuando mis hijos me hablan de la muerte o cuando me dicen que no quieren que yo me muera.

Kiko: Eso es fatal. Mis hijos han pasado por esa mística trascendente entre los tres y los cinco años.

Dragó: Akela también la tiene.

Abascal: Yo necesito darles toda la seguridad del mundo y decirles que no me

voy a morir.

Dragó: Te entiendo.

Abascal: Si tú me preguntas ahora sobre la muerte, es posible que me veas pestañear. Pero Jimena no lo verá jamás.

Dragó: Es tu hija, ¿no?

Abascal: La más pequeña.

Dragó: A mí eso me parece bien. Hay que inculcar a los niños sentimientos religiosos y persuadirlos de que el baile de la vida sigue en el más allá. Tiempo tendrán para hacer sus propias cábalas cuando crezcan.

Emma: Yo las hice y perdí la fe.

Abascal: ¡Ojalá la recuperes!

Dragó: Si te pregunto por el papa Francisco, ¿pestañearás?

Abascal: Yo del papa no voy a decirte nada. A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. En lo concerniente a él prefiero mantenerme a una prudente distancia.

Dragó: Ya me has respondido. A buen entendedor...Se acerca el fin de nuestra charla, Santi, pero quedan cosas sueltas y algún que otro cabo por atar. ¿Qué opinas tú de la conocidísima frase de Spengler, el autor de *La decadencia de Occidente*, acerca de que, *in extremis*, lo que salva a la civilización es siempre un pelotón de soldados? Por cierto: ¿lo has leído?

Abascal: ¿A Spengler? No.

Dragó: Pues hazlo. En ese libro, que es casi profético, anuncia todo lo que ha sucedido en el mundo a lo largo de los últimos cien años. ¿Qué opinas de su frase?

Abascal: Que a veces es verdad lo que afirma en ella, pero no me atrevería a

decir que lo haya sido siempre. No tengo suficientes conocimientos históricos.

Dragó: Vámonos al 18 de julio de 1936... ¿Fue un pelotón de soldados el que ese día salvó España? Ya sé que esta pregunta es una encerrona.

Abascal: Sí, lo es.

Dragó: No contestes si no quieres. Esto es una conversación, no un interrogatorio.

Abascal: Por supuesto que voy a contestar. No creo que fuera sólo un pelotón de soldados. Fue mucho más.

Dragó: Simplifico. Es una forma de hablar. Claro que fue mucho más, porque media España, como mínimo, respaldó aquel golpe de Estado.

Abascal: Digamos que fue un movimiento cívico militar. En él no intervino todo el Ejército, sino sólo una parte. Tenía que ser así. En aquel momento, como dices, la nación estaba partida por la mitad.

Dragó: Esquivas la pregunta, Santi.

Abascal: Porque tiras con bala.

Dragó: Decía tu amado Unamuno que los españoles no aplauden a favor, sino que lo hacen en contra.

Abascal: ¿En contra de quién?

Dragó: En contra de quienes están en contra de lo que dice el aplaudido. ¿Son de esa índole, capciosa, por no decir maliciosa, los aplausos que Vox recibe? ¿Aplauden contra Sánchez los separatistas y la progresía?

Abascal: Es posible que pueda existir ese componente. Somos un movimiento contrario a la corrección política y mucha gente está harta de ella sin comulgar al ciento por ciento con nuestras tesis, pero no es menos cierto que hemos devuelto la esperanza a quienes la habían perdido. Eso es algo que se palpa en todos nuestros mítines.

Dragó: Doy fe de ello. Suscitáis emoción, adhesión, entusiasmo y gratitud. Sorprende la insistencia con la que algunos periodistas y comentaristas opinan que el voto a Vox es el voto del miedo. A mí me parece evidente lo contrario: es el voto de quienes han perdido el miedo. Ya hemos hablado de eso, pero no está de más reiterarlo.

Abascal: Das en el clavo. El voto a Vox es el voto de la gente que no tiene miedo a llamar pan al pan o vino al vino ni a desperdiciar su voto, no vaya a ser que carezca de repercusión política. Ése es, o más bien era, uno de los argumentos más esgrimidos contra nosotros por el PP y Ciudadanos.

Dragó: Ponían la venda antes de la herida. Era lógico. Venteaban ya lo que se les venía encima. ¿Es el populismo, del que también hemos hablado, lo contrario del elitismo o cabe conciliar las dos opciones? El mensaje de Vox es populista, en el mejor sentido de la palabra, pero también elitista, porque abre las puertas de su proyecto a las élites del pensamiento, de la cultura y, en definitiva, de la Ilustración.

Abascal: Yo no veo ningún tipo de connotación negativa en la palabra *élite*, entendiéndola por ella la suma de lo mejor que existe en el seno de la sociedad. Su antónimo es la *oligarquía*. Y su alternativa, también.

Dragó: El populismo, en realidad, viene del Romanticismo. Son los románticos alemanes los que acuñan el concepto. *Volk*: el pueblo, la gente, las personas... Suena casi como Vox. ¿Sois una partida de románticos, Santi? ¿Navegas, como el capitán pirata de Espronceda,

«con diez cañones por banda»?

(*Risas.*)

Abascal: Sí, pero sin pólvora, cebados con argumentos y con emociones. Llevas razón. Late en Vox un componente de romanticismo por las causas perdidas. Y también de idealismo.

Planteamos cosas que para el resto de la sociedad parecen inconcebibles y que no lo son para nosotros. Nuestras ideas pueden percibirse como utopías, pero son hacederas. Proponemos cosas que muchos españoles desean, pero a

las que renuncian de antemano, forzándose a no desearlas, porque los papagayos del sistema se desgañitan para convencerlos de que son irrealizables. El fin de las autonomías, por ejemplo.

Dragó: Salto mortal, Santi... No me refiero a las autonomías, aunque también lo sea, sino al de las mezquitas fundamentalistas. Tú opinas que deberían cerrarse. De acuerdo. Pero ¿cómo discernir entre las subversivas y las que no lo son?

Abascal: La Policía lo sabe. Quién las financia, quién está detrás... Tirando de ese hilo cabe averiguar si lo que en ellas se predica y lo que de ellas sale es islamismo moderado o islamismo radical.

Dragó: Ya, pero las cosas evolucionan y, de pronto, un imán locatis puede apropiarse del púlpito para cambiar en un amén, o en un Alá, el ideario de la mezquita.

Abascal: Hay que estar alerta. El Estado tiene el deber de escuchar las prédicas y de actuar si fuese necesario.

Dragó: En cualquier país cristiano se pueden levantar mezquitas,

¿pero en ningún país musulmán se pueden construir iglesias? ¿Cómo restablecer el equilibrio?

Abascal: De una sola manera: mediante una política diplomática contundente que exija reciprocidad y tome represalias en todos los casos de restricción unilateral de la libertad de cultos.

Dragó: Os toparéis con un problema análogo al que encontró el Gobierno de Sánchez en lo concerniente al tendido ferroviario de alta velocidad en Arabia Saudí: chantaje económico.

Abascal: No vamos a negarlo, pero también somos conscientes de que ciertas cosas no pueden cambiar de la noche a la mañana. En cualquier caso, España tiene que saber muy bien quiénes son sus aliados y a qué tipo de acuerdos cabe llegar con ellos.

Dragó: ¿Cuál es tu actitud respecto a la industria de armamento y al tráfico mercantil que de ella se deriva? El Frente Polisario tiene un museo de armas capturadas al enemigo. Al Ejército de Marruecos, en este caso. Yo estuve allí, micrófono en mano, y había piezas procedentes de la mayor parte de las naciones desarrolladas.

Españolas, por cierto, a granel. ¿Qué opinas de esa especie de bula por la cual todos los países, sea cual sea la ideología imperante en ellos, consideran el comercio de armas como algo sagrado?

Abascal: No lo ponemos en cuestión. La tuya es una pregunta de progresertero, Fernando. Las armas, a veces, son necesarias para mantener la paz.

Dragó: ¿Crees que se puede suspender el espacio Schengen, tal como alguna vez has propuesto? Sería una medida muy impopular,

¿no?

Abascal: Para empezar, no lo he propuesto. Me he limitado a decir que, si fuese necesario tomar esa medida por motivos de seguridad, orden público o flujos migratorios, habría que aplicarla sin reparar en sus consecuencias. Pero, en todo caso, la gente podría seguir viajando. Suspender Schengen no significa restringir la libertad de circulación. Bastaría con establecer controles fronterizos. Quienes se desplacen para trabajar o viajen por placer podrán hacerlo y quienes crucen las fronteras de forma ilegal o malintencionada, no. Así de simple.

Dragó: Tú, una vez, publicaste un artículo de José Antonio en un periódico vasco sin decir que era de él. Y todo el mundo lo celebró.

Abascal: No, oyes campanas, pero no sabes cuáles.

Dragó: ¿Cómo fue?

Abascal: Un día llevé al Parlamento vasco ese artículo, titulado

«La gaita y la lira». En él, José Antonio establece una distinción entre el patriotismo fundamentado y el nacionalismo irracional con una claridad

sorprendente. Lo imprimí, le quité la fecha y la firma, y muchos compañeros quisieron publicarlo porque pensaban que era un artículo reciente. Luego confesé la travesura para demostrar que hay tesis intemporales y que la verdad es la verdad, la diga quien la diga, y que los prejuicios sobran.

Dragó: Seguro que conoces esa frase de Marx, elevada a tópico y a jaculatoria demagógica por sus secuaces, en la que se define la

religión como el opio del pueblo. Yo creo que es lo contrario: una especie de analgésico que permite hacer frente a los azares y sinsabores de la vida cotidiana, tanto si crees como si no crees en Dios.

El pensamiento religioso despierta la inteligencia, educa las emociones y activa la sensibilidad de la gente. Parece ser que incluso prolonga la vida. Los creyentes viven más años que los ateos.

Abascal: Yo así lo creo. Y, además, el sentimiento religioso transmite uno de los valores más extraordinarios del ser humano, que es el de la libertad...

Dragó: ... Amigo Sancho.

Abascal: El opio del pueblo sería, en todo caso, el comunismo.

Dragó: Uno de los blancos preferidos por vuestras iras es la Merkel. La atizáis de firme. Posaderas le sobran para recibir azotes.

Abascal: Representa el multiculturalismo. Si la Unión Europea sigue bailándole el agua, como lo ha hecho hasta ahora, se convertirá en el mayor enemigo de la otra Europa, la de verdad, la que no renuncia a sus raíces culturales y a la soberanía de sus Estados, porque si lo hiciese se quedaría en nada.

Dragó: Pero la Merkel es demócrata cristiana y tú también.

Abascal: Coincidimos en la etiqueta, sí, pero no en la forma de aplicarla. *Vade retro*, Angela, aunque de ángel tengas poco.

(Simeón entra, dice un par de cosas, que la grabadora no recoge, y hace

mutis.)

Dragó: Simeón acaba de utilizar una expresión muy curiosa a la que todos hemos recurrido alguna vez para referirnos a España: «¡Este país!». En ningún otro lugar de la tierra, al menos que yo conozca, se refieren sus habitantes a la nación en la que han venido al mundo con esa frase hecha, que implica un distanciamiento psicológico muy significativo entre el sujeto que designa y el objeto designado. Viene a decir que estás en un país que no es el tuyo. En España es un latiguillo compulsivo. No hay tertuliano que no lo utilice a mansalva.

Abascal: Yo nunca lo hago.

Dragó: Quizá deberíamos empezar a decir «en nuestro país» o

«en mi país»... Tuerces el gesto, Santi. ¿Tienes algo en contra de esa palabra?

Abascal: Ten en cuenta que vengo del País Vasco. Le doy poca importancia. Está muy desgastada.

Dragó: Pero País Vasco siempre se ha traducido como Vasconia.

Abascal: No, eso es Navarra.

Dragó: No, señor... El País Vasco era Vasconia. En cualquier caso, *paese* en italiano significa «pueblo». Cuando los italianos dicen *il mio paese*, se están refiriendo a su pueblo.

Abascal: Será al pequeño. Yo, a España, no la puedo llamar país.

España es una nación, es una patria.

Dragó: Santos Juliá sostenía hace poco en uno de sus artículos algo que me dejó perplejo. Decía que hablar de un solo pueblo, de una sola nación, de un solo Estado y de una sola religión política es la matriz del lenguaje totalitario. ¿Eso qué significa? ¿Tú lo entiendes?

Abascal: Yo creo que el totalitarismo, precisamente, lo que hace es acabar

con la religión. Eso para empezar. Pero imagino que Santos Juliá se refiere a una ideología. Y también supongo que alude a los nacionalismos periféricos. Nosotros no creemos que sea necesario uniformizar España ni acabar con su diversidad. Al contrario.

Dragó: Es un artículo publicado en *El País* el 16 de diciembre de 2018 y creo que se refiere a Vox. Hablo de memoria.

Abascal: Probablemente. Todos los progres están nerviosos con nosotros y se agarran, para denigrarnos, a lo que pueden.

Dragó: Ortega Smith se ha referido en varias ocasiones al llamado *brindis de Acuña*. Te suena, ¿no?

Abascal: Sí.

Dragó: Está sacado de una obra de Marquina: *En Flandes se ha puesto el sol*. Doy por hecho que ese autor es de tu agrado.

Abascal: Lo conozco poco. Sólo manejo una de las versiones que hizo del himno nacional en 1927 y esa obra.

Dragó: Que trata de la decadencia de España.

Abascal: Sí, pero yo creo que se puede leer en clave romántica. El brindis al que aludes es poético y gusta a todo el mundo, menos a Pedro Jota, que se pone muy nervioso con él.

Dragó: ¿Te gusta el «Cara al sol», Santi? A mí sí. En él, aunque sea un himno, también hay algo de brindis poético.

Abascal: Pues mira... No me entusiasma.

Dragó: Pues te confieso que más de una vez he estado a punto de titular alguna de las columnas que os dedico con uno de los versos de ese himno. Y nunca me he atrevido por sí, en contra de mis deseos, os hacía un flaco favor.

Abascal: ¿En qué verso pensabas?

Dragó: Ése que dice que en España empieza a amanecer.

Abascal: Yo te animo a que lo hagas, aunque sin decir que te he animado.

Dragó: ¿Cosa mía?

Abascal: Cosa tuya.

Dragó: Muy bien. Pagaré el pato, como siempre. Seré por enésima vez *trending topic* . ¿Sabes que tengo muy buena amistad con la gente de Falange Auténtica? Sus miembros son la única izquierda de verdad que queda en España. Cristianos, eso sí, y patriotas. Apoyan, por ejemplo, al Frente Polisario. Es curioso que los tilden de fascistas.

No lo son.

Abascal: Eran, por cierto, amigos de Bono.

Dragó: ¿De Bono el cantante o de Bono el ministro?

Abascal: Del ministro.

Dragó: Me extraña.

Abascal: Los he visto juntos en alguna foto. Estaban mezclados en grupos de movimientos cívicos como el Basta Ya .

Dragó: Son gente interesante, ¿sabes?, y muy simpática. No recuerdo si es Amando de Miguel o Kiko quien dice, en uno de los dos prólogos del libro *Hay un camino a la derecha*, que tu forma de hacer política es similar a la de las cargas de caballerías del pintor catalán Ferrer-Dalmau. ¿Tú lo conoces?

Abascal: Sí, claro. El único cuadro bueno que hay en mi casa es suyo. Una lámina. En ella se ve, efectivamente, una carga: la de Zumalacárregui. Pero no la elegí por el contenido carlista, sino por los caballos y el paisaje.

Dragó: ¿Qué opinas tú de los carlistas?

Abascal: Me pillan un poco lejos, la verdad. He tenido familia tradicionalista, pero...

Dragó: ¿Crees que sigue existiendo ese rescoldo? Porque ese tipo de cosas tarda siglos en desaparecer. La Guerra de Secesión en Estados Unidos, por ejemplo, que sigue hoy más viva que nunca. O como

nuestra Guerra Civil, cuyos muertos, tanto los de un bando como los del otro, nunca están enterrados del todo. Ni desenterrados, por cierto.

Abascal: Tú lo has dicho. Aún anda algún carlista suelto, pero en el rescoldo que mencionas no quedan ya muchas brasas.

Dragó: Pero en ellas, al decir de algunos, aunque por traversa vía, se calientan las manos los etarras y sus adláteres. No me digas nada, Santi. Sé que hurgo en una herida y que esa herida te duele.

Abascal: Nos duele a todos, menos a los terroristas. En mi caso nunca cicatrizará.

Dragó: Algunas personas, y yo entre ellas, creemos que el gran problema de España en los últimos ciento cincuenta años ha sido el PSOE, causante de la destrucción sistemática de todos los valores y responsable, a veces con disimulo y otras, como en el caso de Sánchez, con chulería, de la no menos sistemática desvertebración de España.

El socialismo ha desaparecido de Italia. De Francia, prácticamente, también. Y en España, tarde o temprano, sucederá lo mismo. ¿Te alegrará su desaparición?

Abascal: ¡Ojalá se produzca cuanto antes! Ha hecho un daño terrible, pero, por suerte, está ya muy lejos del apoyo popular que en otro tiempo tuvo. El PSOE quiere para España un modelo federal que en la nación más antigua de Europa carece de sentido.

Dragó: No es la más antigua, Santi. Esa leyenda forma parte del triunfalismo ibérico que lleva a tantos a pensar que en España se vive mejor que en cualquier otra parte. Ya sabes lo que dijo José Antonio:

«Ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en este mundo». Un poquillo exagerado, ¿no? Pero en fin... No vamos a enfadarnos por tan poca cosa.

Abascal: Desde luego que no. Tú a Benarés, yo a la Sierra Salvada de Amurrio, y tan amigos. Iba a decirte, siguiendo con el PSOE, que ese partido tiene una historia tan negra como las aguas que bajan de las minas de carbón: golpe de Estado en Asturias, Indalecio Prieto, Largo Caballero... ¡Vaya tela! ¡Con el daño que han hecho esos dos y tienen sendos monumentos! Pero, igual que te digo una cosa, te digo la contraria. Me parece bien que los mantengan. No creo que sea preciso quitarlos ni comulgar con esa dichosa Ley de Memoria Histórica que pretende eliminar cualquier vestigio que guarde relación con el franquismo.

Dragó: ¿Tú crees que Pedro Sánchez es una figura equivalente a Largo Caballero? Yo lo veo así.

Abascal: Pero en Largo Caballero, aunque hablo más bien a bulto, bullía, al menos, una ideología. En Pedro Sánchez no hay nada.

No tiene ningún escrúpulo. Pedro Sánchez sólo es partidario de Pedro Sánchez.

Dragó: ¿Y Largo Caballero, en cambio, sí que los tenía?

Escrúpulos, digo.

Abascal: No, tampoco, pero por lo menos aplicaba la ideología socialista con un asomo de coherencia. Sectario y extremista hasta decir basta, sí, pero es que Pedro Sánchez puede decir una cosa y dos minutos después la contraria. No tiene ningún objetivo político que vaya más allá de su ambición. Cuando intentó involucrarse en el patriotismo, meses después de arrimarse a la bandera de España, dijo que en este país había cuatro naciones...

Dragó: Has dicho «en este país». Te he pillado.

Abascal: Será por agotamiento. Llevas tres días acosándome.

Dragó: Dos días y medio, quejica.

17

Donde se habla de Ciudadanos, de soberanismo e independencia, de Soraya, de

Rajoy y de Zapatero, de eslóganes políticos, y de fachas y ultras, y de la alternativa

Dragó: ¿Hay alguna otra cosa de la que quieras hablar?

Abascal: Deja que repase. ¿Tú crees que Ciudadanos es un partido constitucional? A nosotros se nos acusa de no serlo porque cuestionamos el batiburrillo de las diecisiete autonomías. El artículo segundo de la Constitución dice que ésta «se fundamenta en la unidad de la nación española». Ese matiz lo aportó Gabriel Cisneros al revisar el texto. En la primera versión, según él mismo me contó, se decía que

«la Constitución fundamenta la unidad de la nación española». Se pasa de una sintaxis reflexiva a una transitiva. No es lo mismo. El primer texto planteaba dos características de la nación española: su indivisibilidad y su indisolubilidad. Ciudadanos cree que es indivisible y así lo ha demostrado en Cataluña, pero no cree en lo segundo, porque aspira a disolver la soberanía española en los Estados Unidos de Europa.

Dragó: Cuando te pregunté qué iba a pasar en Europa, tú parecías apostar por una Europa federal.

Abascal: ¡No! ¡Madre mía! ¿Cómo se ha podido entender eso?

Dragó: A lo mejor me he armado un lío entre tanta pregunta y respuesta.

Abascal: Lo que yo planteo es una coalición de Estados soberanos e independientes. Pero no creo en la Europa federal y menos aún en la confederal.

Dragó: ¿Por qué lo segundo? Los miembros de una confederación, según tengo entendido, aunque no sea yo excesivamente ducho en la materia, conservan una soberanía mayor que en una federación.

Abascal: Te lo repito... No creo que haya que ir a ese tipo de Unión Europea que disuelve las soberanías. Los españoles deben seguir siendo dueños de su destino. Y los demás países también.

Dragó: Si aplicas un modelo de Estados independientes, ¿por qué en España no puede haberlo?

Abascal: Porque España es una nación y Europa no lo es.

Dragó: ¿Qué diferencia hay entre el concepto de *nación* y el concepto de *patria*? Yo no acierto a distinguir entre la una y la otra.

Abascal: Yo tampoco, pero sí sé que Europa no es ni una patria ni una nación. En todo caso es un conjunto de naciones o un conjunto de patrias con algunas características comunes, pero historias, lenguas y costumbres diferentes.

Dragó: ¿Dio Soraya los primeros pasos para crear un cordón sanitario alrededor de ti? Parece ser que fue ella, en persona, la que presionó a diferentes medios de comunicación para que os silenciasen.

Abascal: Sí, pero eso no era un cordón sanitario.

Dragó: Era una mordaza.

Abascal: Era un conato de ley del silencio, una recomendación, un consejo *sui generis*: no hablen de éstos, porque nos van a comer la tostada. Mucho peor es, en cualquier caso, lo que hace Valls o lo que hacen otros. De todas formas, ese tipo de manejos nos traen al fresco, porque, a diferencia de los demás partidos, nosotros no necesitamos a los medios de comunicación. Podemos sobrevivir y crecer sin ellos. Lo estamos demostrando.

Dragó: Ahora sí, pero antes de Andalucía y antes de Vistalegre necesitabais tener más eco del que entonces teníais.

Abascal: No estoy seguro, pero en realidad, en caso de existir esa necesidad, era un tiro al aire, porque nadie nos daba cancha. Ahora tenemos un eco extraordinario en los medios de comunicación, y ese eco es automático y no va a cesar. Lo que quiero decir es que, llegados a este punto, podríamos permitirnos no dar entrevistas, porque todo el mundo, con ellas o sin ellas, va a seguir hablando de nosotros. Y en las redes, más.

Dragó: ¿Vas a dosificar tus apariciones en radio y en televisión o vas a sobreexponerte, como hizo Pablo Iglesias en su día, que estaba en la sopa, en el plato fuerte, en la guarnición, en el postre y en el café?

Abascal: Creo que todo va viento en popa y que no hay que pasarse de la raya. Mejor hablar lo justo y sólo cuando sea necesario.

La sobreexposición no es buena. No me gusta aburrirme de mí mismo y menos aún aburrir a los demás.

Dragó: En los años de Rajoy, de infausta memoria, la derecha pechó con una especie de inferioridad moral o de sentimiento de culpa, no se sabe muy bien por qué. Fue entonces cuando afloraron los *maricomplejines*, en afortunada metáfora de Jiménez Losantos, que habían brillado por su ausencia en las eras de Fraga y de Aznar, contundentes los dos en el despliegue y la aplicación de su ideario.

Rajoy, con sus melindres y su pasividad, rayana en la sumisión a la socialdemocracia y a los cantos de sirena de la progresía, vació el tarrito de las esencias del partido cuya presidencia había heredado.

Hubo una fecha crucial en esa deriva: el llamado *congreso búlgaro de Valencia*. Ahí empezó el declive de los populares.

Abascal: Sí, porque Rajoy había hecho una oposición a Zapatero muy

beligerante

—callejera,

incluso,

con

manifestaciones

multitudinarias— después de los atentados del 11-M en 2004 y la mantuvo hasta que en 2008 empezó a flaquear. Pero esa estrategia no se tradujo en réditos electorales y ya se sabe cómo son los analistas del PP. No es que cambien de estrategia cuando el veredicto de las urnas resulta adverso, sino que cambian de principios. Y eso es lo que hicieron en Valencia: renunciar a las ideas que siempre habían defendido y ponerse de perfil. Un día, hablando con una figura muy relevante del PP, que compartía mis posiciones críticas, me di cuenta de que yo estaba siendo muy agresivo en relación con la política de Rajoy y que quizá debería suavizar mi mensaje. Pensé que igual me estaba excediendo y que cuando Rajoy llegase al poder cambiarían sus prioridades, y así se lo manifesté a mi interlocutor. «Nunca —me dijo

— de una oposición timorata saldrá un gobierno audaz.» Y eso es lo que ocurrió. A los dos años de mandato de Rajoy cobré clara conciencia de que todo iba a seguir igual. Lo suyo era la continuación del zapaterismo, la tercera legislatura de Zapatero, como la bautizó Pedro Jota.

Dragó: Hubo, en ese momento, una persona audaz que se convirtió en timorata. Esperanza Aguirre, a la que me unen, como sabes, treinta años de vecindad y amistad, no se atrevió a dar un paso al frente en Valencia a sabiendas de que saldría derrotada, pero también de que ese fracaso podría ser el germen de una futura victoria.

Y en ese titubeo perdió definitivamente el tren que la habría llevado a la jefatura del Gobierno.

Abascal: Estoy de acuerdo con tu interpretación. Lo que aventuras podría haber pasado perfectamente, pero no ocurrió. En el año 2008 sólo fuimos un puñado de locos los que nos enfrentamos al aparato del partido y presentamos una enmienda a la totalidad.

Dragó: Hubo entonces algunas personas sin adscripción política, aunque cercanos a Esperanza, como Pedro Jota, Jiménez Losantos, Raúl del Pozo y yo mismo, entre otros, que intentamos convencerla de que diera el paso en

Valencia. Y nada. Se cerró en tablas. No quiso. No se atrevió.

Abascal: Llevaba razón al pensar que iba a perder, pero a veces hay que apostar a eso. Alguien, entre los cascotes del derrumbe provocado por Rajoy, habría mantenido la bandera levantada. Pero en todo caso, Fernando, eso ya no es problema mío. El pasado, pasado está.

Dragó: Te confieso que hace unos días, arrogándome funciones de zascandil por nadie asignadas, le propuse que considerase la posibilidad de ser candidata por Vox a la alcaldía de Madrid. Una travesura.

Abascal: ¿De veras? ¡Cómo eres! ¿Y cuál fue su reacción?

Dragó: Despejó a córner. Dijo que ella sólo jugaba ya, por lo que a la política se refiere, en el terreno de las ideas.

Abascal: No le faltarán.

Dragó: Nunca le han faltado. ¿Qué habrías hecho si me hubiera dicho que adelante?

Abascal: Agradecerle la disponibilidad, pero sólo eso. No necesitamos fichajes de relumbrón. Ya te lo dije. Nuestro sello funciona por sí mismo. Marcaremos goles sin delantera galáctica.

Dragó: No creo que peque de indiscreto si te explico por qué se me ocurrió la peregrina idea de tantear a Espe como posible alcaldesa.

¡Ea! Te lo cuento. Un par de días antes me crucé al salir de casa con su marido, que es simpatiquísimo, prudentísimo y tan aficionado a los toros como yo. Nos saludamos y me dijo, con la cautela picarona de quien está revelando un secreto, que iba a votar a Vox. Y a renglón seguido añadió: «Pero no se lo cuentes a mi mujer». Eso, Santi, es lo que me dio alas para perpetrar la travesura.

Abascal: *Ego te absolvo, filius meus .*

Dragó: ¿Así? ¿A palo seco? ¿Sin penitencia?

Abascal: Tú siempre dices, citando a tu querido Buda, que basta con la recta intención...

Dragó: A ella me acojo, páter. Pero conste, volviendo a Esperanza, que con ella habríais tenido en el Ayuntamiento de Madrid a alguien que habla inglés.

Emma: ¿Os apetece *one relaxing cup of café* con leche?

(Risas.)

Dragó: ¿Tú hablas inglés, Santi? Sospecho que los de Amurrio tenéis otras habilidades.

Abascal: ¿Y los de Castilfrío sí?

Dragó: *Of course* ... Pregúntaselo a Simeón. Hubo un momento, al comienzo de Vox, en que recurriste a una palabra muy peligrosa como eslogan...

Abascal: Anglicismo, Fernando. Se te ha pegado el habla de Castilfrío.

Dragó: Sí, pero españolizado y admitido por la Academia. Me refería al concepto de *cambio*, que es el que condujo a Felipe González al poder. Creo que luego lo eliminasteis de vuestra propaganda.

Abascal: ¿Te refieres al eslogan que decía «La solución es cambiar»?

Dragó: Exactamente. Detesto ese verbo. Soy un conservador.

Abascal: Prefiero evitar la crítica a los anteriores líderes de Vox.

Teníamos que haber sido mucho más audaces en nuestros planteamientos y también en el vocabulario. En Vox, al principio, se cruzaron dos generaciones con distintas maneras de hacer política: la de la Transición, que venía ya muy resabiada, y la que no tenía complejos y quería plantar cara a la corrección política.

Dragó: A vosotros os acusan de ser ultras, de ser fachas, de ser de extrema derecha y todas esas cosas, lo que resulta más bien chusco si consideramos, como es obvio, que la socialdemocracia, tal como hoy se entiende en España, es de extrema izquierda. No sólo los podemitas, sino también los de Pedro Sánchez.

Abascal: Una gran parte de ellos, sin duda. Están mirando por el rabillo del ojo a Podemos. En cuanto a lo que dicen de Vox, ojalá lo sigan diciendo todos los días, pues cuanto más digan, más insultan a muchos españoles que se sienten identificados con nosotros. Además, ese tipo de epítetos, de tanto abusar de ellos, han perdido toda su fuerza y capacidad de desprestigio. Ya nadie los toma en serio. Lo urgente, ahora, y no lo digo sólo pensando en Vox, es buscar una alternativa al Frente Popular de Sánchez...

Dragó: ¡Vaya mala pata la de llevar el mismo apellido que él! Voy a tener que quitármelo. Que mi padre me perdone.

Abascal: ... que es idéntico al de la Segunda República: socialistas, comunistas y separatistas. La historia se repite.

Dragó: Sí, fue tragedia y ahora vuelve como farsa. La verdad es la verdad, dígala Agamenón o Marx.

Abascal: Estoy convencido de que España necesita una alternativa a esa especie de maldición bíblica y cíclica. Los españoles la están buscando. Hay una formidable reacción social. Se percibe por todas partes. Ya era hora.

Dragó: A mí la palabra *ultra* me gusta muchísimo. Tiene una connotación entre angelical y demoníaca, similar a la del *non serviam* («no serviré») de Lucifer. Ultra es el hombre que va más allá de lo establecido, que salta barreras, que rompe límites, que grita lo que gritaban los peregrinos jacobeos en la Edad Media cuando llegaban al monte del Gozo, después de pegarse el palizón de la caminata y atisbar desde su cumbre las torres de la catedral de Santiago. ¡*Ultreya!*, decían. O sea: «¡No basta con lo hecho! ¡Hay que seguir! ¡Hay que llegar más allá!»). Es un grito heroico. Es el rompimiento de gloria de Hernán Cortés en la isla de la Fama. Me recuerda lo que cantaba Aute:

«¡A por el mar, que ya se adivina!».

Kiko: Y también el «¡a galopar!, ¡a galopar!», de Alberti.

Dragó: Y de Paco Ibáñez. Vosotros, Kiko, Santi, sois así.

Deberíais ponerlo en la bandera de Vox. *¡Ultreya!*, frente al *Non plus ultra* de las columnas de Hércules.

Abascal: Estoy de acuerdo en lo de ir más allá, siempre más allá, a la búsqueda de proyectos que podamos compartir todos los españoles superando las rencillas internas y defendiendo juntos nuestras raíces comunes...

Dragó: A la búsqueda de las raíces, sí, pero también a la búsqueda de sus brotes... Las «hojas verdes» del olmo de Machado, cuya semilla está en la *aurea catena* de la tradición. Baudelaire pedía ir «al fondo del horizonte para encontrar lo nuevo». Nuestra aventura ultramarina escenificó esa apuesta. España, en América, encontró lo nuevo, pero echó raíces en su humus. Eso fue la Hispanidad, Santi:

¡Ultreya!

Abascal (pensativo) : Estoy dándole vueltas a lo que dices sobre la necesidad de buscar lo nuevo. ¿No crees que el sentido común, que es tan viejo como el mundo, contiene todo lo que conviene saber?

Dragó: Sí y no... Recuerda lo del vino nuevo en odres viejos. Es una referencia evangélica, Santi. Está en Marcos, en Lucas, en Mateo...

Abascal: Ya te vale, Dragó. Tienes citas para todo. Eres un niño Vicente.

Dragó: En el cole me llamaban la Rata Literata.

Abascal: ¿Ves?

(Risas.)

Dragó: ¿Tenías tú algún mote en Amurrio?

Abascal: Pues no... Ten en cuenta que es un pueblo bastante grande. No hay en él muchas habladurías.

Dragó: ¿Y en el cole?

Abascal: Tampoco.

18

**De la farsa de la autodeterminación, de las
diferencias culturales, de la Guerra de
Independencia, de la Inquisición, de la
Monarquía, de la República y del dinero**

Dragó: Más citas... Tú denunciaste la triquiñuela del derecho a decidir en tu libro *La farsa de la autodeterminación*. Venías a decir que es una trampa semántica y política. Filosófica, en definitiva.

Abascal: Con el juego de las *matrioskas* rusas se puede explicar muy bien. Los farsantes a los que alude mi libro sostienen que los vascos —o los catalanes..., tanto monta— tienen derecho a tomar decisiones y a separarse, llegado el caso, del resto de la nación porque son un colectivo y eso es lo que, a su juicio, garantiza la democracia.

Pero si vas y les planteas que los alaveses, por idénticas razones a las que ellos esgrimen, podrían separarse de los vascos, responden que eso es ridículo, pues no hay una lengua alavesa ni unas características diferentes a las del resto de las provincias vascongadas. Y eso, Fernando, no es un planteamiento democrático, sino étnico. Ve y dile a un separatista catalán que Tarragona podría separarse de Cataluña y ya verás cómo se escandaliza. El derecho a decidir no vale para Tarragona ni para Álava. Sólo vale para quienes han decidido previamente que configuran una unidad, pero el problema estriba en que España también es, desde mucho antes de que ellos decidieran lo contrario, una unidad. Y para acabar con ella no nos pueden venir con trampantojos geopolíticos o demográficos. Tienen que venir de otra

manera, como ya lo han hecho: con las armas en la mano. España sólo se puede romper a tiro limpio. Ya veremos si lo consiguen.

Dragó: Alguna vez has dicho, si no ando equivocado, que las supuestas diferencias culturales entre las regiones españolas son meramente folclóricas. Yo no estoy de acuerdo. Creo que ya hemos hablado de eso. También son psicológicas.

Abascal: Sí, pero la cultura y los valores son los mismos. Que uno hable en vascuence y otro en español no implica una diferencia cultural. La cultura es mucho más amplia, y aunque incluye las costumbres, no se limita a ellas. Pero admito que también hay diferencias de carácter, como dices.

Dragó: Hemos hablado ya de dos de tus hechos favoritos de la historia de España: la Reconquista y la Hispanidad... Pero no hemos dicho nada del tercero: la Guerra de la Independencia. De que fue heroica no cabe dudar, porque plantó cara a un enemigo muy poderoso y terminó derrotándolo. Pero también tiene sombras.

Detuvo el proceso de Ilustración, por ejemplo, que había sido el lado bueno de la, por otra parte, siniestra Revolución francesa y que habría sido decisivo para dirimir la enconada querrela de los castizos y los ilustrados, germen de tantas guerras civiles, y para aprobar nuestra eterna asignatura pendiente: la de la educación.

Abascal: Pero eso fue por culpa de los franceses, que querían ilustrarnos a martillazos y, de paso, oprimirnos, desnaturalizarnos y explotarnos.

Dragó: De todo hubo, Santi. En aquella paleta se mezclaron muchos colores. No los reduzcas al blanco y al negro.

Abascal: Tienes razón, pero yo admiro la Guerra de la Independencia desde la óptica de reivindicación del pueblo y no por la actitud de los gobernantes españoles, ni de los mandos militares, ni de la Corona, que fue vergonzosa en muchos casos.

Dragó: Conozco a un médico ecuatoriano que propuso al rey Juan Carlos erigir un monumento a la herramienta que, según él, hizo posible la

Hispanidad. Incluso le envió los planos, el costo y un informe muy detallado sobre las características del proyecto. Yo lo vi.

¿Sabes qué era? Un enorme falo de piedra, ya que ése fue, según el médico del que hablo, el instrumento colonizador y fecundador de los pueblos americanos. Sin él no habría existido el mestizaje. No lo hubo, de hecho, en las colonias británicas y sólo con cuentagotas en las francesas.

Abascal: Ingenioso y pintoresco, pero discutible. Yo creo que el instrumento colonizador fue, esencialmente, la Biblia.

Dragó: Manejada como un arma de dos filos. Sin ella, seguramente, no se habría puesto en marcha el mecanismo que activó la leyenda negra o, por lo menos, no habría llegado ésta tan lejos como llegó. Bartolomé de las Casas y los jesuitas, que siempre han sido una segunda Iglesia dentro de la Iglesia, suministraron la pólvora y encendieron la mecha de esa monumental engañifa histórica. ¿Qué opinas tú de Bartolomé de las Casas?

Abascal: Que dijo lo que nadie se atrevía a decir y puso el dedo en la llaga de abusos que la Corona no había previsto y desconocía. Su postura y su coraje fueron insólitos en la historia del colonialismo, pero también es cierto que se pasó de rosca y dio argumentos a las potencias extranjeras que querían poner fin a nuestro Imperio.

Dragó: ¿Sabes que con el amparo de la Corona se organizaron unas sesiones en Valladolid para someter a pública discusión las tesis de Bartolomé de las Casas y que, mientras discurrían, y eso duró bastante tiempo, la Corona detuvo el proceso de apropiación o de colonización, llámalo como quieras, de las provincias americanas?

Abascal: Hasta Colón fue cesado por maltratar a los indios. Eso puso a España en buen lugar.

Dragó: No seré yo quien lo niegue. Otro mito masoquista, gregariamente asumido por gran parte de los españoles, es el de la Inquisición. Ésta fue un producto importado de Europa y causó, durante varios siglos, muchos menos muertos de los que se le asignan.

A las brujas, en general, ni siquiera se las quemaba de verdad, sino en efigie, aunque en Zugarramurdi sí que acabaron varias en la hoguera.

Los informes de Salazar y Frías, uno de los grandes inquisidores, son documentos de una modernidad psicoanalítica apabullante.

Abascal: El fanatismo religioso de otros países y las guerras de religión desencadenadas en Europa provocaron muchos más muertos que la Inquisición. Eso no me lo invento yo. Lo sostienen personas de izquierda: Pedro Insua, por ejemplo, y otros discípulos de Gustavo Bueno, implicados también, como Elvira Roca Barea, en la tentativa de poner los puntos sobre las íes de la leyenda negra y de reducir ésta a su verdadera dimensión.

Dragó: Es curioso que en Iberoamérica esté más presente España y sea menos discutida que en la propia España. Incluso en el sur de Francia, en la Camarga, en Bayona, en todos los lugares del país vecino donde se celebran corridas de toros hay más símbolos españoles que entre nosotros. Ve a Nimes durante las ferias de la primavera y de la vendimia, y verás. La presencia de España es apabullante: himnos, banderas, pasodobles, paellas, boquerones, embutidos, sangría... Y, por supuesto, toros. Dos corridas diarias.

Impresionante.

Abascal: Claro... Eso sucede porque en España se inoculó el veneno hace ciento veinticinco años con la legalización de los partidos separatistas. Al PNV se le ha permitido ser una agrupación legal desde finales del siglo XIX y hacer bajo ese paraguas lo que le venía en gana.

Eso ha sido determinante.

Dragó: Una encuesta muy reciente dice que los partidarios de la Monarquía y de la República están, prácticamente, al 50 por ciento. Tú has dicho que no eres ni monárquico ni republicano, pero ¿qué piensas de ese eterno y tedioso conflicto de la nación española?

Abascal: Que no me creo la milonga de que los partidarios de la República estén empatados con los de la Monarquía. Seguro que el apoyo a la Corona es mucho mayor. Antes de tumbarla habría que tumbar el Parlamento.

Dragó: Tú prefieres que siga el Rey, claro.

Abascal: Sin duda.

Dragó: ¿Y tú, Emma? Por curiosidad...

Emma: ¿Yo? ¡No hay dos sin tres! ¡República otra vez!

Abascal: ¡Rojeras! ¡Ro-je-ras!

(Risas.)

Abascal: Pero ojo... Prefiero la Corona siempre y cuando esté al servicio de España y no al de cuatro soberanías diferentes.

Dragó: Cambio de tercio, Santi... Otro asunto de importancia capital: asistimos a una alarmante intentona de demolición de la libertad en todos los ámbitos en los que ese preciado y quijotesco don se manifiesta, y el último paso de rosca en ese empeño es la desaparición del dinero. Del dinero físico. Del euro. Del dólar. De lo

que antes era la peseta, el duro, el real, la perra gorda y la chica. Por lo visto, pretenden incrustarnos una especie de código de barras subcutáneo, un microchip con el cual podremos ir al supermercado a comprar una botella de vino o un sobre de lonchas de pavo y no hará falta el dinero. Con pasar el código, cosido a tu muñeca, liado a tus huevos o trasplantado a tu entrecejo, por la superficie de un cachivache electrónico, suficiente. Todo quedará anotado, saqueada tu cuenta bancaria y hasta el chino de la esquina podrá estar al tanto del tipo de vino que bebes y de la marca del alimento procesado con el que te envenenas.

Abascal: Ese horizonte pone los pelos de punta. No cabe llegar más lejos en la exposición al ojo del Gran Hermano. El control de nuestras vidas sería absoluto. El sistema, el Estado y las empresas mercantiles estarían en condiciones de violar todos los mecanismos de protección de datos que pudieran instalarse.

Dragó: Pues parece que está prácticamente decidido. Es un proceso

irreversible. En algunos países ya está en marcha. En Dinamarca, por ejemplo. Ya sabes cómo son los países nórdicos: siempre en la vanguardia de la corrección política. Los bancos, los ministerios de Hacienda, los de Interior y el comercio *on line* se frotan las manos. Hay muchos sitios en los que ya no se aceptan los pagos en metálico. Sólo mediante transferencias o tarjetas de crédito. Habrá que volver al trueque.

Abascal: ¿De verdad crees que es un proceso irreversible?

Dragó: No lo sé. Vivo al margen de todo lo que sea administrativo y electrónico. Te lo pregunto a ti.

Abascal: ¿Y tú, Kiko? ¿Qué piensas tú?

Kiko: Dicen que lo hacen pensando en nuestra comodidad y, como de costumbre, por nuestro bien. Eso está por ver. No conviene olvidar que el dinero es, como sugiere Fernando, el principal instrumento de libertad inventado por el hombre.

Dragó: Ayn Rand decía: «O dólares o sangre». Ésa es la alternativa. Otra, según ella, no hay. Yo estoy de acuerdo. Perdonad que os diga, a cuento de la desaparición del dinero en efectivo, que nos la están metiendo doblada y con vaselina. En el uso obligatorio de las tarjetas de crédito, por ejemplo, al que ya me he referido. Yo apenas las utilizo, salvo si voy a un hotel, porque sin ellas no me dejan

alojarme, o si compro un billete de avión, porque de otro modo no me lo venden. Nunca he recurrido a un cajero automático. Ni siquiera sé cómo se hace. Tampoco sé pagar por Internet. Y, de momento, no pasa nada. Voy tirando, aunque mi radio de acción se estrecha día a día.

Falta poco para que no pueda salir de casa. Estoy acorralado.

Abascal: ¿Y cómo sacas el dinero? ¿Vas al banco?

Dragó: Claro, como toda la vida.

Kiko: Habría que garantizar el derecho a pagar con dinero de todo aquel que

quiera seguir haciéndolo.

Dragó: Efectivamente, pero lo están prohibiendo.

Kiko: No se puede pagar en metálico más de una determinada cantidad, aunque no sé cuál es. Emma podría consultarlo. Esa restricción debería prohibirse.

Dragó: ¿Prohibirse? ¡Pero si es el Gobierno quien la fomenta!

Pronto acabaremos comprando todo por Internet. Desde las lechugas hasta los libros, los coches, la marihuana y los preservativos. Ahora bien: ¿cómo te las apañas si no sabes hacerlo, como es mi caso? Mi viejo móvil no sirve para ciertas aplicaciones ni para enviar wasaps, y no pienso comprar otro ni aunque me encañonen.

Kiko: Pues te quedarás fuera del sistema. El Estado tendría que dar garantías de libertad de pago a las personas que no saben o no quieren pasar por el yugo de Internet.

Emma: Ya lo tengo... El límite es de dos mil quinientos euros.

Por encima de esa cantidad no puedes pagar en efectivo.

Abascal: Y Montoro dijo que quería rebajarlo a mil. Si pagas en metálico por encima de cinco mil euros, te cascan una multa de casi dos mil.

Dragó: ¡Vaya! ¡Y yo que iba a comprarme un *loft* de tres niveles en la Gran Manzana, con ascensor incluido, pagándolo a tocateja!

Kiko: Lo terrible es que el Estado respalde el atropello. Todo esto, antes de que llegase Internet, ya empezó con los bancos. Si no tenías una cuenta bancaria, no podías ingresar la pensión.

Dragó: Ni la nómina, ni pagar la luz... Santi, Ceuta y Melilla, que pertenecen a la Unión Europea, no están amparadas por la OTAN. Es asombroso, ¿no?

Abascal: Eso demuestra la impotencia de España, como se ha visto en la

crisis del *brex*it y Gibraltar.

19

Donde se habla de Gibraltar, de los paraísos fiscales, de los impuestos de patrimonio,

donaciones y sucesiones, y del África negra

Dragó: ¿Vosotros cerraríais la verja otra vez?

Abascal: No hay allí tantos trabajadores españoles como se piensa. Lo primero y lo más importante es ofrecer alternativas laborales a esas personas. Una vez superado ese escollo, no debería existir ningún problema para cerrarla. Ahora, además, en cuanto los ingleses se larguen de la Unión Europea, cabría hacerlo sin infringir la legalidad.

Dragó: Te confieso que a mí lo de Gibraltar me divierte. Aporta unas gotitas de saludable britanización a este «país de cabreros», como lo llamaba Gil de Biedma. Esperanza Aguirre, por cierto, que era su tía, piensa como yo.

Kiko: Pero de británico no tiene nada, te lo aseguro. Yo he veraneado por allí con frecuencia y lo que se va expandiendo no guarda relación alguna con el estilo de vida de los británicos. Aquello es tierra quemada. Todo el Campo de Gibraltar está arruinado, sin industrias, sin tejido productivo. Lo que hay en él es dinero ruso y mafioso a espuestas. La corrupción de la Costa del Sol empieza en el Peñón. Aquello es un pozo negro.

Dragó: Pero cosas así son pequeñas excepciones en la galopante uniformización del mundo. En el centro de Roma, cuando allí tenían vara alta nuestros Austrias, muy cerca de donde ahora está la Embajada española ante la Santa Sede, existía, y existe, la Via dei Borgognoni, que también lo fue de las Meretrices y que estaba bajo la jurisdicción de la Corona española. Si llegaba a ella un fugitivo de la

justicia con los gendarmes en los talones y apoyaba la espalda en la pared de cualquiera de sus edificios, se acogía, por así decir, a sagrado y ya no le podían detener. A mí eso me parece bien.

Kiko: Y a mí también, pero hablas de un sitio convertido en refugio, en lugar de asilo... Gibraltar es lo contrario: un foco de basura y corrupción.

Dragó: ¿No están siendo demonizados en exceso los paraísos fiscales? Si en el mundo desarrollado disminuyese la salvaje presión tributaria, esos paraísos empezarían a desaparecer. Ya sé que decir esto en nuestro país y en el resto de la Unión Europea resulta escandaloso, mas no por ello, a mi juicio, menos evidente.

Abascal: Los paraísos fiscales lo son por comparación y de rebote, pues también hay infiernos fiscales y España es uno de ellos.

Lo que algunos proponemos es que nuestro país, en lo relativo a la fiscalidad, sea un paraíso para quienes trabajan y producen, y ven como las ganancias de su actividad se transforman en humo.

Dragó: ¿No se puede convertir un país entero en paraíso fiscal, Santi? En esos santuarios todo el mundo vive bien, no sólo los plutócratas. El nivel de vida es muy alto y las cosas funcionan a la perfección. O eso, al menos, parece. Yo he visitado algunos —Hong Kong, Singapur, Andorra— en mis años de *hippy* .

Abascal: Pues ése es, *grosso modo* y con la necesaria cautela, nuestro planteamiento: el de modificar la percepción dominante acerca de los paraísos fiscales, ahora tan denostados. Pretendemos suprimir y rebajar todos los impuestos, todos, digo, menos aquellos cuya directa eliminación propondríamos: los de patrimonio, sucesiones, donaciones, pensiones...

Dragó: Música celestial la que sale de tus labios... Ya voy terminando, Santi. Otra idea recibida, como diría Flaubert, es el topicazo de que todos los males de África proceden de la colonización y de que, si los pérfidos blancos no se hubieran entrometido allí, las poblaciones autóctonas disfrutarían de una existencia edénica. He vivido casi cinco años en el África negra y sé de lo que hablo. La colonización, con sus luces y sus sombras, fue el mejor momento en la historia de esos territorios.

(Abascal cambia impresiones con Kiko mientras Dragó rebusca en sus notas.)

Donde se habla del buenismo, de la guerra, de China, del 11-M, de los sanfermines y de ir a misa, y se pone fin a la conversación

Abascal: Lo que apunta Kiko es muy interesante, Fernando.

Dragó: ¿Qué te dice?

Kiko: Que uno de los primeros y mayores acuerdos de complicidad entre el buenismo de la izquierda y los intereses de las oligarquías fue la presión descolonizadora, porque los dos salieron ganando. La demonización de Occidente y la erosión de sus valores encontraron terreno fértil en ese contubernio. Los misioneros cristianos no iban a África para explotar, sino para enseñar. A partir de la descolonización las metrópolis empezaron a ahorrarse todo el dinero que antes de ella invertían en las colonias, pero manteniendo el control de su riqueza a través de la corrupción de los líderes peleles que ellas mismas imponían. Los gobiernos no perdieron. Las grandes multinacionales, tampoco. La izquierda ganó. Quien perdió fue África.

Dragó: Tú dices, Santi, que Europa debe regresar allí y asumir la responsabilidad histórica que le compete. Yo también lo creo. Es más, y lo que voy a decirte es fruto de la experiencia acumulada en los años que pasé allí... Te aseguro que la mayor parte de las gentes del común, de raza negra, con las que tuve trato, añoraban la presencia de los blancos. Y nos recibirían, en principio, y demagogias, pamemas e hipocresías aparte, con los brazos bien abiertos. Sin embargo, esto, que es de sentido común y la pura verdad, no puede decirse en voz alta, porque inmediatamente te la estrangulan. Tú has dicho que el colonialismo europeo fue bastante desastroso... Según, según. Los españoles, sin ir más lejos, lo hicieron muy bien en Marruecos, en el

Sáhara y en Guinea Ecuatorial. Pero aciertas cuando añades que la descolonización fue todavía peor.

Abascal: Huimos de nuestra responsabilidad, prestando oídos a la demagogia del marxismo, y dejamos a esos pueblos sin armas para enfrentarse a solas con sus problemas. Grave irresponsabilidad histórica fue la de los hacedores de esa descolonización.

Dragó: De Gaulle, entre ellos... Santi, tú le dijiste a Kiko en *Hay un camino a la derecha* —cito— que «hay gente convencida de que las guerras no pueden volver a Europa, pero ¿no se dijo lo mismo después de la Primera y la Segunda Guerra Mundial? ¿Quién podía imaginar que los Balcanes iban a ser el terreno de juego de un conflicto sangriento, enconado y duradero, con limpieza étnica incluida, en los años noventa?». Pues bien..., te hago la misma pregunta: ¿pueden volver las guerras?

Abascal: Hay ahora mismo estados y situaciones que, bien mirados, son chispas para que estallen cosas peores. La guerra está en la naturaleza humana y volverá.

Dragó:

Volvamos

nosotros,

ahora,

fugazmente,

a

la

descolonización... A rey muerto, rey puesto. No sé si eres consciente de que los chinos se están apoderando de toda el África negra. Compran, incluso, las fuentes de energía, sobornan a los sátrapas locales, tiran de cartera — *non olet*, dijo Vespasiano— e instauran gobiernos en la sombra . El enorme hueco dejado por la espantada de las potencias occidentales en África está siendo ocupado por los chinos. *Business is business*, Santi.

Abascal: No lo sabía.

Kiko: Por eso hay que volver.

Abascal: Pero hay que volver con médicos, con misioneros, con hospitales,

con iniciativas culturales y filantrópicas. No como China.

Kiko: El PP español tiene firmado un acuerdo de amistad con el Partido Comunista chino. No con el Estado, no. Con el partido. Lo firmó la Cospedal.

Abascal: Y a nosotros nos critican porque nos sacamos una foto con Marine Le Pen.

Dragó: Se dice, incluso, aunque quizá sea una *fake news*, que las banderas esteladas y los lazos amarillos que pululan por las calles de Cataluña son *made in China*.

Emma: En español se dice *estrelladas*, no *esteladas*...

Abascal: Pues no me extrañaría que las rojigualdas también estén fabricadas en China, así que mejor me callo...

Dragó: Sí, tienes razón. Voy a preguntarte algo a sabiendas, Santi, de cuál va a ser tu respuesta, pero te lo tengo que preguntar. Si se aceptara, como está sucediendo ahora por todas partes, la legalización del cannabis, sólo con los impuestos generados por su industria habría dinero suficiente para subvencionar el paro, mejorar las pensiones y, en definitiva, reparar en parte los desastres de la crisis económica. ¿Darías ese paso, de pura lógica, que los *maricomplejines* no se atrevan a dar?

Abascal: Soy persona muy prudente, Fernando. Así que lo que vamos a hacer cuando llegemos a la Moncloa es nombrarte gobernador de la ínsula Barataria y te autorizaremos a que allí lo pongas en práctica. Y si sale bien, lo extenderíamos al resto del país.

Dragó: Pues me voy a forrar. Esa ínsula va a ser como Singapur.

(Risas.)

Kiko: Estás fresco. En Singapur, por una pava de hierba te largan cien latigazos.

Dragó: Anchas y muy curtidas son mis posaderas, Kiko. Creo que allí está

prohibida la doble imposición fiscal tras la muerte, así que mis herederos podrán disfrutar de los beneficios generados por mi ínsula.

Abascal: El impuesto de sucesiones y donaciones es una monstruosidad jurídica, un atentado parricida contra la propiedad privada.

Dragó: *Typical Spanish.* No es que sea yo un experto en la materia, pero parece que los europeos en general y nuestros queridos políticos en particular empiezan a sentar un poco la cabeza en este aspecto.

Abascal: Si es por eso, descuida. Yo la tengo bien sentada. Vota a Vox.

Dragó: Tú has dicho que nunca comprarás un libro electrónico.

Yo tampoco. Te alabo el gusto. ¿Lo sigues pensando?

Abascal: Por supuesto. No lo compraría. Me gustan los libros de verdad. Me gustan estéticamente, me gusta su olor, me gusta

colocarlos en las estanterías o llevarlos en la mano.

Dragó: Aznar, a diferencia de Rajoy, lee. Me consta. Lo entrevisté para *Negro sobre blanco* y aguantó el tirón. En 1993 fui con él en avión al mitin de fin de campaña en Valladolid y estuvo leyendo todo el viaje. Leía, sobre todo, y no sólo en esa ocasión, poesía. De Rajoy se dice que sólo lee el *Marca*. Ignoro si es cierto, pero tiene visos de serlo. Traigo su nombre a colación no por sus lecturas, sino para que me digas algo sobre ellos. No voy a preguntarte por Zapatero ni por Sánchez. Tu respuesta sería tan obvia como la que yo, puesto en el mismo brete, te daría. Además no me gusta hablar mal de nadie. Creo que Aznar ha sido, y sospecho que tú participas de esa opinión, el mejor presidente que hemos tenido en la historia reciente de la democracia, pero cometió un error de bulto: nombrar a Rajoy.

Abascal: Yo creo que cometió más.

Dragó: Puede, pero sobre todo ése. Fue un patinazo estrepitoso que desarboló a la derecha española.

Abascal: Rajoy era un hombre elegido para no hacer nada. Era un albacea. Aznar pensó que gobernaría España en paz y con prosperidad durante ocho años. El problema es que llegó el 11-M y Rajoy no era un hombre de combate, sino una persona idónea para administrar una herencia, y lo demostró gestionando la de Zapatero y también, antes, la del propio Aznar. Ése fue el error de José María, disculpable, pues el atentado de Atocha no entraba en sus cálculos ni en los de nadie. Rajoy no era el político adecuado para la España de 2004. Cada persona sirve para lo que sirve.

Dragó: La tauromaquia como cátedra del valor, del arrojo, del esfuerzo, del compromiso, del sacrificio y de la solidaridad. Todos ellos, según tú mismo has dicho, son valores esenciales para que una sociedad funcione.

Abascal: Ahí tienes otro ejemplo de algo para lo que yo no serviría. Al principio, cuando iniciábamos esta charla, me preguntaste si soy valiente, y te dije que sí, pero ahora añado que no lo soy para ponerme delante no ya de un toro, sino de una humilde vaquilla.

Dragó: ¿Nunca has corrido un encierro?

Abascal: No, ni lo haré. Y ahora, menos.

Dragó: ¿Por qué?

Abascal: Porque tengo cuatro hijos.

Dragó: ¡Pues vaya! Yo también los tengo y he corrido delante de los toros, en Pamplona y en Soria, hasta los sesenta y cinco añitos. La última vez que lo hice fue en la sanjuanada de 2001.

Kiko: Pero entonces sólo tenías tres hijos. No presumas.

(Risas.)

Dragó: Claro que presumo. La primera vez fue el año que murió Hemingway...

Emma: En 1961.

Dragó: Exacto. Me fui a los sanfermines para rendirle homenaje, conocí a Antonio Ordóñez, que estrenaba ganadería, y me dijo que le daba más miedo correr el encierro que torear.

Abascal: No me extraña, porque no dependes sólo de ti y de lo que hagan los toros, sino del montón de cazurros que te rodean por delante y por detrás.

Dragó: ¿Correremos alguna vez un encierro juntos, Santi?

Abascal: Lo intentaremos.

Dragó: Pues algo es seguro: yo seré el más viejo del cotarro. Y ya que de toros hablamos, voy a asestarte, para terminar, una cornada.

Este libro lleva una cita de Antonio Machado en su primera página. La puse porque en ella se invoca la misma patria por la que lucha Vox en términos muy parecidos a los que tú utilizas. Voy a leerte otra cita, también de Machado, muy diferente a la primera, y si quieres, la comentas. ¿Preparado?

Abascal: Embiste. Ya tengo la muleta desplegada.

Dragó: «La patria —decía Juan de Mairena— es, en España, un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera.»

Abascal: No hagamos más divisiones. Hay patriotas de muy variada condición, y añadiría que existen en casi todos los partidos.

Verdad es que en octubre de 2017, cuando tocaba derrotar el golpe de los separatistas catalanes, se hizo patente la determinación del pueblo español, junto con su Rey, mientras los poderosos colaboraban con los golpistas o se escondían espoleados por el miedo.

Dragó: De amigo a amigo, Santi, ¿puedo incluir esta cita, junto a la otra y la de Walt Whitman, en la primera página de nuestro libro?

Sólo lo haré si me autorizas. No quiero ponerte en un aprieto. Estamos en

vísperas de una oleada de elecciones. Ya sabes, y si no lo sabes, te lo digo ahora, que yo, en ese cuádruple encierro, voy a correr junto a ti.

Abascal: Nuestro libro, dices... No, no. Tú eres el escritor y el libro es tuyo. Haz con él lo que quieras. Yo sólo he puesto la *vox* .

Dragó: Pues yo, en justa correspondencia, no trasladaré la cita.

Quédese, de rondón, aquí.

Emma: Santi, vuelven a doblar las campanas. Es domingo. Tocan a misa. Es la última llamada.

Dragó: ¿Lo dices por si queremos ir?

Emma: Claro.

(Risas. Fin de la conversación. Todos salen, pero no rumbo a la iglesia, sino para jugar al fútbol que Dragó tiene en el vestíbulo.

Hablando, riendo y jugando se entiende la gente. Y también, ¿por qué no?, yendo a misa.)

Madrid, 15 de enero

a 24 de febrero de 2019

Epílogo

Hoy es siempre todavía...

Por Emma Nogueiro

... toda la vida es ahora. Lección de primero de optimismo en palabras de Antonio Machado. Ésa es una convicción, como diría el autor de este libro, que no conviene olvidar si queremos convivir con el futuro y el pasado sin renunciar al hoy. Machado es el poeta que Dragó —al que llamaré Fernando de ahora en adelante por aquello de dar a este colofón un barniz de intimidad y cercanía— y yo hemos elegido para adornar, o quizá dignificar, el principio y

el final del libro que ya termina.

Fernando se abraza, en una de las citas iniciales, a eso de

«hombres de España, ni el pasado ha muerto ni está el mañana —ni el ayer— escrito». Yo echo el telón de la hermosa aventura vivida con la esperanza de que sea «siempre todavía» y con el convencimiento de que hoy es ayer para decir mañana.

Y fue ayer, hace nada, en el mes de noviembre, cuando me embarqué en la singladura de este libro no por interés político, que en mí es, y será siempre, supongo, más bien etéreo —la abuela de Ayanta, hija de Fernando, decía que hablar de política es de mala educación—, sino por el deseo de encontrar el sendero de tiza blanca que conduce a los orígenes de la escritura. Hasta entonces, Vox era para mí un fuego de artificio y un juego de mayores. Nadie me manda meterme en camisas de esas varas y, siguiendo la norma que aconseja *no tener ideologías, sino ideas* — Dragó puro —, no lo haré. Guardaré las últimas para mí y contaré lo que, desde mi flamante puesto de transcriptor, viví.

Era enero y viajaba con Fernando a Soria, rumbo al castillo de este caballero de la vida, del silencio, de los libros, de los viajes y de

Dios sabe cuántas cosas para preparar el que entonces iba a ser, y ahora es ya, su próximo libro: una conversación narrada y, por ello, literaturizada (subrayo el adjetivo) con Santiago Abascal, presidente de Vox y, en opinión de quien escribe estas líneas, hombre del año a lo revista *Time*. El libro, que tiene ínfulas de pasquín político y de canción de gesta remasterizada, me sirvió para ser apuntadora, para divertirme como nunca con palabras de ida y vuelta — luego vendrían las noches en vela y las infinitas jornadas de amanuense— en el duelo dialéctico de estos dos héroes del wéstern crepuscular español.

Compartir el tiempo para preparar un libro es un acto de complicidad, la forma más clara de decirle a una persona que te sientes parte de ella y que estás a su lado para hablar de muchas cosas,

«compañero del alma, compañero». Así, con esas palabras, brindó Miguel Hernández uno de sus poemas más hondos a Ramón Sijé. Y

así, con esa cita, brindo yo estas líneas a los dos protagonistas del libro cuyos preparativos se echaron a andar un miércoles por la mañana en la carretera que conecta Madrid con Soria.

Para recoger el testigo y tono épico del libro diré que la niebla rompía el día y las carreteras eran láminas heladas. Las ramas de los olmos de la áspera Meseta castellana estaban envueltas en fundas de hielo y los hondos valles de Numancia evocaban días más luminosos y clementes. Ya lo decía Ángel González: «Es increíble: pero todo esto /

que hoy es tierra dormida bajo el frío, / será mañana, bajo el viento, /

trigo. / Y rojas / amapolas. Y sarmientos... / Sin esperanza: / la tierra de Castilla está esperando / —crecen los ríos— / con convencimiento».

Algo así sentía yo. Y algo así, creo, buscaba Fernando: el convencimiento, la seguridad de que su añorada épica iba a reverdecer ese fin de semana en su casona, rozando el mundo de los libros y las ventajas que la eternidad tiene cuando pasado y presente confluyen en una conversación. Dejémoslo ahí. Aventurar qué pasaba por su cabeza en ese momento era arriesgado. Es escritor y en su mente cohabitan raras y selváticas especies de la imaginación. Hablaré por mí, que, con la nariz pegada en el cristal de la ventanilla de su Jaguar, soñé con buenos y nuevos vientos, con proyectos compartidos, con las inevitables ganas de escribir. Cuántas mañanas, cuántos mares, cuántos jardines del Oriente y del Occidente, cuánto Homero y cuánto

Virgilio pasaron por el territorio más virgen de mi esperanza aquella mañana.

Llegué con Fernando a Soria —versión cañí del desierto de Sonora y de la meseta del Colorado— después de hacer lo que debíamos: recolectar víveres. Pero víveres de los buenos, provisiones de hombres de los de antes: lomo, chorizo, mantequilla soriana, vino y pan de verdad. Cuánta perfección tenía todo aquello. La vida, entonces, parecía trazada a escuadra y cartabón. Rimaba como la audaz metáfora que Pitágoras escribió en su teorema. Imagínese el lector: un hombre y una mujer cruzan juntos un terreno rural, los mismísimos y machadianos campos de Castilla, y surcan la curva de ballesta que el Duero traza a su paso por Soria. No son dos catetos los que se suman para trazar una hipotenusa. Son dos escritores —consagrado él y yo aprendiz

— que galopan a la par.

A decir verdad, y vistos desde fuera, Fernando y yo debíamos de parecer en ese momento un cuadro de Magritte: surrealismo puro.

Imágenes en teoría incompatibles y hermanadas, sin embargo, por una armonía inexorable. Eso éramos, eso somos. Y juro por mis dioses, por todos mis héroes, santos y sabios, que en ese momento me sentía —o quería sentirme— como quien va a la guerra, al frente, a las trincheras.

El Jaguar ya no era un coche, era un tanque, y nosotros éramos dos díscolos reporteros que tomábamos notas, que no pestañeábamos y que enfocábamos todo lo que acontecía con la retina de nuestros ojos, que fueron, más que nunca, cristales soñadores. ¿Estábamos dispuestos, como Robert Capa y Gerda Taro en plena Guerra Civil, a escribir un nuevo capítulo —bueno o malo, quién sabe— de la historia?

¿Por qué no? Ella fue una *petite blonde* y él un amante de la vida. Capa y Taro danzaron juntos por las agencias fotográficas de París y cabalgaron sin miedo todos los jinetes del Apocalipsis con el silbido de las balas de la guerra rozando sus sienes.

Salvando las distancias que, ay, son muchas, Fernando y yo también éramos aquella mañana jóvenes, brillantes y ambiciosos como los protas del «Forever Young» de Joan Baez. Queríamos, como esa otra pareja guerrillera, triunfar. Y triunfar era, ni más ni menos, preparar un libro mano a mano. Él lo escribiría; yo, transcribiendo, se lo pondría en suerte.

En esas andábamos cuando los robustos muros de las casonas de Castilfrío nos obligaron a parar. La hora del trabajo se acercaba. Aun así, todavía tuve tiempo de sentir el don de la inmortalidad que en ese pueblo alienta. No sé qué pensaría Fernando. A fin de cuentas, él ya lo tiene muy visto. Yo, que seguía al margen de sus pensamientos, me sentía allí como la única habitante de un mundo de luz, pequeño y perfecto, de un universo completo, concentrado, que crece y explota hacia dentro, que se alimenta de sí mismo y que no se acaba nunca. Lo que tiene Castilfrío se llama soledad elegida, paz, sosiego y calmante para el alma.

Quizá por eso, cuando soltamos los bártulos y nos pusimos manos a la obra, Fernando y yo ya no éramos un cuadro de Magritte. Éramos la placidez de Monet, la impresión y el sol naciente que se funden en un sólido infinito. Y así, entre la calma de esa casa, los preparativos, los guiones, la literatura, los datos, la búsqueda de las palabras y el deseo de amasarlas, el recuerdo de los viejos tiempos y la música, y el ritmo de la vocación, pasaron los primeros días. Proust decía que une más la consanguinidad de espíritu que la identidad de pensamiento. A Baloo y a Mowgli les sucedía lo mismo. Al tercer día, como en la resurrección de Cristo, llegó Santi, con su aspecto de Espartaco, acompañado por Kiko, su fiel escudero.

El viernes almorzamos perdices al calor de los libros, cachivaches y restos de naufragios viajeros que llenan esa casa. La conversación, propia de película de Peckinpah, mezclaba furia y sensibilidad, violencia abrupta y suave lirismo. Merecía, la verdad, una banda sonora, un himno olímpico. Fuimos, como los del cuento, felices mientras comíamos perdices. Por un momento, se dibujó con trazo sereno la palabra *nosotros* y la intimidad de historias y recuerdos que coinciden y dan experiencia al tiempo y a la convivencia. Luego, por decirlo a la española, se acabó el alboroto y empezó el tiroteo. La casa se llenó de nostalgia épica, nacional y elegíaca.

En un bando, Fernando; en el otro, Santi. El primero tiene pasión por la vida, ama el riesgo, confía en la imaginación y es la viva estampa del humor desbordante. Da el sentido perdido a los sonetos, a las novelas, a la costumbre de la lectura, al orden del mundo y a la sucesión de los días y de las noches. Sabe que, en su existencia, la literatura y las letras llegarán a ser, al final del camino, la propia vida.

Sigue corriendo delante del toro de ésta y a su lado cobran eso, vida, los desiertos, las junglas inexploradas y los remotos planetas. Sabe, como escribió Espronceda, que el mundo se ha convertido en vil mercado y, quizá, por eso tiene, como teníamos los allí presentes, una terrible nostalgia del heroísmo.

También Santi, sentado al otro lado del tablero de las conversaciones, añora los gloriosos tiempos de la épica. Todo él es recuerdo. Hubiera servido de musa al poeta Simónides para escribir lo que se lee en la placa que queda a escasos metros de la cima en la que cayeron los últimos héroes de las

Termópilas: «Caminante, ve y dile a Esparta que sus hijos cayeron en el cumplimiento de sus leyes». Así es Santi. Una especie de último eslabón. Parece estar —ojalá no se pervierta— salvado de las horas y tener fe en la mirada. Cree, a su manera, en la libertad, en la belleza de una patria, en la plenitud que tienen las conversaciones y en el diálogo. También es soñador y divertido. Y siente, como yo, nostalgia por un tipo de vida —más allá de la política— que ya no existe.

Estuve allí durante cuarenta y ocho horas que pasaron como si fuesen una. Entré y salí de sus campos de batalla, escuché sus conversaciones, asistí a su esgrima y pensé en aquello que Lorca definía como «el fatal sentimiento de haber nacido tarde». Todos, de una manera o de otra, lo sentimos. T

¿Qué es la nostalgia sino un sentimiento noble e íntimo que empuja a escribir y a vivir el presente?

Nosotros —Fernando, Santiago, Kiko y yo— nos adentramos del 11

al 13 de enero de 2019 en los senderos, espesuras y horizontes de la política, de la historia, de los tiempos de cambio, de los filósofos, de los problemas de *Spain* —que no sabemos si sigue siendo *different* o se lo hace—, de los héroes, de los corsarios, de la desobediencia y de la necesidad.

Juro que no lo soñé. «No fue un sueño: lo vi y la nieve ardía.» Lo vi: el horizonte del todavía, del puede ser, estaba abierto.

Notas

* Unamuno lo dice en una carta escrita en noviembre de 1923 a un español residente en Buenos Aires. La frase exacta es: «Me ahogo, me ahogo, me ahogo en este albañal y me duele España en el cogollo del corazón».

FIN

Document Outline

- [Sinopsis](#)
- [Portadilla](#)
- [Citas](#)
- [Echarse al monte. Un prólogo muy personal](#)
- [TARDE DEL VIERNES](#)
 - [1. Donde se habla de la gesta heroica del Frente Polisario, de la épica, de la valentía, del honor, del Far West, del patriotismo y de la esperanza de los jóvenes puesta en Vo](#)
 - [2. Donde se habla de la corrupción, de los riesgos del poder, de la lealtad, del acuerdo andaluz, de la Ley de Violencia de Género, de la memoria histórica, del cordón sanitario, del aborto, de la tauromaquia, del colectivo LGTBI y de la inmigración](#)
 - [3. Donde se habla de feminismo, de los negocios de la izquierda, de la hegemonía del marxismo cultural, de la propaganda, de la religión y del tirón de Vo](#)
 - [4. Donde se demoniza a Angela Merkel y se habla del miedo, de las oligarquías, de las diferencias entre hombres y mujeres, de la Unión Europea, de la corrección política, de las redes sociales, del populismo y de las fake new](#)
 - [5. Donde se habla de la ideología de Vox, del desembarco de Abascal en política, de ETA, del patriotismo, del nacionalismo, de la vida pública y privada, del qué dirán, de la mili y del sufragio universal, y otra vez del Far Wes](#)
 - [6. Donde se habla de los votos, de las convicciones y las opiniones, de política internacional, de la voz del pueblo, de Ceuta y Melilla, del fin de la socialdemocracia, del Estado de responsabilidad, otra vez de la corrección política y del futuro electora](#)
 - [7. Donde se habla de la globalización, de las autonomías, del Ejército, de la educación de los políticos, de economía, otra vez de la corrupción, de los momentos estelares de la historia de España, de las invasiones islámicas, de la leyenda negra y de la colonización](#)
 - [8. Donde se habla de la nación, del dolor de España, de los impuestos y las pensiones, de la función del Estado, de Steve](#)

Bannon, de la estrategia electoral de Vox, de Aznar, de Esperanza Aguirre, de Javier Ortega y de Rocío Monasteri

- MAÑANA DEL SÁBADO

- 9. Donde se habla de la publicidad institucional, de los medios de comunicación, de la libertad de prensa, del suicidio, de la sanidad pública, de los límites del Estado, del anarcoliberalismo, del derecho a llevar armas, del duelo y de la pena de muerte
- 10. Donde se habla del patriarcado y del matriarcado, del socialismo, del cristianismo, del igualitarismo, de los progres y de la poesía
- 11. Donde Dragó define a Abascal y se habla de los misterios y abusos de la democracia, de la Ley Electoral, del derecho a decidir, de la Constitución, de los parlamentos, del autoritarismo y el totalitarismo, de Franco y otra vez de Abasca
- 12. Donde se habla del PP, de Podemos, de la natalidad, de los organismos internacionales, del federalismo, del euro, de la inmigración ilegal, de los antisistema y de los pecados capitales de los españoles
- 13. Donde se habla de intelectuales, del arte contemporáneo, de los ministerios de Cultura y de las leyes de mecenazgo

- TARDE DEL SÁBADO

- 14. Donde se habla de las esvásticas, de la fe, de los toreros, de la timidez, otra vez del miedo, de la vida privada de Santi (y de sus defectos), de la felicidad, de las herencias, de los gatos, de la música, de los juegos, de los viajes, del deporte y de los libros
- 15. Donde se habla de la decadencia de la democracia, de la dictadura de las minorías, del cine español, de la Hispanidad, del mestizaje y de la cocina creativa

- MAÑANA DEL DOMINGO

- 16. Donde se habla de la Iglesia, del infierno, del más allá, del 36, de las élites, de las mezquitas fundamentalistas, del espacio Schengen, del opio del pueblo, del «Cara al sol», del carlismo, de Pedro Sánchez y de Largo Caballer
- 17. Donde se habla de Ciudadanos, de soberanismo e independencia, de Soraya, de Rajoy y de Zapatero, de eslóganes políticos, y de fachas y ultras, y de la alternativa
- 18. De la farsa de la autodeterminación, de las diferencias

culturales, de la Guerra de Independencia, de la Inquisición, de la Monarquía, de la República y del diner

- 19. Donde se habla de Gibraltar, de los paraísos fiscales, de los impuestos de patrimonio, donaciones y sucesiones, y del África negra
 - 20. Donde se habla del buenismo, de la guerra, de China, del 11-M, de los sanfermines y de ir a misa, y se pone fin a la conversación
- Epílogo
 - Notas
 - Créditos